

1ª, 2ª, 3ª Juan (4ª parte)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 26, N.º 6

**1ª, 2ª, 3ª JUAN
(4ª PARTE)**

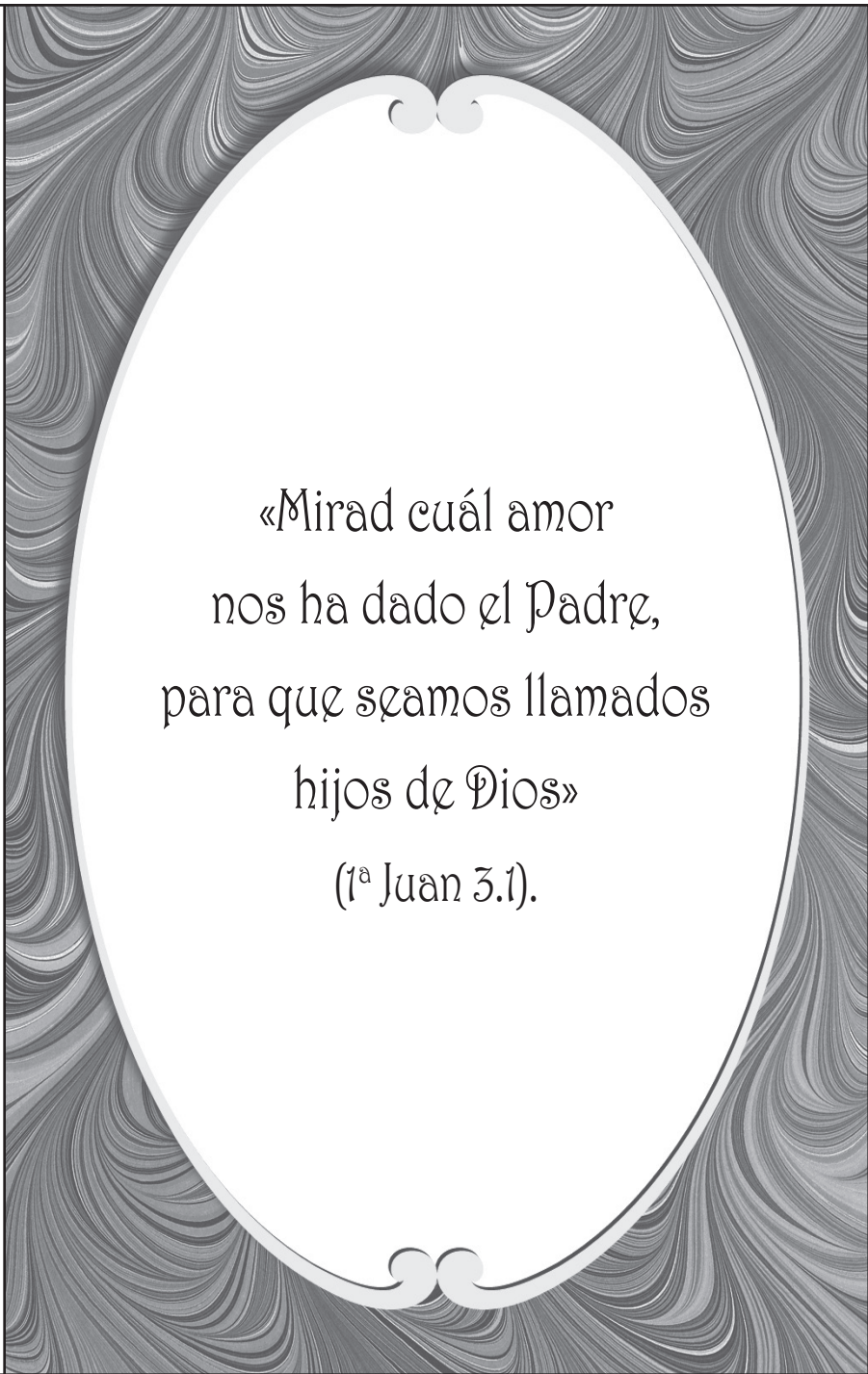
**Autor:
Duane Warden**

Quando permanecemos
en amor, 2ª parte
(1ª Juan 2) 3

Lecciones para hoy
de 1ª Juan 2 12

Hijos de Dios
(1ª Juan 3) 34

**EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.**



«Mirad cuál amor
nos ha dado el Padre,
para que seamos llamados
hijos de Dios»
(1ª Juan 3.1).

Recuerde de quién es hijo usted

«Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (1ª Jn 2.28–3.10).

De 1967 a 1973, prediqué en la congregación de las calles Tenth y Broad de Wichita Falls, Texas. Dos ministerios especiales me permitieron comprender mejor a los jóvenes cristianos: el ministerio de Cátedras Bíblicas en el campus de la Universidad Midwestern y el programa de evangelización entre los aviadores de la Base de la Fuerza Aérea Shepherd. Los aviadores y los estudiantes universitarios de primer año pronto se dividirían en dos grupos muy distintos. Algunos jóvenes que estaban,

por primera vez en sus vidas, lejos de mamá, papá y de su iglesia local, harían lo que les placía. Se involucraron en varios tipos de pecado —drogas, alcohol y sexo— y perdieron la fe. Otros jóvenes que estaban, por primera vez, lejos de mamá y papá y de su iglesia local, parecieron reaccionar de manera opuesta al aceptar el desafío de tomar su propia decisión de hacerse cristianos fuertes y dinámicos. Muchos de esos jóvenes, especialmente algunos de los jóvenes de la Fuerza Aérea que conocimos, ahora son predicadores del evangelio y misioneros. ¿Qué fue diferente?

A veces les preguntaba a estos jóvenes: «¿Qué es diferente? Ustedes tienen las mismas tentaciones que tienen estos otros jóvenes. Sin embargo, no se han dejado vencer. ¿Por qué no?». Se dieron diferentes razones en diferentes momentos, sin embargo, una razón surgió una y otra vez. Decían: «Es la primera vez que estoy fuera de casa y pensé en cómo lastimaría a mi papá y a mi mamá. No es porque sea mejor que esos otros jóvenes. En un momento de mi vida, tal vez estuve igualmente dispuesto a hacer lo malo, sin embargo, sabía que eso lastimaría a mamá y papá, así que no me rendí».

Pensamos en la vida cristiana como un todo. De una manera más grande, más espiritual, una fuerza muy similar a esa nos permite llevar la vida cristiana. ¿Qué hace que algunas personas que enfrentan la tentación caigan en una vida pecaminosa, mientras que otras pueden resistir el pecado y crecer espiritualmente? Juan habla de esta pregunta en 1ª Juan 2.28—3.10. Nos da tres razones por las que los cristianos pueden abstenerse de pecar.

CONOCEMOS A NUESTRO PADRE

La primera verdad que le permite a un cristiano abstenerse de pecar es que sabe quién es su Padre
(Continúa en la página 51)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Cuando permanecemos en amor, 2ª parte

«HAN SURGIDO MUCHOS ANTICRISTOS» (2.18–24)

La tensión entre el «ya» de la vida cristiana y el «todavía no» de la expectativa cuando el Señor regrese está clara en la primera carta de Juan. Cristo ya ha perdonado los pecados de aquellos que le conocen y le obedecen (1.9). Ya los cristianos viven en luz (2.10). Al mismo tiempo, el pecado acecha la familia humana, incluso a los creyentes (1.8). Las tinieblas y el mundo están en proceso de pasar (2.8, 17), sin embargo, aún no han pasado. Se acerca el tiempo en que el mundo terminará y se concretará la plenitud de la vida en Cristo. Los cristianos están motivados no solo a profesar a Cristo, sino a vivir en Él porque «el fin de todas las cosas se acerca» (1ª P 4.7).

No es como si Pedro, Santiago (5.8) y Juan se equivocaban en su expectativa de que el Señor regresaría pronto. El hecho es que no hay forma de *esperar* el regreso del Señor excepto vivir día a día dándose cuenta de que podría venir en cualquier momento. No es lo mismo que anunciar que el Señor regresará el próximo día o el próximo año o los próximos mil años. Es decir que no hay forma de *esperar* un evento sin estar abierto a la posibilidad, al menos, de que está a la vuelta de la esquina.

Los autores del Nuevo Testamento, inspirados por el Espíritu Santo, no anunciaron que los creyentes tendrían que esperar miles de años antes de que el Señor regresara. Tampoco anunciaron que sería en la próxima semana o dos. Sabían que los creyentes vivían en el último tiempo, en tiempos postreros, porque ahí es cuando los cristianos siempre viven. Vivían a la expectativa. Los primeros lectores de Juan esperaban que no se cumpliera ninguna profecía incumplida antes del regreso del Señor. Entre las iglesias a las que se dirigió Juan,

ya habían aparecido los anticristos. Nunca se han ido; nunca desaparecerán mientras permanezca este orden mundial.

Juan les presentó evidencia a sus lectores de que vivían en el último tiempo señalando a los anticristos que estaban perturbando las iglesias. Los anticristos no eran característicos de las últimas décadas del siglo primero, sin embargo, su presencia constituía una señal de que los contemporáneos de Juan vivían en el último tiempo. Los anticristos siempre han perturbado a las iglesias. El «último tiempo», como Juan usó la frase, fue el mismo que «estos postreros días» en los que Dios ha hablado por Su Hijo (He 1.2). Juan vivía en el último tiempo; los cristianos de hoy viven en el último tiempo. Entonces y ahora, los anticristos están en el mundo. Los anticristos aparecen en 1ª Juan 2.18–24 y en 1ª Juan 4.1–6. En el último pasaje, a los anticristos se les llama alternativamente «falsos profetas». El término «anticristo» también se usa en 2ª Juan 7.

El autor no escribió de ningún ser demoníaco sobrenatural que había de aparecer al final de los tiempos, un ser que sería llamado «Anticristo». Independientemente de cómo se interprete al «hombre de pecado» en 2ª Tesalonicenses 2 o al dragón en Apocalipsis 12, el término «anticristo» no se usa en ninguno de los pasajes. Suponiendo que los términos bíblicos deberían usarse como los usa la Biblia, ningún anticristo aparece en el Nuevo Testamento aparte de las cartas de Juan. Juan declaró que en las iglesias que compartía con sus lectores habían aparecido muchos anticristos. Además, cuando identificó a los anticristos, habló de ellos como «falsos profetas» (4.1) y los que «salieron de nosotros» (2.19).

¹⁸Hijitos, ya es el último tiempo; y según voso-

tros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. ¹⁹Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros. ²⁰Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. ²¹No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ²²¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. ²³Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. ²⁴Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.

Versículo 18. La información que ha sobrevivido del mundo de principios del siglo segundo demuestra que Juan esperaba que los primeros lectores de su carta vivieran en las regiones occidentales de la nación moderna de Turquía. Las declaraciones hechas por los primeros cristianos —declaraciones examinadas en la introducción a 1ª Juan— demuestran que la mejor evidencia disponible sugiere que el apóstol Juan pasó los últimos días de su vida en la región (vea Ap 1.9). El contenido de 1ª Juan apunta a dos razones para la escritura del autor. Primero, los maestros a quienes llamó anticristos y falsos profetas (1ª Jn 4.1–3) habían ganado seguidores. Un elemento de su doctrina divisoria tenía que ver con la negación de la aparición del Cristo de Dios en forma personal y corporal. No estaban dispuestos a identificar al Cristo con Jesús de Nazaret, el hijo de María.

A juzgar por los testimonios de los primeros cristianos, una influyente doctrina falsa especialmente fuerte en el Asia Menor occidental del siglo segundo sostenía que todas las cosas materiales eran inherentemente malas. Dado que el cuerpo humano era material, era maligno. El bien, por el contrario, era una cualidad interior espiritual, inmaterial y mal definida. Además de establecer un contraste entre las cosas materiales y espirituales en formas que Dios nunca había trazado, los falsos maestros comprometían el mensaje cristiano de otras formas. La obra expiatoria de Cristo, el hecho de ser la propiciación por los pecados humanos, se había producido precisamente porque participó

de carne y sangre (1ª Jn 1.7; 2.2).

Cristianos posteriores le llamaron a una forma más desarrollada de las enseñanzas evidenciadas en 1ª Juan «gnosticismo», de la palabra griega que quiere decir «conocimiento». Una insinuación del gnosticismo era que el Cristo de Dios no podía ser partícipe de un cuerpo físico. (Vea 2ª Jn 7.) La carne física era mala; por tanto, el Cristo de Dios no podía ser físico. Los anticristos del siglo segundo sostenían que Jesús solo parecía ser de carne y hueso, una doctrina llamada «Docetismo».

Falsos profetas de este tipo parecen estar detrás de la declaración de Juan, **Hijos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo.** Eran anticristos debido a su postura contra Cristo. Querían anular la naturaleza humana fundamental del Cristo. En el proceso, imposibilitaban la obra expiatoria de Jesús. La doctrina apostólica era que Jesús podía expiar los pecados solo si era de carne y sangre. La primera razón por la que Juan escribió era para confrontar una enseñanza que, si no se controlaba, comprometería el mensaje cristiano en su esencia.

Juan escribió por una segunda razón relacionada con la primera. La doctrina y la moral están estrechamente unidas. El compromiso de una implica invariablemente el compromiso de la otra. El rechazo de Jesús por parte de los anticristos, la negación de Su realidad de carne y sangre, estaba ligado a su creencia de que la conducta en el cuerpo físico no tenía importancia.

Esa negación llevaba a la segunda razón amplia por la que escribió Juan. El apóstol deseaba definir y aclarar las implicaciones del amor para la vida cristiana. El amor implica más que un agradable cosquilleo en el corazón humano. Divorciado del comportamiento, el amor es una mera palabra que les permite a las personas pensar más de sí mismas de lo que deberían. El apóstol ya había unido «el amor de Dios» con conocerle y guardar Su Palabra (2.3–6). Resumiría la doctrina sobre la humanidad de carne y sangre de Cristo y la ética de la vida cristiana en 3.17, 18.

La presencia de los anticristos, su doctrina y comportamiento, era evidencia de que Juan y sus lectores vivían en el último tiempo. Los traductores se encuentran en un dilema con la frase «es el último tiempo» (ἐσχάτη ὥρα ἐστίν, *eschatē hōra estin*). El griego no tiene una palabra para «el», sin embargo, nuestro idioma la requiere. «Es el

último tiempo» no tiene sentido, sin embargo, «es un último tiempo» implica que los últimos tiempos van y vienen. La única otra posibilidad es que los traductores traduzcan la frase como «el último tiempo», sin embargo, esa traducción también tiene sus problemas. Para algunos, podría implicar que los lectores de Juan vivían en una coyuntura peculiar de la historia cristiana donde el final era inminente. Las palabras de Juan no tienen tal insinuación.

No se les puede culpar a los traductores por traducir la frase como «el último tiempo» en 2.18; sin embargo, Juan no estaba diciendo que la presencia de los anticristos quería decir que el regreso del Señor estaría sobre sus lectores en unos pocos días, unos meses o incluso unos pocos años. J. W. Roberts lo dijo bien: «Juan enfatiza que está hablando de una manera cualitativa o categórica y no de un último tiempo definido [...]. Quiere decir que este es un tipo de situación o momento de “último tiempo”». Roberts explicó que este uso de «tiempo» es común «en el Evangelio, donde la palabra quiere decir un momento decisivo en la historia del mundo».¹

Mientras los cristianos vivan en el mundo, estarán en «estos postreros días» (He 1.2) o, alternativamente, en «los postreros días» (2ª Ti 3.1). El «tiempo postrero» se encuentra en el futuro cuando el Señor regrese (1ª P 1.5). El hecho de que Juan usó «último tiempo» como equivalente a los «postreros días» en Hebreos se hizo evidente cuando describió a los creyentes siendo partícipes de «la unción del Santo» (2.20). Ya estaba sucediendo. Durante el último tiempo, cuando aparecieron los anticristos, los cristianos eran partícipes de una unción compartida por los creyentes hasta que el Señor regrese. En vista de que los cristianos viven perpetuamente en los postreros días o en el último tiempo, una urgencia los impulsa a guardar la pureza de la doctrina cristiana, a enseñarles a los perdidos y a practicar el amor al prójimo.

Versículo 19. El hecho de que los falsos profetas **Salieron de** [la iglesia] era en sí mismo evidencia de que en realidad **no eran de** [la iglesia]; **porque si hubiesen sido de** [la iglesia], **habrían permanecido con** [la iglesia] (2.19a). Como uno de los Doce elegidos por Jesús, Juan era un guardián de la doctrina apostólica (Jn 14.26). El hecho de que

¹J. W. Roberts, *The Letters of John (Las cartas de Juan)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1968), 62.

los anticristos insistieran en que Juan se equivocaba acerca de que Jesús se había manifestado en un cuerpo material equivalía a su rechazo de la obra expiatoria de Jesús y, en consecuencia, de toda la empresa cristiana. Los anticristos no habían pertenecido a Cristo desde el principio. Su primera confesión de fe había estado teñida de especulaciones filosóficas.

Es un error extraer de «no eran de nosotros» la generalización de que cualquier cristiano que se aparta de la fe nunca ha estado realmente en Cristo. Las declaraciones de Juan sobre los anticristos se inscribieron en el contexto específico de los falsos profetas que, desde el principio, se habían inclinado hacia lo que más tarde se llamaría gnosticismo. Los anticristos, afirmó Juan, no habían aceptado la presencia en carne y sangre del Hijo de Dios en Jesús de Nazaret desde su primera profesión de fe.

Interpretar la última parte de 2.19 en el sentido de que algunos de los anticristos habían sido «de nosotros» y algunos de ellos no habían sido «de nosotros» es igualmente erróneo. Juan dijo: **salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros**. El significado es que ninguno de ellos había sido «de nosotros». Desde el principio, habían tratado de mezclar las opiniones filosóficas griegas, enfrentando la carne contra el espíritu, con la doctrina cristiana. Juan empleó una construcción gramatical griega que marcó su declaración como contraria a los hechos. La declaración «si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros», quiere decir que, de hecho, nunca fueron parte «de nosotros».

Versículo 20. En contraste con los anticristos que nunca fueron realmente «de nosotros», estaban los fieles a los que les dijo Juan, **tenéis la unción del Santo**. El pronombre «vosotros» (*humeis*) es enfático aquí como lo es en 2.24, 27. La palabra que se traduce como «unción» (*χρίσμα*, *chrisma*) es similar en sonido a la palabra «Cristo» (*Χριστός*, *Christos*). Solo ocurre tres veces en el Nuevo Testamento, todas en este contexto (1ª Jn 2.20; 2.27 [dos veces]). Pablo usó la forma verbal de la palabra (*χρίω*, *chriō*, «ungir») en 2ª Corintios 1.21.² En 2ª Corintios, parecía querer decir que todos los cris-

²Una palabra diferente se traduce como «ungir» (*ἀλείφω*, *aleiphō*) en Santiago 5.14 y en otras partes del Nuevo Testamento (Mt 6.17; Mr 6.13; 16.1; Lc 7.38, 46 [dos veces]; Jn 11.2; 12.3). El verbo *aleiphō* sugiere verter un líquido, tal vez aceite de oliva o mirra, sobre una persona o cosa. Por el contrario, *chriō* indica una unción de parte de Dios.

tianos habían sido ungidos, no solo los apóstoles. En otros cuatro pasajes (Lc 4.18; Hch 4.27; 10.38; He 1.9), el verbo se usa para Jesús, quien tenía una unción de Dios. Quizás Juan tenía la intención de jugar con la palabra *chrisma*. Jesús era «el Ungido», sin embargo, la «unción» que habían recibido sus lectores también había sido el cumplimiento de las promesas de Dios, el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo (Hch 2.38).

Si Jesucristo era «el Ungido», hubo un sentido en el que Su unción se extendió a los creyentes en todas partes. Por medio de la unción de ellos, los lectores de Juan habían sido designados para ser el pueblo que le pertenecía a Dios. La implicación consistía en que la enseñanza apostólica que los creyentes recibieron al principio los apartó para el uso santo de Dios. Cristo los había santificado; por lo tanto, habían de vivir como un pueblo santo.

Se decía que la unción que habían recibido los primeros lectores de Juan no era «el Santo», sino «del Santo». Si bien «el Santo» que había dado la unción podría haber sido el Espíritu Santo, eso no es evidente por sí mismo. Juan parecía estar afirmando que «el Santo», el mismo Jesucristo, no solo era el Ungido, sino que les había dado una unción a los fieles. En ese caso, la unción que recibieron fue el Espíritu Santo; sin embargo, era más que el Espíritu Santo. La unción que habían recibido los fieles era el perdón de los pecados, la esperanza de vida, una nueva relación con Dios. C. H. Dodd sostuvo que la unción en el mundo helenístico era a veces un rito misterioso de iniciación.³ Si Juan tenía una iniciación en mente cuando escribió sobre la unción de los cristianos, probablemente se refería a su arrepentimiento, confesión y bautismo en Cristo.

La última parte del versículo tiene una variación textual difícil de resolver. ¿Se refleja la mejor lectura en la NASB y la NIV, καὶ οἶδατε πάντες (*kai oidate pantes*, «y todos ustedes saben»)? ¿Es la mejor lectura la seguida por la Reina-Valera y la KJV, καὶ οἶδατε πάντα (*kai oidate panta*, **y conocéis todas las cosas**)? Los estudiosos del texto a menudo actúan en base al principio de que cuando aparecen dos lecturas diferentes en los manuscritos antiguos, es probable que la lectura más difícil sea la correcta. El razonamiento es que un copista, sea deliberada o accidentalmente, probablemente cambiaría una

lectura difícil por una más fácil que a la inversa. Si se prefiere la lectura más difícil en este caso, es probable que la NASB tenga lo que Juan realmente escribió. Parafraseando, Juan quiso decir: «Y todos ustedes saben que de hecho han recibido una unción de Jesucristo mismo. La unción que recibieron incluye todo lo que incluye el perdón de pecados y la morada del Espíritu Santo».

Versículo 21. En 2.13 y los versículos anteriores, Juan se había referido a la carta que estaba escribiendo usando un tiempo presente, «Os escribo». A veces, los autores griegos usaban un tiempo pasado, como en 2.14 y 2.21, cuando se referían a la carta actual que tenían ante ellos. Dado que el griego se refiere a eventos pasados con el tiempo aoristo, este uso peculiar a menudo se llama aoristo epistolar (*egrapsa*, «Os escribí»). Tal uso del aoristo se refiere al documento actual considerándolo ya escrito. Juan y otros aparentemente adoptaron la perspectiva de los lectores y se refirieron al acto de escribirles como un evento pasado. En un intento por captar el sentido del aoristo epistolar, la Reina-Valera ha traducido a nuestro idioma con un perfecto, **No os he escrito como si ignoraseis la verdad.**

En vista de que habían recibido el mensaje apostólico, los lectores de Juan no carecían de la verdad. Los anticristos tenían su propia versión de la verdad; sin embargo, debido a que los fieles que estaban leyendo la carta de Juan sabían la verdad, podían reconocer a los anticristos por quienes eran. El mensaje de los anticristos era una mentira. Juan quería tener cuidado y no acusar a sus lectores de la forma en que estaba acusando a los falsos profetas. Quería animar a los fieles. Instó a sus lectores a rechazar a los anticristos y sus alegatos de que hablaban la verdad. Estos maestros estaban comprometiendo componentes básicos del mensaje cristiano. Negaban que Cristo fuera partícipe de carne humana. Como consecuencia, manejaban de manera poco estricta los imperativos éticos de la fe cristiana.

Juan vinculó de la manera más cercana lo que escribió para ellos, su conocimiento de la verdad y la unción que habían recibido. El apóstol indicó que había tres razones por las que había escrito. Dos fueron expresadas en negativo y una en positivo. No había escrito porque carecieran de la verdad. Por medio de Juan y el mensaje apostólico, lo que Dios había revelado por Su Hijo Jesucristo les había llegado. Conocían el mensaje apostólico. Lo que acababa de aseverar en negativo, el apóstol lo

³ C. H. Dodd, *The Johannine Epistles (Las epístolas joaninas)*, Moffatt New Testament Commentaries (New York: Harper & Row, 1946), 61.

repitió en positivo, diciendo: **porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad.** Escribió porque sus lectores conocían la verdad. Volviendo nuevamente a lo negativo, afirmó que escribió porque ninguna mentira tenía parte en la verdad. Los cristianos a quienes Juan escribió habían de rechazar las mentiras de los anticristos.

Versículo 22. Es difícil reconstruir las sutilezas de lo que pensaban los anticristos sobre la existencia material de Jesús de Nazaret. Probablemente abrieron el camino para los gnósticos posteriores al diferenciar entre un Hijo de Dios no carnal e inmaterial (4.2) y Jesús, el compañero de los apóstoles que se había desangrado en la cruz. Juan estaba seguro de lo siguiente: los anticristos eran mentirosos. Sus mentiras aparentemente tenían que ver con lo que creían sobre la existencia inmaterial del Cristo. Sin embargo, difícilmente podrían haber ofrecido una completa negación de la deidad de Jesús y haber encontrado aceptación en la comunidad cristiana. Las afirmaciones de los anticristos, sin duda, evolucionaban con el tiempo. El gnosticismo posterior probablemente no fue exactamente el mismo que se describe en 1ª Juan. Cualquiera que sea la ruta que los anticristos hayan elegido para llevarlos a su posición actual, Juan fue claro: el Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, había limpiado a la raza humana del pecado (1.7). El hecho de que lo hiciera había implicado que se hiciera de carne y sangre.

Los anticristos eran mentirosos porque negaban que Jesús, el hijo de María, y el Cristo de Dios fueran exactamente el mismo. Raymond E. Brown probablemente tuvo razón cuando especuló que los adversarios de Juan habían hecho las confesiones de que Jesús era el Hijo de Dios, sin embargo, «las entendieron [las confesiones formuladas] de una manera que debilitaba el contenido humano de las fórmulas, no el divino». Brown también dijo: «Para ellos [los anticristos], hacer hincapié en que *Jesús* era el Cristo querría decir que su humanidad y la forma en que vivió eran esenciales para comprender Su señorío como el Cristo».⁴ Afirman que Su vida como hombre fue algo diferente a Su señorío con Dios. Es lo más cerca que podemos llegar a comprender lo que pensaban los adversarios de Juan sobre la relación entre la persona de Jesús de Nazaret y el Cristo de Dios.

⁴ Raymond E. Brown, *The Epistles of John (Las epístolas de Juan)*, The Anchor Bible, vol. 30 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1982), 352.

Las luchas más amargas en los ámbitos religiosos a menudo se dan entre aquellos cuyas diferencias están finamente enunciadas. Sin embargo, la primera carta de Juan es un testimonio de que las distinciones sutiles pueden ser importantes. Los adversarios de Juan entendieron la persona de Jesús de diferentes maneras a las del apóstol. Lo que es más importante, afirmaban tener conocimientos en algún nivel que iban más allá del de Juan. Cuando Juan preguntó: **¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo?** probablemente quiso decir que sus adversarios se negaban en algún nivel a identificar a Jesús de Nazaret con el Ungido prometido, el Cristo de la profecía del Antiguo Testamento. Más que eso, afirmaban una incompatibilidad entre Jesús, el hombre carnal y material, y el Cristo. Este último, afirmaban ellos, era un ser totalmente espiritual e inmaterial. En la medida en que Cristo era divino, habrían sostenido, no podría haber estado en la carne.

Juan no quería nada que ver con las insensateces argumentadas por los anticristos. Que Jesús era el Hijo de Dios, que era el Mesías de las expectativas del Antiguo Testamento y que estuvo en la carne constituían todas verdades a ser aceptadas. Cualquiera que dijera lo contrario era un mentiroso. No solo eso, enseñanzas como las propagadas por los anticristos comprometían el mensaje apostólico de redención hasta el punto en que ya no era reconocible. Las enseñanzas de los anticristos no eran variaciones aceptables del mensaje que Juan había proclamado. Eran mentiras. Para Juan, la confesión importaba; la doctrina importaba. Sus adversarios eran falsos profetas. Lo que proclamaban los convertía en los anticristos que eran. **Este es anticristo**, explicó Juan, **el que niega al Padre y al Hijo.** Cuando los anticristos negaban a Jesús de Nazaret, también negaban a Dios Padre. La manera de conocer a Dios y experimentar sus bendiciones era en el hombre de carne y sangre, Jesús de Nazaret. No quedaba ningún mensaje cristiano cuando los compromisos de los anticristos habían sido aceptados.

Versículo 23. Juan dio voz a la convicción cristiana de que la Unicidad de Dios se había manifestado tanto en el Padre como en el Hijo. A medida que se desarrolla la carta, el apóstol incluiría al Espíritu que habita en la Unicidad de Dios (3.24). Sin negar la idea de la Unicidad de Dios heredada de Abraham y Moisés, los cristianos confiesan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. **Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al**

Padre, escribió categóricamente Juan. Cuando los anticristos negaban que el Hijo de Dios viviera en carne humana, estaban negando al Hijo de Dios. Negar al Hijo era negar al Padre. Lo contrario también era cierto: **El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.**

A lo largo de la carta de Juan, la iglesia nunca es dejada en el trasfondo. La confesión que el apóstol recomendó es más que una convicción interior. Es una declaración pública de toda la iglesia. Jesús había dicho: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mt 10.32). La confesión de que Jesús de Nazaret es el Cristo de Dios es más que un apéndice de la declaración de que Dios es Uno (Dt 6.4). Implica una comprensión de Dios que incluye la gracia y el amor de tal magnitud que Dios mismo tomó forma humana para ser una propiciación por los pecados (Jn 1.1; 1ª Jn 2.2).

Versículo 24. Juan ya había recurrido a un «vosotros» enfático (*humeis*; vea 2.20) para hablar de la unción del cristiano. Usando la misma forma enfática, el apóstol continuó amonestando a sus lectores. Dio a entender que, si los cristianos no permanecían en el mensaje apostólico, no permanecerían ni en el Hijo ni en el Padre. El verbo que se traduce como «permanecer» (μένω, *menō*) era uno de los favoritos de Juan. Entre 2.10 y 4.16, ocurre veinte veces,⁵ sin embargo, este es el único caso en el que el apóstol usó *menō* en tercera persona del singular. Escribió, **Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros** (2.24a).

Juan apeló repetidamente a la experiencia cristiana inicial de sus lectores. El mensaje que habían escuchado del testimonio de los apóstoles les había dado vida. Las especulaciones de los anticristos habían dado como resultado innovaciones que cambiaban la doctrina cristiana. Juan les recordó a sus lectores que no habían necesitado el mensaje de los anticristos al inicio de su camino cristiano, y no lo necesitaban ahora. Ya conocían la plenitud de la proclamación del evangelio.

De manera algo inesperada en 2.24b, Juan mencionó primero al Hijo y luego al Padre: **Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.** Quizás el apóstol colocó al Hijo

antes que al Padre porque necesitaba confrontar a los anticristos por el fracaso de su parte en confesar la deidad del Hijo. Su confusión —que equivale a una afirmación arrogante— se refería a la equiparación del Hijo con Jesús, el hombre de Nazaret. Tener al Padre y al Hijo (2.23), declaró Juan, era lo mismo que permanecer en el Hijo y el Padre.

«SU UNCIÓN OS ENSEÑA TODAS LAS COSAS» (2.25–29)

Juan estaba dirigiéndose a iglesias que habían sido infiltradas por falsos profetas (4.1), profetas cuyas enseñanzas habían evolucionado mientras intentaban resolver los detalles de la encarnación de Dios en la persona de Jesús de Nazaret. Habían verificado la enseñanza cristiana con las corrientes filosóficas que flotaban en el mundo de habla griega. En el proceso, habían convencido a algunos de sus hermanos en la fe de que habían descubierto elementos en el mensaje cristiano que personas como Juan nunca les habían enseñado. Juan se había opuesto con vehemencia a las modificaciones del mensaje apostólico. Llamó a los innovadores «anticristos». Entre otras cosas, 1ª Juan fue su confrontación con los anticristos.

En las iglesias, se había producido una ruptura entre las enseñanzas de los anticristos y los que se aferraban al mensaje que habían escuchado desde el principio. La división había sido el resultado. Los innovadores, dijo Juan, «salieron de nosotros» (2.19). Nunca habían entendido ni aceptado realmente la confesión cristiana. «No eran de nosotros» (2.19). Los cristianos inexpertos que apenas habían comenzado su vida como creyentes se enfrentaban a la fealdad del rencor entre sus números. Algunos se tambaleaban al borde del abismo, sin saber si rechazaban a los anticristos o los apoyaban.

Una de las razones por las que Juan escribió fue para detener el desagrado. Trató de preparar a los fieles para otros desafíos de los anticristos. Aquellos que intentaban engañar continuarían con su labor. Juan no podía anticipar cada nueva alteración introducida por los falsos profetas, sin embargo, podía recordarles a sus lectores que habían escuchado un mensaje desde el principio que era completamente suficiente. Además, podía recordarles que el Señor vendría nuevamente. El mensaje apostólico los prepararía para comparecer ante Él en juicio cuando regresara. Cuando se hicieron cristianos, recibieron una unción. Su unción equivalía a nada menos que nacer en un círculo de piedad.

⁵ La palabra *menō* se usa en 1ª Juan 2.10, 14, 24 (3 veces), 27 (dos veces), 28; 3.6, 9, 14, 15, 17, 24; 4.12, 13, 15, 16 (3 veces).

²⁵Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna.

²⁶Os he escrito esto sobre los que os engañan.

²⁷Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

²⁸Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. ²⁹Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.

Versículo 25. Juan usó el sustantivo **promesa** (ἐπαγγελία, *epangelia*) y el verbo «prometer» (ἐπαγγέλλω, *epangellō*), que se traduce como **hizo**, en este versículo pero no en ninguna otra parte de la carta. Gramaticalmente, el autor se expresó de una manera más típicamente hebrea que griega. Sus palabras traducidas literalmente dicen: «Y esta es la promesa que nos prometió: la vida eterna». La promesa que Juan deseaba grabar en la mente de sus lectores estaba conectada orgánicamente a un elemento básico de la doctrina cristiana: Él vendría nuevamente (2.28). Permanecer en Cristo quería decir ser partícipes de Su promesa de que vendrá nuevamente (Jn 14.3).

Los anticristos querían especular sobre la deidad de Cristo. Su creencia de que era imposible que Él estuviera contaminado con un cuerpo de carne y sangre influenciaba todo lo que decían. A Juan, por el contrario, le preocupaba más que sus lectores fueran partícipes de la comunión cristiana en este mundo y en la limpieza del pecado mediante la sangre de Jesús (1.7). Los que continuaban permaneciendo en Él, declaró Juan, eran futuros herederos de **la vida eterna**. Apoyar a los anticristos era abandonar la esperanza de una vida libre de pecado en este mundo y en el venidero (1.9).

Versículo 26. Usando el tiempo pasado donde un hablante en nuestro idioma habría usado un presente, Juan se refirió nuevamente a la carta que estaba escribiendo. Como habían hecho los traductores de la Reina-Valera en 2.21, tradujeron las palabras de Juan con un perfecto en nuestro idioma: **Os he escrito esto**. El apóstol deseaba ser muy claro. Trazó una clara línea divisoria entre los anticristos **que os engañan** y sus lectores que «conocen la verdad» (2.21). La verdad es que Jesús de Nazaret derramó Su sangre para limpiar de

pecado a los obedientes (1.7). Vivió en la carne. La verdad era el mensaje apostólico que los lectores de Juan habían escuchado desde el principio.

Juan hizo una distinción entre los innovadores mismos y aquellos a quienes los innovadores querían engañar. Los anticristos habían abierto el camino (2.18, 22). El apóstol indicó que algunos de sus lectores, quizás muchos de ellos, habían sido engañados por los anticristos. Puede que algunos hayan escuchado a los anticristos debido a los lazos de amistad. No lograban analizar críticamente lo que escuchaban. Otros podrían haber sentido curiosidad. Los pronunciamientos filosóficos de los anticristos contenían un rasgo deslumbrante en ellos. Al final, los engañados estaban tan alejados del mensaje del evangelio traído por los apóstoles como lo estaban los innovadores.

Juan escribió *περὶ τῶν πλανώντων ὑμᾶς* (*peritōn planōntōn humas*, «sobre los que os engañan»). Usó una forma de participio de la palabra griega *πλανᾶω* (*planāō*), que quiere decir «desviar» o «engañar». La palabra «planeta» encuentra su raíz en esta palabra griega. Los planetas parecían vagar entre las estrellas fijas; se comportaban de manera extraña. Entre los griegos, los romanos y los pueblos antiguos que vivieron antes que ellos, a los planetas se les asociaba con dioses como Venus, Marte o Júpiter. Aquellos que eran engañados no iniciaban; ellos seguían. Los engañadores mismos eran los anticristos, sin embargo, los engañados eran llevados tan lejos de Jesús de Nazaret como lo estaban los engañadores. Juan quería fortalecer a los cristianos para que no fueran descarriados por aquellos que inventaban sistemas filosóficos en los que el Hijo de Dios tenía que encajar.

Versículo 27. Por tercera vez en este contexto, Juan usó el enfático «vosotros» (2.20, 24). Como en 2.24, la NASB ha tratado de capturar el énfasis consignando «en cuanto a ustedes» (la Reina-Valera solo tiene **vosotros**). Es la segunda vez que Juan ha seguido el enfático «vosotros» con una alusión a **la unción** que sus lectores habían recibido (vea 2.20). Tanto en 2.20 como en 2.27, el apóstol usó la misma palabra griega para «unción» (*chrisma*). No por casualidad, es una palabra similar a Cristo, como en Jesús el Cristo. En 2.20, se dice que «la unción» proviene del Santo, quizás de Cristo mismo o quizás de Dios.

Como en el versículo anterior, también en este se dice que la unción proviene **de él**. El mismo pronombre personal, «él», que se encuentra en 2.27 también aparece en 2.25. En ambos lugares,

aparentemente se refiere al Hijo. Juan les aseguró a sus lectores que la unción que habían recibido del Hijo **permanece en vosotros**. ¿Cuáles eran las características permanentes de la unción recibida por ellos? Como asunto fundamental, parece haber incluido su «comunión unos con otros» y haber sido limpiados del pecado (1.7). Como resultado de su unción, los fieles en Cristo **no [tenían] necesidad de que nadie [les enseñara]**. No necesitaban de ninguna revelación adicional de los anticristos para completar su limpieza. Los anticristos parecían alegar tener algún nivel de conocimiento que sobrepasaba el de Juan. El apóstol, por su parte, optó por apoyarse en Jesús. Les aseguró a sus lectores que **la unción que habían recibido en Cristo les enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira**.

La unción que habían recibido del Hijo daba testimonio de que se les había enseñado todas las cosas. Habían recibido la plenitud de la verdad, el mensaje del evangelio en su totalidad. Además, la morada del Espíritu (3.24) les había dado seguridad. Las palabras finales del versículo podrían ser una afirmación «ustedes [de hecho] permanecen en él» (NASB), o un mandamiento, **permaneced en él** (Reina-Valera).

Algunos teólogos modernos han visto en la afirmación «Su unción permanece en vosotros» una referencia a una iluminación interior de parte del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, se supone, se infunde en el alma del creyente y hace que el cristiano comprenda los misterios de Dios y Su Palabra. Tal interpretación no es en ninguna manera el significado cierto del pasaje. Si la unción que los cristianos reciben del Hijo es el perdón de los pecados y la comunión con otros creyentes, la unción viene «del Hijo». Es el cumplimiento de las promesas de Dios (2.25). Siguiendo su fe y su respuesta obediente a Dios, la unción que reciben les da a los cristianos la seguridad que necesitan para resistir las especulaciones de los anticristos. La unción que permanece en ellos es una garantía de su relación con Dios, que resulta de haber nacido en Cristo (2.29). El apóstol ampliaría el tema de nacer de Dios en los capítulos que siguen (3.9; 4.7; 5.1).

Versículo 28. El apóstol equilibró las bendiciones que la vida en Cristo significaba para vivir en el mundo presente y la esperanza de más bendiciones en el mundo venidero. Ya les habían enseñado la verdad; ya estaban permaneciendo en Él, y el apóstol los estaba guiando a ser valientes cuando Él aparezca al final de los tiempos. Cuan-

do Él aparezca, los fieles tendrán confianza y los anticristos retrocederán avergonzados. Para los fieles, se ampliarán las bendiciones de las que gozan actualmente. Nos esperan más bendiciones inimaginables. Estar en Cristo quiere decir que los cristianos **[tendremos] confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados**. La palabra que Juan usó para la venida del Señor al final de los tiempos fue *παρουσία* (*parousia*). En un sentido genérico, podría referirse a cualquiera que se presente (1ª Co 16.17; 2ª Co 10.10; Fil 1.26). En el mundo contemporáneo de Juan y sus lectores, la palabra se usaba con frecuencia para la aparición de una persona de gran fama y poder. En el transcurso del Nuevo Testamento, se convirtió en una palabra técnica para la aparición de Cristo al final de los tiempos.

Cuatro veces, *parousia* se usa para la aparición del Señor al final de los tiempos en Mateo 24 (24.3, 27, 37, 39), pero no en ninguna otra parte de los Evangelios. Cuando Pablo escribió sobre «la presencia de nuestro Señor Jesús en su venida» (1ª Ts 2.19; NASB), usó *parousia* para el advenimiento de Cristo al final del presente siglo.⁶ Santiago 5.7 y 2ª Pedro 3.12 usaron la palabra de la misma manera. La segunda venida de Cristo es una doctrina importante a lo largo del Nuevo Testamento, sin embargo, el ámbito de *parousia* es evidente por el uso que hace Pablo de ella incluso para la aparición del «inico» (2ª Ts 2.9). Pablo no equiparó la frase «el inico» con los «anticristos» en 1ª Juan. Tampoco asoció «inico» con ningún «anticristo» en particular. De hecho, Pablo no usó la palabra en ninguna parte.

Así como Juan solo usó el importante sustantivo «fe» una vez en su Evangelio y cartas (1ª Jn 5.4), también usó la palabra *parousia* solo una vez (2.28). Es significativo que la única vez que Juan usó la palabra fue en su sentido técnico, el regreso del Salvador al final de la era. La respuesta de Juan a la orientación a este mundo de los anticristos era dirigir los ojos de sus lectores hacia la era venidera. Para algunos de ellos, la vida terrenal terminaría cuando murieran. Otros, quizás, estarían vivos y permanecerían hasta el último día (1ª Ts 4.15). En cualquier caso, nuestros días lucen diferentes hacia el final que al principio. De anciano, Agustín en el siglo quinto hizo la siguiente observación: «El

⁶ Con la excepción de 1ª Corintios 15.23, Pablo usó *parousia* para el segundo advenimiento de Jesús solo en 1ª Tesalonicenses (2.19; 3.13; 4.15; 5.23) y 2ª Tesalonicenses (2.1, 8).

final de la vida es el mismo evento cuando afecta una vida larga como cuando afecta una corta».⁷ Tanto ancianos como jóvenes entre los lectores de Juan estaban en iguales condiciones cuando consideraban la venida tardía o temprana del Señor.

Permanecer en Él constituía una bendición cumplida para los fieles, sin embargo, al mismo tiempo era un llamado a la perseverancia. Juan deseaba que sus lectores anticiparan con «confianza» (παρρησία, *parrhēsia*) el día en que el Señor aparecería. Es una palabra bastante común en el Nuevo Testamento; Juan la usó cuatro veces (2.28; 3.21; 4.17; 5.14). En 4.17, la KJV consigna la palabra como «denuedo». Juan no quería que los creyentes tuvieran un temor abrumador al tiempo que anticipaban la aparición de Jesús el Cristo. El amor triunfa sobre el temor (4.18). En contraste, los anticristos vencían el temor abandonando la esperanza. Para ellos, el reino de Dios se había realizado; no había nada más que anticipar. Para los cristianos, la esperanza es una resurrección corporal; es vivir eternamente con Él como Él es (Fil 3.21; 1ª Jn 3.2). La confianza o denuedo es el fruto de la gracia y el amor de Dios por aquellos que **[permanecen] en él**.

Versículo 29. Juan no tenía tiempo para matizar finamente la relación del creyente con Dios como un asunto separado de su relación con Cristo. En 2.28, el pronombre «él» se entiende mejor con Cristo como su antecedente. En 2.29, los pronombres parecen referirse a Dios. Difícilmente se le puede criticar a Juan. Dios y Cristo son uno de forma inseparable. Sea el asunto la relación de la persona con Dios o con Cristo, Juan se mantuvo firme en un punto: ser justo no es un estado de ánimo; es una forma de vida. Juan escribió **que todo el que hace justicia es nacido de él**. Para Juan, la justicia quería decir llevar una vida piadosa. La justicia es tanto la respuesta de la fe a los mandamientos del Señor como el regalo que Dios le da a Su pueblo. «La justicia de una persona es, por tanto, la evidencia de su nuevo nacimiento, no la causa o condición de la misma».⁸

⁷ Agustín *Ciudad de Dios* 1.11.

⁸ John R. W. Stott, *The Epistles of John (Las epístolas of Juan)*, Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 118.

Para Juan, «justicia» evoca algunos de los significados que Pablo reservó para la palabra. Para ese apóstol, ser justo quería decir ser limpios por el sacrificio expiatorio de Cristo. El apóstol tendía a equiparar la justicia con el dar misericordioso de Dios. En esa medida, enfatizó la justicia como un estado del ser, que daba como resultado una forma de vida. Juan enfatizaba el conocimiento de la justicia de Cristo que daba como resultado la inspiración para la justicia en la vida de una persona. La justicia para ambos apóstoles constituía un proceso que incluía vivir como Jesús le había mostrado a Su pueblo cómo vivir.

Dos veces en este contexto (2.27b, 28), Juan usó la palabra «permanecer». En cada caso, el contexto permite el modo indicativo o imperativo: «Permaneced en él», un mandamiento, o «[vosotros] permanecéis en él», una declaración. En cualquier caso, la justicia no es un evento espontáneo y autogenerado, ni el cultivo de una disposición mental. La justicia para Juan era comportamiento. En la segunda persona del plural, el tiempo presente del verbo es la misma forma para los modos indicativo e imperativo. El contexto puede marcar la diferencia, o un autor podría jugar con la ambigüedad de la forma para insinuar tanto las ideas como el mandamiento y la afirmación. Juan había jugado con la igualdad entre indicativo e imperativo cuando usó el verbo *menō*, «permanecer», en 2.27b y 2.28. En 2.29, el apóstol recurrió al verbo *ginōskō* («saber») donde hizo el mismo juego de palabras. La frase puede leerse: **Si sabéis que él es justo, sabed también...**, o podría ser, «Si sabéis que él es justo, vosotros sabéis...». Las traducciones tienden a ir con la segunda posibilidad. En cualquier caso, saber, como permanecer, es continuo para el creyente.

Juan no usó el término «nacer de nuevo» en su carta como lo hizo en el Evangelio (Jn 3.3), sin embargo, «nacer» en 1ª Juan parece ser el mismo «nacer de nuevo» del Evangelio. Los lectores no deben pasar por alto el poder de nacer de Él. Hacerse cristiano es como nacer en un mundo nuevo. Requiere el compromiso de toda la persona en la adopción de nuevos valores, nuevas metas para la vida, una nueva relación con Dios y un nuevo comportamiento para con las personas.

Lecciones para hoy de 1ª Juan 2

Amar o no amar (2.7–11)

El número de veces que aparece «amor» en los cinco breves capítulos de 1ª Juan no guarda proporción con la longitud de la carta. El autor parecía no quedar satisfecho con la cantidad de veces que usó la palabra. Su primera aparición es en 2.5. Después de eso, «amor» es una constante en las tres cartas de Juan. Es difícil leer las cartas sin la sensación de que el apóstol les pidiera a los creyentes que revisaran la palabra con frecuencia. Deseaba que sus lectores, antiguos y modernos, vieran lo que podrían descubrir sobre el amor.

La creación misma es el amor de Dios puesto en movimiento. Es difícil concebir alguna razón para que Dios haya creado el universo y colocado a los seres humanos en él que no sea una efusión de Su amor. El amor es inherente al Ser de Dios. En palabras de Juan, «Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él» (4.16).

En el mundo donde vivía Juan, el amor era un concepto nuevo y radical. Los dioses falsos de griegos y romanos eran inmortales, poderosos, arbitrarios, traviosos e incluso crueles; sin embargo, no amaban. Ninguna religión que no sea el cristianismo en el mundo moderno se atrevería a declarar que Dios es amor. Predicar a Cristo es predicar el amor de Dios. Dios ama al Hijo como a Alguien inherente a Su propio Ser, sin embargo, Dios el Padre ha dado al Hijo porque la humanidad, Su creación, estaba perdida en el pecado. Juan 3.16 ha sido llamado el «texto de oro» de la Biblia: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

Muchos de los lectores de Juan se enteraron por primera vez de Dios cuando un apóstol, o

algún cristiano con el mensaje apostólico, llegó a su ciudad. En la plaza del mercado o en la casa de un amigo, en un taller o en la esquina de una calle, habían aprendido del Dios de amor. Los primeros lectores de 1ª Juan habían aprendido que hay un solo Dios. Habían aprendido que Él es un Dios de amor, sin embargo, también habían aprendido que no había nada que Dios quisiera de ellos de mayor importancia que su amor por Él. Cuando las personas del mundo antiguo escucharon que hay un solo Dios, y que el amor es básico en Su naturaleza, lo creyeron. Constituía un descubrimiento asombroso para ellos, iluminando sus ojos y permitiéndoles ver el mundo como nunca antes lo habían visto.

El amor es el componente central de la vida en Cristo. A veces, una palabra que encarna un concepto elevado, santo y noble se usa con tanta frecuencia y con tanta ligereza que casi es destruida al ser despojada de su significado. Quizás no haya mejor ilustración que la palabra «amor». Las personas usan el «amor» para justificar cosas injustificables, a menudo de maneras ridículas. Como resultado, los cristianos tienden a olvidar que es la base de toda la vida cristiana. Las fuerzas satánicas y mundanas le temen al amor cristiano. Nunca se cansan de intentar redefinirlo en una tolerancia leve que justifique cualquier sentimiento que despierte las pasiones del momento.

La palabra «amor» aparece casi trescientas veces en el Nuevo Testamento. Difícilmente sería exagerado decir que el amor es de alguna manera el fundamento de cada pensamiento del Nuevo Testamento. Jesús afirmó que toda la Ley y los Profetas dependen de dos mandamientos, el amor a Dios y el amor al prójimo (Mr 12.28–31). Si los cristianos descuidan la Palabra, es para su peligro espiritual.

El amor estaba en el centro del nuevo mandamiento de Jesús. En 1ª Juan 2.7–11, la palabra «amor» en realidad aparece solo una vez, sin embargo, esa ocurrencia es la pieza central del pasaje. El amor es como una joya en medio de las amonestaciones del apóstol. Es como si todas las demás palabras fueran rayos de luz enfocados en la pieza central. Juan parecía estar diciendo que no hay nada que creer, nada que hacer, hasta que el creyente aprenda el significado de la palabra. El apóstol se basó en su uso de la palabra. Después de presentar el «amor», Juan dijo que no tenía ningún mandamiento nuevo para ellos. Antes de poder dar un paso hacia la santidad, tenían que revisar el antiguo mandamiento que habían escuchado desde el principio.

La referencia de Juan al «principio» parece referirse al momento en que aprendieron de Cristo por primera vez de los apóstoles. Juan les recordó a ellos y a nosotros el día de nuestra conversión. Llamó a los creyentes a volver a lo básico de la vida cristiana recordándoles lo que habían escuchado al principio. El apóstol dio a entender que no había forma de predicar el mensaje de Cristo sin amor. De principio a fin, el evangelio es un mensaje donde el amor está en el centro de todo.

Dios desea el amor de Su pueblo. Para los incrédulos, quizás lo único maravilloso por descubrir más que el amor de Dios por ellos es que Él desea que ellos le amen a cambio. Los dioses falsos del mundo antiguo querían temor, obediencia, sacrificios o rituales. A los dioses de los paganos no les preocupaba si sus adoradores los amaban o no. El tema nunca surgía. Los primeros maestros cristianos enseñaron a un mundo en las tinieblas de la idolatría que el camino de Dios es el camino del amor. Los que vinieron a Cristo dejaron tras de sí un mundo de deidades caprichosas, traviesas y crueles.

El Señor desea el amor de Su pueblo, sin embargo, Juan dejó claro que no hay forma de que el amor de Dios se exprese aparte de la forma en que los creyentes tratan a sus semejantes. No hay forma de estar «en luz», es decir, de estar bien con Dios, a menos que los cristianos sean sensibles y considerados con sus hermanos y hermanas. Hacia el final del registro de Mateo, Jesús contó una parábola sobre el gran juicio y el fin de los tiempos. Dijo que todas las naciones serían reunidas delante de Él y que Dios las separaría, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Cristo indicó que los justos habían tratado a los necesitados con gracia

y compasión sin apenas darse cuenta. Jesús dijo:

Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? [...] Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mt 25.37, 40).

El amor a Dios implica amar a las personas. No hay forma de que alguien pueda amar a Dios, al menos no de la manera en que Dios desea ser amado, a menos que actúe de una manera amorosa para con las personas con las que trabaja, las personas con las que se encuentra en la calle y las personas que adoran a su lado. El apóstol Juan lo dejó muy claro:

Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad (1ª Jn 3.17, 18; vea Stg 5.5–16).

Incluso con el énfasis que el Nuevo Testamento pone en el amor como una forma de vida, los creyentes tienden a olvidar. Algunos cristianos del siglo primero compitieron por dones sobrenaturales, como sanar o hablar en lenguas. Pablo, como lo haría Juan después de él, llamó a los discípulos a volver a un mensaje de amor. En uno de los pasajes más hermosos y más citados del Nuevo Testamento, el apóstol de los gentiles puso en perspectiva las dotes sobrenaturales. Nada puede sustituir el esfuerzo cristiano de tratarse unos a otros y a todas las personas con amor y respeto. Pablo escribió:

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve (1ª Co 13.1–3).

Duane Warden

Los hechos sobre el anticristo (2.18–24)

Las personas tienden a sentirse atraídas por lo espectacular y lo misterioso. Es por eso que las teorías conspirativas abundan incluso en asuntos en los que han sido desacreditados completa y repetidamente. Los extraterrestres del espacio exterior construyeron las pirámides. Los griegos

y romanos estuvieron en América del Sur mucho antes que Colón. Adolf Hitler fue sepultado en algún lugar de Argentina después de una larga y confortable vejez. La muerte de John Kennedy fue un complot nefasto que involucró a decenas de personas y gobiernos extranjeros. Cualquier caso puede ser sostenido por aquellos que quieran seleccionar sus datos para vender una trama de película. Lo misterioso y lo espectacular siempre encuentran audiencia. En algún lugar siempre hay una ganancia en proceso.

Quizás no debería sorprendernos que, entre los cristianos, los mitos sobre la aparición de un anticristo nunca desaparezcan. En los sermones de los predicadores, en las páginas de revistas académicas, en los tipos de producciones cinematográficas que abundan alrededor de *halloween*, aparecen los anticristos. De varias maneras, para aquellos que nunca han leído la Biblia y para aquellos que sí, las teorías y mitos sobre el anticristo llenan los pensamientos y las vías respiratorias de los aventureros. Las teorías sobre los anticristos se remontan a los primeros siglos. Es un gran drama, sin embargo, faltan hechos en la mayoría de las presentaciones populares. Consideremos los hechos.

Hecho 1: Los únicos lugares en el Nuevo Testamento donde aparece la palabra «anticristo» son 1ª Juan 2 y 4 y una sola mención en 2ª Juan 7. La palabra no aparece en Apocalipsis. En el altamente simbólico Libro de Apocalipsis, un «gran dragón escarlata» con siete cabezas y diez cuernos aparece en 12.3. Se dice que es «el diablo» y «Satanás» (Ap 12.9). Nunca se le llama el «anticristo». No es un representante del diablo que aparece en forma de espanto para liderar las fuerzas del mal inmediatamente antes de la venida de Cristo o en cualquier otro momento.

En 2ª Tesalonicenses, el apóstol Pablo mencionó a un «inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca» en Su venida (2.8). Lo que el apóstol hizo referencia se ha debatido durante siglos. Pablo ya había dicho que el «misterio de la iniquidad» estaba obrando en el mundo donde él vivía, sin embargo, una fuerza restrictiva le mantenía bajo control (2.7). Pablo podría haber tenido en mente la obra de Satanás. Podría haber indicado que Satanás tendrá algún período de influencia sin precedentes antes del regreso del Señor. Los cristianos han tenido dificultades para identificar tanto al hombre inicuo como a la fuerza restrictiva. Los creyentes han debatido sobre la interpretación del pasaje, sin embargo, lo que sí es cierto es lo siguiente: Pablo nunca usó la palabra «anticristo».

Saltar de los «anticristos» de 1ª Juan al «hombre de iniquidad» en 2ª Tesalonicenses es imprudente e injustificado. Hay buenas razones para entender al hombre de iniquidad del que Pablo escribió en 2ª Tesalonicenses como alguien diferente de los anticristos en 1ª Juan y 2ª Juan.

Hecho 2: Para Juan, los anticristos eran tanto plurales como presentes entre sus lectores. Había muchos de ellos, y ya estaban alejando a los cristianos de la verdad y hacia las tinieblas del mundo presente. Juan les dijo a sus lectores que podían saber que vivían en «el último tiempo» porque habían aparecido muchos anticristos. ¿Qué quiso decir el apóstol con «el último tiempo»?

Para Juan y otros autores del Nuevo Testamento, vivir como cristiano en el reino de Dios es ser partícipe de una cualidad de «ya / todavía no». Los cristianos ya viven en los últimos días o en el último tiempo, sin embargo, aún queda un último día por venir. El autor de Hebreos podría referirse a «estos postreros días» como el tiempo en que los creyentes ya viven. Para Timoteo y otros cristianos, los postreros días difíciles se evidenciaban por la presencia de personas que se entregaban a hacer obras de las tinieblas (2ª Ti 3.1-5).

Desde la aparición de Cristo y el establecimiento de Su iglesia, los últimos días han estado sobre los creyentes. Dios no tiene promesas adicionales que cumplir antes del final. Los lectores de Juan vivían en el «último tiempo», como lo evidenció la aparición de anticristos. El apóstol no dio ninguna indicación de que fueran representantes o presagios de algún individuo malvado que sería el «anticristo» y aparecería antes de la aparición de Cristo para el juicio final. Los anticristos estaban presentes con Juan y sus lectores. Eran evidencia de que los cristianos vivían en el último tiempo. Aunque han pasado dos mil años, los creyentes continúan luchando con los anticristos. Los problemas de interpretación en 1ª Juan cuando los anticristos son el tema son diferentes de los de 2ª Tesalonicenses 2.

Hecho 3: En el mismo contexto cuando Juan habló sobre los falsos profetas que habían salido al mundo donde vivían Juan y sus lectores, el apóstol habló sobre los anticristos (1ª Jn 4.1-3). Los traductores de la Reina-Valera, aparentemente desesperados por encontrar un individuo llamado el «anticristo» que aparecerá inmediatamente antes del regreso del Señor, insertan la palabra «espíritu», «y este es el espíritu del anticristo», dice. Sin embargo, ya Juan había dicho: «y todo espíritu que no confiesa

que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios» (4.3). Los falsos profetas que estaban presentes se negaron a profesar que Jesús había venido en carne. Eran los anticristos. Cada uno de los que no confesó a Jesús, dijo Juan, era un anticristo. Ellos eran los que eran «hijos del diablo» (3.10).

Si por razones teológicas alguien está convencido de que un ser personal, maligno, un enviado de Satanás, aparecerá antes de la segunda venida de Cristo, que exponga su caso. Aún así, podríamos rogar en interés de claridad que nos limitemos al uso de términos bíblicos para describir eventos bíblicos. La palabra «anticristo» es partícipe del mito y misterio de aquellos en el mundo actual que quieren determinar la fecha de Su segunda venida. Ya que Juan es el único que usa el término «anticristo», permitámosle definir la palabra. Para Juan, había muchos anticristos en el mundo. Su designación alternativa para los anticristos era «falsos profetas».

Duane Warden

Salvación por medio del Hijo de Dios (2.1, 2)

Jesucristo ocupa el centro del relato bíblico. El Antiguo Testamento prepara Su venida. Los Evangelios hablan de Su venida. El resto de los libros del Nuevo Testamento explican la importancia de Su venida y proclaman que vendrá nuevamente.

Por lo tanto, no es sorprendente que, en su primera epístola, Juan quisiera tranquilizar a sus lectores sobre la certeza de su fe. Hizo hincapié en que tenían «la salvación por medio del Hijo». También para nosotros, «Jesucristo el justo» es la esperanza de salvación (2.1b). Examinemos lo que dijo Juan acerca de nuestro Salvador Jesús.

La pregunta «quién». ¿Quién es este Jesús? Según Juan, Jesús es «Lo que era desde el principio» (1.1); el «Verbo de vida» (1.1; vea Jn 1.1, 14); «la vida eterna» (1ª Jn 1.2; vea Jn 1.4; 14.6); «Jesús», que quiere decir «salvación» (1ª Jn 1.7; vea Mt 1.21); y «Cristo», que quiere decir «el ungido» (1ª Jn 1.3; 2.22; 5.1). En 1ª Juan, el nombre «Cristo» incluye la idea de que Jesús es Deidad. Jesús también es el Hijo de Dios, el Hijo del Padre (1.3, 7; 2.22, 23; 4.9, 14, 15; 5.9). Ser el Hijo de Dios quiere decir tener la naturaleza de Dios (vea Jn 10:32–38). Él es «el justo» (1ª Jn 2.1; 3:7; vea He 4.15); «abogado» (1ª Jn 2.1); «la propiciación por nuestros pecados» (2.2; 4.10); y «el Salvador» (4.14).

Además de describir a Jesús de todas estas formas, Juan protegió a sus lectores de las falsas enseñanzas sobre la naturaleza de Jesús. Sus advertencias sobre los falsos maestros constituyen uno

de los temas que aparecen a lo largo de la epístola.

¿Quiénes eran estos falsos maestros y qué enseñaban? Juan los llamó «engañadores» y «anticristos», es decir, aquellos que estaban en contra de Cristo. Dijo que «salieron de nosotros» (2.18, 19); en otras palabras, eran cristianos apóstatas. Además, por lo que enseñaban, podemos asumir que abrazaban una forma temprana de gnosticismo, una herejía del siglo segundo.

Los gnósticos afirmaban tener un conocimiento especial que otros no tenían. Si bien había muchas formas diferentes de gnosticismo, todos los gnósticos tenían una creencia en común: creían que el espíritu es bueno pero que todo lo material, incluida la carne, es malo. En consecuencia, creían que Dios, que es Espíritu y bueno, no podía realmente venir y morar en un cuerpo humano físico. Según ellos, ¡Dios no podía ser carne!

Entonces, ¿quién era Jesús? Para alguien que era gnóstico, había dos posibilidades. Primero, Jesús no fue realmente carne; solo parecía ser, o aparentaba ser, carne. Una persona que sostenía este punto de vista podría creer que, mientras estuvo en la tierra, Jesús fue algo así como un holograma, una imagen tridimensional. Podría esperar que, si pudiera extender la mano para tocar a Jesús, su mano lo atravesaría. En segundo lugar, Jesús fue solo un hombre, pero en algún momento, tal vez cuando fue bautizado, Cristo vino a morar en Él. Por lo tanto, durante Su ministerio, Jesús fue un hombre habitado por Cristo. Sin embargo, antes de morir, el Cristo lo dejó, por lo que el Jesús que murió fue completamente humano. De acuerdo con este pensamiento, se tendría que hacer una clara distinción entre Jesús y Cristo, siendo Jesús simplemente un hombre y Cristo divino pero no verdaderamente hombre.

Ambos puntos de vista fueron refutados por Juan. ¡Juan insistió en que Jesucristo fue una sola persona en la tierra, que vino en la carne y era el Hijo de Dios! Además, insistió en que a menos que creamos que Jesús era el Cristo, que era divino, que la Deidad vino en carne, ¡no podemos ser salvos!

¿Por qué debemos creer en Jesús? En otra parte de 1ª Juan, aprendemos que podemos saber que Jesucristo fue en verdad quien dijo que era gracias a los testigos de Su divinidad. ¿Quiénes fueron esos testigos?

1) Los apóstoles fueron testigos principales. Juan habló de lo que los apóstoles habían oído, visto y palpado. Sabían que Jesús era realmente Dios y verdaderamente hombre. Juan dijo: «por-

que la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1.2).

2) El Espíritu, el agua y la sangre fueron testigos. En el capítulo 5, leemos sobre la venida de Jesús «en agua y sangre» (5.6) y sobre los «tres [...] que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre» (5.7, 8). Se dice que estos tres testigos concuerdan. El «agua» probablemente se refiere al bautismo de Jesús. La «sangre» se refiere a la muerte de Jesús y podría asumir Su resurrección. El «Espíritu» es el Espíritu Santo y se le describe como «la verdad». No puede mentir. En el bautismo de Jesús, Dios dio testimonio de que Jesús era Su Hijo. En el momento de la muerte de Jesús, sucedieron cosas milagrosas: un sol oscurecido, un terremoto y la ruptura del velo del templo. Entonces ocurrió la resurrección. Más adelante, el Espíritu Santo inspiró a los apóstoles a predicar el evangelio; y proclamaron que Jesús era el Cristo. Además, el Espíritu Santo fue dado a cada persona que obedeció y fue bautizada (Hch 2.38; 5.32). Su presencia en el nuevo cristiano era evidencia de que la persona había sido salva y, por lo tanto, evidencia de que Jesús era quien decía ser. Por lo tanto, estos tres testigos concordaban en que Jesús era el Hijo divino de Dios.

3) Dios mismo es un testigo de la deidad de Jesús (1ª Jn 5.9–12). Dios dio testimonio de que Jesús era Su Hijo de varias maneras. Habló desde el cielo al menos en dos ocasiones (Mt 3.17; 17.5) y lo reclamó como Su Hijo. Dios le permitió a Jesús realizar milagros, demostrando que era el Hijo de Dios (Jn 20.30, 31; He 2.4). Él reveló, por medio de Cristo y Sus apóstoles, que Jesús es el único camino para tener vida eterna. En el pasaje anterior, Juan enfatizó que el creyente tiene el testimonio de Dios «en sí mismo», es decir, su salvación por medio de Jesús, el Hijo de Dios, es evidencia de la divinidad de Jesús.

Jesucristo es Deidad. ¿Qué quiere decir para nosotros? Para nosotros quiere decir exactamente lo que quiso decir para personas del siglo primero: ¡Tenemos que aceptar a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, para ser salvos!

Puede que esa declaración no nos suene revolucionaria. Sin embargo, fue revolucionaria en el siglo primero. Nadie, excepto Jesús, ha hecho las afirmaciones que Él hizo. Nadie más tenía discípulos que afirmar lo que afirmaron los discípulos de Jesús. ¡Dijeron que todos en el mundo estaban perdidos hasta que creyeran en Jesús y obedecieran

el evangelio!

Tenemos que pensar en aquellos que dicen ser cristianos en algún sentido. Muchos de ellos piensan que Jesús fue un gran hombre, un «buen» hombre o un excelente maestro. Prefieren seguirlo a Él que seguir a cualquier otro; rechazan la noción de que otros se perderán eternamente si no creen en Jesús. En las iglesias de la cristiandad, muchas personas están predicando una doctrina que dice que es bueno ser cristiano, sin embargo, no está mal ser miembro de alguna otra creencia religiosa, o incluso ateo, siempre que se sea una buena persona y se viva acorde con las creencias que tenga.

Crear en Cristo no es solo una opción entre muchas. Si una persona desea ser salva, Jesucristo es la única opción disponible de parte de Dios. Así como la vida en este planeta sería imposible sin el sol, ¡la vida eterna con Dios es imposible sin el Hijo!

La pregunta «qué». Es necesario una segunda pregunta: «¿Qué ha hecho Jesús por nosotros y por la humanidad?». En realidad, es necesario hacer dos preguntas: «¿Qué hizo Jesús?» y «¿Qué está haciendo Él?».

Varias veces en 1ª Juan, se nos dice que Dios envió a Su Hijo o que Jesús vino para ser el Salvador del mundo. Por ejemplo, en 2.2, leemos que Él es «la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo». Primera de Juan 3.16 es representativa de otras declaraciones similares en el libro: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos». En otros pasajes aprendemos que «apareció para quitar nuestros pecados» (3.5), que apareció «para deshacer las obras del diablo» (3.8), que «Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él» (4.9), y que Dios «ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (4.14).

Los beneficios provistos por Jesús no están solo en el pasado, en Su venida a la tierra y muriendo en la cruz para que podamos ser salvos. También están en el presente. ¡Jesús está haciendo algo por Sus discípulos hoy! ¿Qué está haciendo?

1) Su sangre nos está limpiando (vea 1.7). La muerte de Cristo sirve como propiciación por nuestros pecados, no solo cuando nos hicimos cristianos, sino también cuando pecamos como cristianos. Como resultado, somos limpios de nuestros pecados y perdonados.

2) Está actuando como nuestro Abogado,

nuestro Mediador con el Padre (vea 2.1). Es como si estuviéramos siendo juzgados en el tribunal de justicia celestial, con Jesús de pie a nuestro lado y hablando por nosotros al Padre. Podría decir algo como esto: «Padre, sé que este hermano [o hermana] ha pecado. También sé, puesto que fui humano, lo difícil que es no pecar. Se arrepiente de su pecado. Perdónalo por favor. Me ofrecí para pagar la pena por su pecado». ¡Cuando Jesús es nuestro abogado, podemos estar seguros de que ganará el caso y seremos perdonados!

3) Él es nuestra seguridad de vida eterna (vea 5.11). En el vocabulario de Juan, Jesús es vida eterna. Cuando le pertenecemos, somos partícipes de esa vida. Lo tenemos ahora en el sentido de que somos partícipes de la vida de Cristo; la vida eterna es una calidad de vida conocida por los cristianos. Sin embargo, lo que experimentamos ahora no es más que un anticipo de lo que tendremos para siempre. Algún día, la *calidad* de vida eterna se convertirá en una *cantidad*, una medida de lo que es inconmensurable, una vida infinita y atemporal, que se extenderá a lo largo de la eternidad. Estar unidos con Cristo ahora nos asegura que estaremos unidos con Él para siempre.

Podríamos ver la salvación diciendo que *fui-*mos salvos cuando nos hicimos cristianos; *estamos* salvos al ser perdonados cuando pecamos como cristianos; y *seremos* salvos después del Día del Juicio, cuando entremos en nuestro galardón eterno. En cada caso, la salvación viene por medio del Hijo, por medio de Jesucristo, el Hijo de Dios. Él murió para salvarnos inicialmente, Su sangre nos limpia continuamente y Él será el medio por el que viviremos eternamente.

La pregunta «cómo». Se tiene que responder una tercera pregunta: «¿Cómo llegamos a Jesús para permitirle ser nuestro Salvador?». La mayor parte de 1ª Juan 2 fue escrita para responder esa pregunta.

Basados en 2.3–17, ¿qué podemos decir que Dios requiere de aquellos que han sido salvos por Su sangre? Se especifican o asumen cuatro cosas.

Primero, Juan dio a entender que debemos aferrarnos a las verdades que abrazamos cuando nos hicimos cristianos (2.12–14). En 2.12–14 se abordan tres clases de cristianos: «hijitos», «padres» y «jóvenes». El pasaje casi parece un paréntesis, ya que parece no tener nada que ver con lo que viene antes o después. Una forma de entenderlo es viendo a Juan con la intención de incluir a todos los cristianos en la lista de destinatarios. Quería

que recordaran quién era Jesús y lo que había hecho por ellos. Escribió: «vuestros pecados os han sido perdonados»; «conocéis al que es desde el principio»; «habéis vencido al maligno»; «habéis conocido al Padre»; «sois fuerte, y la palabra de Dios permanece en vosotros». Los falsos maestros habían afirmado que solo ellos conocían alguna verdad especial que era necesaria para la salvación y trataron de hacer pensar a estos creyentes que su propia fe cristiana era de alguna manera deficiente. ¡Juan deseaba que supieran que su fe no era de ninguna manera deficiente! Todo lo que necesitaban para creer y enseñar era lo que ya sabían.

En segundo lugar, Juan dijo que tenemos que guardar los mandamientos (2.3–6). De hecho, dijo que «El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él» (2.4). En contraste, «el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado» (2.5a). ¿Qué mandamientos hemos de guardar? ¡Todos los mandamientos! ¿Cómo se puede afirmar verdaderamente ser un seguidor de Jesucristo si se insiste en escoger y elegir qué mandamientos obedecer? ¿Es correcto, por ejemplo, que un cristiano diga: «Le haré bien a mi prójimo porque Cristo quiere que lo haga; sin embargo, no asistiré a los servicios de la iglesia ni daré a la iglesia, aunque el Señor dio esos mandamientos»? ¡Ciertamente no!

En tercer lugar, Juan dijo que hemos de amar a los hermanos (2.7–11). De todos los mandamientos que Dios nos ha dado, sin duda Juan fue el que más se inclinó por el mandamiento de «amarse los unos a los otros». Señaló que este mandamiento no es un mandamiento nuevo. El mandamiento de amar resume todos los mandamientos, y a estos cristianos se les había enseñado a amar «desde el principio». Sin embargo, cuando Cristo dio este mandato a Sus discípulos, lo llamó «nuevo» (Jn 13.34, 35).¹ Agregó que si afirmamos andar en luz mientras aborrecemos a nuestro hermano, estamos pecando, o andando en tinieblas. Por lo tanto, una forma en que debemos responder a lo que Cristo ha hecho por nosotros es amando a nuestros hermanos y hermanas.

Cuarto, Juan dijo que no tenemos que amar al mundo (1ª Jn 2.15–17). Por supuesto, «el mundo»

¹ Vea F. F. Bruce, *The Epistles of John: Introduction, Exposition and Notes (Las epístolas de Juan: Introducción, exposición y apuntes)* (Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell Co., 1970), 53–54.

que no debemos amar no es el mundo físico en el que vivimos. Tampoco consiste en las personas que habitan este mundo. Más bien, son las actitudes y acciones pecaminosas que encontramos en el mundo: «los deseos de la carne», «los deseos de los ojos» y «la vanagloria de la vida». Si nuestras vidas están dominadas por la lujuria y el orgullo, no podemos amar al Padre.

Además, Juan proporcionó un incentivo para no amar al mundo, sino amar a Dios en cambio: «El mundo pasa, y sus deseos» (2.17a). Si nuestros deseos pudieran satisfacerse plenamente, incluso si pudiéramos tener todo lo que deseáramos en el mundo, ¿qué nos quedaría cuando este mundo pase? ¿De qué nos beneficiarían nuestros logros cuando muramos y dejemos el mundo? Sin embargo, «el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (2.17b). No debemos amar al mundo, sino amar a Dios y hacer Su voluntad. Entonces viviremos para siempre con Él.

Conclusión. Jesús es el Hijo divino de Dios, hecho carne. Él es Aquel a quien Dios envió para ser el Salvador del mundo. Él nos salva de nuestros pecados cuando nos hacemos cristianos; Él continúa salvándonos cuando pecamos como cristianos limpiándonos con Su sangre; y nos salvará eternamente, porque en Él está la «vida eterna». Él requiere algo de aquellos de nosotros que hemos sido salvos por Él. Tenemos que aferrarnos a las verdades que hemos abrazado. Tenemos que guardar Sus mandamientos. Tenemos que amarnos unos a otros. Tenemos que negarnos a amar al mundo.

Cristo es el único Salvador. Dijo, en efecto, «Yo soy el [único] camino, y la [única] verdad, y la [única] vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn 14.6). Si usted omite a Cristo, ¡será omitido del cielo! ¡La salvación es por medio del Hijo! ¡Venga al Hijo y sea salvo!

Coy Roper

Cuando usted falle, recuerde lo siguiente (2.1, 2)

Incluso los cristianos sufren la frustración del fracaso. Como regla general, no pecamos a propósito. El pecado no es el patrón habitual de nuestra vida, sin embargo, pecamos.

Como aprendemos en el aula de la experiencia, el fracaso suele ir seguido de la decepción, la culpa, el temor y la pérdida de la autoestima. Si el fracaso no se maneja adecuadamente, puede debilitarnos e incluso resultar fatal para nosotros.

Una parte necesaria de la vida cristiana, por lo tanto, es aprender a manejar el fracaso a la

manera de Dios. El maravilloso plan de Dios para nuestras vidas nos equipa para recuperarnos del quebrantamiento del pecado.

Primera de Juan 2.1, 2 insta a los cristianos a enfrentar el fracaso con fe. Juan ya ha dicho: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1.8). Después de la conversión, el pecado no solo es posible; ¡es una realidad! ¿Qué debe hacer el cristiano cuando peca?

Uno de los pasajes clásicos del Nuevo Testamento sobre el pecado y la comunión con Dios es 1ª Juan 1.5—2.6. Juan ha dicho que los cristianos tienen que andar en luz, reconocer su imperfección y necesidad de la gracia de Dios y confesar sus pecados a Dios. Dijo que estaba escribiendo para que los cristianos no pecaran. Sin embargo, si pecan, Dios tiene un plan que Sus hijos deben seguir.

Cuando pecamos, ¿qué debemos hacer? Cuando fallamos, ¿qué debemos recordar?

Lo que hizo Jesús en la cruz. Debemos recordar que Jesús murió en la cruz para que nuestros pecados pudieran ser perdonados. Juan escribió: «Y él mismo es la propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (2.2).

Juan usó una palabra griega difícil que se traduce como «propiciación» en la Reina-Valera y «expiación» en la RSV. Esta palabra revela que Jesús tomó nuestro lugar llevando el castigo de nuestros pecados en la cruz. Su muerte tiene un propósito tanto permanente como universal. Su muerte fue «una vez para siempre» y para todos los que vivirían en este mundo. Es integral y completa en su eficacia, personal en impacto y universal en potencial y alcance.

C. E. McGaughey fue uno de los grandes predicadores del siglo veinte. Como alma sensible y perceptiva que fue, predicó con intensidad y poder. Una semana, mientras cumplía un compromiso para predicar, se quedó cerca de una réplica turística del Gólgota. Una tarde, visitó el sitio por curiosidad. Descubrió que las cruces habían sido construidas y dispuestas para que se pudiera realmente subir sobre ellas y ver cómo sería estar en una cruz. Decidió que subiría por una de las cruces, sin embargo, luego vaciló. Pensó para sí mismo: «No estaré sobre la cruz en el centro. Aunque es solo una réplica, representa la cruz de mi Señor. No soy digno de estar encima de ella». Subió los escalones y se paró sobre una de las cruces para los ladrones. Más tarde, sin embargo, reflexionó

sobre esta experiencia que tuvo. Concluyó, diciendo: «No debería haber dudado subir a la cruz del medio. No era la cruz de mi Señor, era mi cruz».

La cruz central del Gólgota era, de hecho, nuestra cruz. Sobre ella, Jesús pagó el precio por nuestros pecados. Sobre ella, se convirtió en «la propiciación» por nuestros pecados. Sin Su cruz, no habría esperanza y los pecadores estarían condenados. Con ella, la esperanza eterna está presente para todos los que se vuelven a Cristo con fe obediente. La cruz no nos da licencia para pecar; sin embargo, garantiza el perdón para quien confía en Jesús para salvación y le obedece genuinamente.

Miner Stearns fue un predicador popular y maestro de la Biblia hace más o menos una generación. Se dice que un día después de haber enseñado una clase de Biblia, un hombre corrió hacia él y le dijo: «Me opongo a lo que dijiste en tu clase de Biblia». Stearns preguntó: «¿Con qué no estás de acuerdo?». El hombre dijo: «Dijiste que no puedo ir al cielo siguiendo el ejemplo de Cristo. Sin embargo, sé que hay un versículo en la Biblia que dice que Cristo dejó un ejemplo y que hemos de seguirlo». Stearns abrió su Biblia y le leyó al hombre 1^o Pedro 2.21 donde Pedro dijo que Cristo nos dejó ejemplo y que debemos seguir Sus pasos. El hombre dijo: «Ese es exactamente el versículo que quise decir». Stearns dirigió su atención al siguiente versículo, que dice: «No cometió ningún pecado». Stearns preguntó: «¿Puedes seguir a Cristo como tu ejemplo allí?». El hombre dijo: «Bueno, no. Admito que he cometido pecado como todos los demás». Stearns procedió a señalar que este hombre, como todos los demás, necesitaba la sangre de Cristo además del ejemplo de Cristo para ir al cielo.² Cristo es tanto nuestra expiación como nuestro ejemplo.

Si la muerte de Jesús expió nuestro pecado cuando acudimos a Él mediante la obediencia al evangelio para convertirnos en Sus seguidores, ¿no expiará nuestro pecado cuando le confesamos nuestros fracasos como Sus seguidores? Si fue útil para crear la vida redimida, ¿no servirá para su continuación?

Cuando fallamos, tenemos que recordar que la muerte de Jesús es suficiente para expiar nuestro pecado. Fue verdad ayer; es verdad hoy. Él no excusa nuestros pecados, sin embargo, los borrará. No los aprueba, pero los eliminará. Como

cristianos, tenemos acceso a la gracia limpiadora y la misericordia perdonadora de Dios.

Lo que hace Jesús en la corte del cielo. Cuando fallamos, debemos recordar que Jesús defenderá nuestro caso en el cielo. Juan dijo: «Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (2.1b). Juan describió a Jesús como nuestro abogado. Hacia el final de Su ministerio terrenal, Jesús se refirió al Espíritu Santo como nuestro «Consolador» (Jn 14.16, 26). Usó la misma palabra que Juan usó en este versículo para Jesús. La palabra quiere decir «uno llamado al lado para ayudar». Cuando fallamos, Jesús viene a ayudarnos. Habla al Padre por nosotros.

De vez en cuando, nuestros amigos nos recuerdan que estamos en sus oraciones. Saber que oran por nosotros nos da la determinación y el impulso para seguir adelante. Piense en el impulso que viene con saber que Jesús está orando por nosotros. A Pedro, Jesús le dijo: «He rogado por ti» (Lc 22.32a). Esas palabras tienen que haberse quedado con Pedro. Podemos imaginar lo conmovedor que tuvo que haber sido para los apóstoles escuchar a Jesús orar por ellos la noche antes de Su muerte (Jn 17). Es dudoso que alguna vez olvidaran esa oración. ¿Nos damos cuenta de que Jesús orará por nosotros cada vez que cometemos un error, cada vez que fallemos? Siempre está dispuesto a interceder ante el Padre por nosotros. Más de lo que podemos comprender, Jesús espera para ayudarnos a resolver nuestro pecado con el Padre. El perdón es concedido gratuitamente al cristiano arrepentido. Mientras oramos, el Espíritu Santo ayuda en el plano terrenal (Ro 8.27) mientras que Jesús nos ayuda en el plano celestial (Ro 8.34).

Cuando pecamos, volvamos a nuestro Padre en oración penitente. Si hemos pecado contra otros, disculpémonos con ellos y tratemos de reparar el daño que se ha hecho. Si es un pecado personal y privado, resolvamos nuevamente hacer mejor las cosas al tiempo que oramos. Tenemos un Abogado para con el Padre, Jesucristo el justo.

Quién es Jesús en carácter. Cuando fallamos, tenemos que recordar el carácter de Aquel que intercede por nosotros. Juan dijo: «abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (2.1b).

Su nombre, Jesús, sugiere que se identifica con la humanidad. Un dicho común es que Él fue «tan humano como si no fuera divino en absoluto y tan divino como si no fuera humano en absoluto». Fue tentado, pero no pecó; fue completamente humano, pero completamente justo. Sin exenciones

² Roy Matheson, *Loving God's Family (Amar a la familia de Dios)* (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1985), 50–51.

ni privilegios especiales, se hizo hombre, sufrió, vivió con la sombra de la muerte sobre Su vida y fue obediente al Padre.

Su título, Cristo, expresa Su deidad. Entiende tanto la justicia de Dios como la fragilidad del hombre. Ha visto la gloria del cielo y la depravación de la tierra. Ha probado el dolor; ha vivido en el paraíso.

Juan describió a nuestro Abogado como «justo». Aquel que viene en nuestra defensa nunca ha transgredido la voluntad del Padre. Él es justo, sin pecado, sin defecto, perfecto. No suplica con las palabras vacías de un rebelde inútil. Suplica con una vida justa que fue sacrificada por el pecado.

Mientras Moisés estaba en el monte Sinaí recibiendo los Diez Mandamientos, la nación de Israel cedió ante un horrible pecado (Ex 32). Construyeron un becerro de oro y se postraron ante él adorándole. Cuando Moisés regresó, rompió las dos tablas de piedra con justa indignación y dijo al pueblo: «Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado» (Ex 32.30). Los israelitas necesitaban que alguien intercediera por ellos, o el juicio divino caería sobre ellos.

Moisés salió a orar por ellos. ¿Quién no querría que Moisés orara por ellos? Cuán aliviados estaríamos si supiéramos que Moisés iba a orar por nosotros. «De hijo...», diríamos, «... Dios oír a Moisés». Sin embargo, ¡uno más grande que Moisés está aquí! ¡Jesucristo el justo orará por usted!

Nos decepcionamos cuando pecamos. Jamás es nuestra intención pecar contra nuestro Padre celestial, sin embargo, a menudo caemos en pecado de manera accidental. Abogado tenemos ante el Padre. Nuestro Abogado es el Justo. ¡Cuán eficazmente puede hablarle al Padre por nosotros! Si nos arrepentimos de nuestros errores y le pedimos a Dios que nos perdone, Jesús le pedirá al Padre a la luz de Su vida justa y sacrificio expiatorio que conceda nuestra oración. El Padre, el Dios de luz y amor, sobre la base de lo que hizo Jesús y de quién es Él, responderá nuestra oración con gracia y perdón.

Conclusión. Tenemos que enfrentar nuestro fracaso con fe. Cuando fallamos, podemos recordarnos lo que Jesús hizo en la cruz, lo que hizo en la corte del cielo por los hijos de Dios y quién es Él en carácter.

El plan de salvación de Dios no solo nos limpia en el momento de nuestro nacimiento en la familia de Dios; también nos mantiene limpios como hijos

de Dios. Jesús anhela llevarnos a la salvación, sin embargo, anhela aún más mantenernos en esa salvación. Dios no excusa el pecado en los pecadores ni en los santos; sin embargo, gracias a la vida perfecta de Jesús y al sacrificio propiciatorio, Él puede perdonar a Sus hijos cuando se acercan a Él en confesión y oración.

A medida que reflexionamos sobre nuestras vidas, tenemos que llegar a la conclusión de que Dios no ha terminado con nosotros. Tenemos que admitir que pecamos. Estamos creciendo, sin embargo, todavía no estamos completamente desarrollados. ¡Qué alentador es darnos cuenta de que cuando pecamos, tenemos un Abogado para con el Padre!

Dios no desea que pequemos. Un verdadero cristiano no tiene deseos de pecar. Sin embargo, si pecamos en las batallas diarias de la vida, Dios tiene un plan para nuestro perdón. Ese plan es una Persona, Jesucristo el justo. Cuando fallamos, recordémoslo. Eddie Cloer

El camino hacia la seguridad (2.3–6)

¿Estamos seguros de que conocemos a Jesús? ¿Tenemos la serenidad del alma que solo proviene de estar conscientes de que somos redimidos? La incertidumbre engendra inquietud y temor, mientras que la seguridad engendra confianza y paz. De hecho, prevalece la miseria y falta el significado cuando no se tiene convicción de la salvación eterna.

Juan describió la forma en que podemos saber que somos salvos. «Saber» es una de las palabras clave en 1ª Juan. En la epístola se utilizan dos palabras griegas diferentes. En los 105 versículos de la epístola, las dos palabras ocurren alrededor de cuarenta veces.³ Juan usó la palabra «conocer» para expandir los temas de justicia, confianza, verdad y amor. Al hacerlo, trazó un claro contraste entre el conocimiento verdadero y el falso.

En 2.3–6, Juan nos dio la base real para saber que somos salvos. ¿Se basa la confianza con respecto a nuestra salvación en un «sentimiento» subjetivo que es nebuloso para el que lo experimenta así como para todos los demás? ¿Se basa la seguridad de la salvación en las enseñanzas objetivas de la Palabra de Dios y nuestra respuesta obvia a ellas? ¿Cómo podemos saber que le conocemos?

Por sumisión sincera a Su voluntad. Juan dijo

³ R. E. O. White, *Open Letter to Evangelicals (Carta abierta a los evangélicos)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 17.

que podemos saber si le conocemos observando nuestra respuesta a Sus mandamientos. Dijo: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos» (2.3).

Este uso fue el primero de nueve veces que Juan dijo algo similar a «en esto sabemos...» (2.3, 5; 3.16, 19, 24; 4.2, 6, 13; 5.2). A lo largo de su libro, Juan dio pruebas mediante las cuales podemos ver si realmente conocemos a Dios. La primera prueba es la obediencia. Juan es claro en su afirmación. Explicó esta verdad en positivo, en negativo y de manera práctica.

En positivo, afirmó que podemos saber que le conocemos si guardamos Sus mandamientos con sinceridad. Si nuestra obediencia a Sus preceptos es real, nuestra seguridad de salvación será real. Si hay sumisión, puede haber serenidad. Juan no permitió un término medio.

Sostuvo la verdad en negativo, afirmando: «El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él» (2.4). Juan, obviamente, no estaba suplicando la perfección. Ya había dicho: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1.10). Juan se refería a una adhesión fiel y honesta a la voluntad del Señor cuando hablaba de «[guardar] sus mandamientos».

De manera práctica, Juan anunció el resultado de guardar los mandamientos de Dios. Dijo: «el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado» (1ª Jn 2.5a). El amor de Dios no madura en el alma de la persona a menos que ese amor se manifieste mediante un cumplimiento constante y devoto de los mandamientos del Señor. El resultado final de una hermosa flor de manzano es una hermosa manzana, y el resultado final del amor de Dios en el corazón es una vida diligente en guardar los mandamientos divinos.

La obediencia a la voluntad del Padre tiene dos características esenciales. Primero, involucra la actitud que tenemos; y segundo, involucra nuestras acciones. A un niño se le ordenó sentarse en una silla en la esquina y mirar hacia la pared por su mala conducta. Fue a la esquina y se sentó. Después de unos minutos de agonía, dijo: «¡Puede que esté sentado en mi cuerpo, sin embargo, estoy de pie en mi corazón!». Estaba exhibiendo conformidad exterior, pero no obediencia. Sus acciones estaban involucradas, sin embargo, no su actitud.

Saúl en el Antiguo Testamento fue rechazado como rey de Israel porque no obedeció a Dios. Se

le dijo que destruyera por completo a los amalecitas. Los enfrentó en batalla y salió victorioso. Claramente estaba en posición de hacer lo que Dios le había pedido que hiciera. Sin embargo, en su arrogancia y obstinación, le perdonó la vida al rey, Agag, además de ovejas y bueyes para sacrificio. Su obediencia fue declarada incompleta e inadecuada por el profeta Samuel (vea 1º S 15).

¿Estamos obedeciendo los mandamientos del Padre? Preguntémosnos: «¿Hay vetas de desobediencia en nosotros? ¿Estamos llevando vidas entregadas? ¿Es el propósito de nuestra vida andar en Sus mandamientos?». Podemos responder estas preguntas. Juan está llegando al fondo de la seguridad. El cristiano rebelde nunca tiene paz.

Si se es un hijo desobediente de Dios, el plan de acción que se debe seguir es obvio. Se debe buscar una relación personal con Él por medio de una obediencia humilde. No se será perfecto, pero se será fiel.

Mediante la duplicación diligente de Su andar. Juan dijo además que podemos saber que le conocemos verificando nuestra respuesta a Su vida. Dijo: «por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1ª Jn 2.5b, 6). Su segunda prueba en este pasaje es una imitación insistente de Jesús. Debemos caminar como Él caminó. No podemos imitar Su vida milagrosa, sin embargo, podemos duplicar Su estilo de vida.

No podremos reproducir la vida de Jesús a la perfección, quien hizo la voluntad del Padre sin el menor error. Sin embargo, podemos andar como Él anduvo determinando que el impulso fundamental de nuestra vida será vivir Su vida y cultivar Su mente en nosotros mismos.

¿Andamos como Él anduvo? ¿Nos preguntamos, «¿Qué haría Jesús en esta situación?». La pregunta más crucial sobre nuestras vidas es «¿Estoy viviendo y amando como lo hizo Jesús?».

Si estamos duplicando diariamente la vida de Jesús, podemos saber que le conocemos. Si estamos fallando en esta área vital, es hora de comenzar nuevamente. Cuando hemos obedecido Su evangelio, somos Sus discípulos. Entonces, vivamos como Sus discípulos y reflejemos Su vida en nuestras vidas.

Alegar tener comunión con Cristo no es suficiente. Nuestra forma de hablar tiene que estar sustentada por nuestros actos. Lo que afirmamos ser tiene que reivindicarse mediante nuestra conducta. Debería ser obvio para cualquier observador

que somos seguidores de Jesús en el sentido de vivir como Él vivió.

La conversión es más que suscribirse a un conjunto de doctrinas. Es adoptar un nuevo estilo de vida. No se trata simplemente de aceptar una visión diferente de la vida; es permitir que Jesús viva en nosotros, dándonos una vida diferente.

Permaneciendo fielmente en Él. Juan usó a menudo la palabra «permanecer», una palabra distintiva en el Nuevo Testamento. Quiere decir continuar donde uno está. Los cristianos a quienes Juan escribió estaban en Cristo. En este contexto, «permanecer» se refiere a la unión y comunión, permanencia y continuidad con Jesús.

La vida de Jesús fue radicalmente superlativa. Su mensaje fue divino y Su vida incomparable. Irradiaba el cielo mientras anduvo sobre la tierra. Su vida abrió una ventana para que el espectador pudiera percibir cómo es Dios. Fue sin duda un predicador; pero más aún, fue una ilustración. Fue un extraño, un extranjero, un ciudadano de otro mundo.

Conclusión. Podemos saber que le conocemos, sin embargo, este conocimiento no se obtendrá mediante las opiniones de los demás, sentimientos subjetivos y misteriosos o de la herencia familiar. El Espíritu Santo dijo que viene mediante la aplicación de tres pruebas: «¿Soy sinceramente sumiso a Su voluntad?»; «¿Estoy duplicando diligentemente Su andar?»; «¿Estoy permaneciendo fielmente en Él?». Estas son preguntas simples, sin embargo, contienen la verdad sobre nuestra relación con nuestro Redentor.

Durante la Guerra de Corea, el presidente Truman decidió que lo mejor para el país era librar una guerra limitada. El general Douglas MacArthur comenzó a hablar públicamente en contra de la decisión del presidente. El general dijo que no había sustituto para la victoria. Después de varios desacuerdos, el presidente finalmente relevó a MacArthur de su mando. Cuando se le preguntó por qué, el presidente explicó que no destituyó al general porque no estuviera de acuerdo con él, sino porque no cumpliría con su mandato. Se le pidió que cumpliera una orden y desobedeció. No le correspondía tomar decisiones; su responsabilidad era llevarlas a cabo. Aunque a todos nos gusta el tono de las palabras, «No hay sustituto para la victoria», el general MacArthur fue culpable de desobediencia.⁴ «Obediencia» quiere decir hacer

⁴ Matheson, 56–57.

lo que nuestros superiores nos dicen que hagamos. Podemos regocijarnos de que Jesús nunca nos pedirá que hagamos nada imprudente o incorrecto. El principio que anunció el presidente Truman también aplica al cristiano. Nosotros no creamos los mandamientos; simplemente los obedecemos de manera voluntaria.

Nos han decepcionado amigos que decían ser una cosa, pero fueron otra. Los estimábamos grandemente en nuestros corazones y pensábamos cálidamente en ellos. Lo que alegaban era claro, sin embargo, para nuestro dolor y abatimiento, más tarde descubrimos que lo que profesaban no correspondía con su práctica. Su comportamiento no armonizaba con sus creencias. Las acciones son tan importantes como las palabras; la obra es tan significativa como la declaración.

¿Somos sumisos a Su voluntad y guardamos Sus mandamientos? ¿Estamos andando como Él anduvo? ¿Estamos permaneciendo en Él? En estas tres preguntas se resume la vida cristiana.

Eddie Cloer

«Hijitos míos» (2.1, 2)

Al igual que hizo con Israel, Dios a menudo usó términos especiales en las Escrituras para comunicarnos cuánto nos ama como Su pueblo. La iglesia es representada como la esposa de Cristo que Él se presenta a Sí mismo sin mancha ni arruga (Ef 5.25–27). También llamó a la iglesia Su linaje escogido, Su real sacerdocio, Su nación santa y Su pueblo adquirido (1ª P 2.9, 10).

Cuando Juan le habló a la iglesia como «hijitos míos», estaba dando una declaración personal de su amor y afecto por el pueblo que la conformaba. Les estaba transmitiendo a estas personas que ocupaban un lugar muy querido en su corazón y que estaba profundamente preocupado por sus vidas y su futuro.

Primera de Juan 2.1, 2 no es un llamado a castigarnos por todos nuestros errores. Es un mensaje para mostrar el amor, el cuidado, las esperanzas y los sueños de Juan por nosotros como pueblo de Dios que somos. Antes había dicho: «Os escribí»; sin embargo, aquí se dirigió al mensaje muy personal: «estas cosas os escribo».

«... estas cosas os escribo para que no pequéis». ¿Cuántas veces los padres han intentado comunicarles a sus hijos que hay algunas cosas que los hijos simplemente no necesitan hacer? Los padres a menudo amonestan a sus hijos porque han experimentado de primera mano las consecuencias

de sus propias actos incorrectos. Juan, como un padre mayor que habla con sus hijos adultos, les ruega que no caigan en una vida de pecado.

Una de las herramientas más efectivas que Satanás usa contra nosotros es convencernos de que nuestros pecados no son malos. Podríamos pensar que los pecados de los demás son malos, sin embargo, de alguna manera justificamos nuestros pecados por lo que hemos pasado en la vida. Si alguien creció en las profundidades de la pobreza, podría ser fácil para él excusar el engaño o la mentira, especialmente si cree que se merece algo mejor de lo que ha experimentado en el pasado.

Juan, como padre espiritual amoroso que era, les suplicó a los cristianos que salieran del negocio del pecado. Se puede ser parte de un negocio durante gran parte de la vida. Sin embargo, cuando alguien deja un negocio, ese trabajo deja de ser su sustento. Puede que todavía sepa mucho al respecto, sin embargo, ya no es su negocio. Así es salir del negocio del pecado. Como cristianos, pecar ya no es nuestra forma de vida normal, incluso si a veces fallamos en el camino.

«... estas cosas os escribo para que [conozcan que] abogado tenemos para con el Padre». Juan es el único autor del Nuevo Testamento que usó esta palabra en particular, «abogado». Es la misma palabra que usó cuando describió a Jesús en el Evangelio de Juan prometiendo enviarnos el Espíritu Santo y no dejarnos huérfanos en este mundo. Dijo que el Abogado a quien el Padre enviaría es el Espíritu de verdad que sale del Padre: «El dará testimonio acerca de mí» (Jn 15.26). El «abogado» del que se habla en 2.1 es el que tiene una relación cercana tanto con el juez como con la persona que comparece ante el juez. Se interpone entre ellos para defender la causa del acusado. El hecho de que Dios designe a Jesús como nuestro Abogado es como un juez que tiene a un hombre presentándose ante él a quien ama profundamente, y nombra a su hijo, que también ama profundamente al hombre, para que lo represente.

Dios es un Dios de gracia y misericordia. Su plan era enviar a Jesús al mundo como nuestro Salvador y convertirlo en la ofrenda por nuestros pecados. Dios es el Juez que ya anhela perdonarnos nuestras faltas. Él anhela que estemos bien con Él todo el tiempo. Jesús continúa defendiendo nuestro caso como Aquel que ha vivido nuestras pruebas y tentaciones y comprende nuestras debilidades. En armonía con esta idea, el escritor de Hebreos dijo: «... por lo cual puede también salvar perpetua-

mente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (He 7.25). La relación de Jesús con el Padre es tan estrecha que son uno. En Juan 17, oró por los apóstoles, que estarían en el mundo para llevar a cabo la misión de ser Sus testigos a todas las personas. Oró para que todos fuéramos uno como Él y el Padre son uno, para que el mundo crea, dijo, que Él nos ha enviado (Jn 17.20, 21). Continuó orando para que todos estuviéramos con Él en Su hogar eterno. La imagen de Él como abogado fue puesta en evidencia de manera poderosa durante Su vida terrenal.

Juan dijo: «abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo» (1ª Jn 2.1b; énfasis añadido). Nuestro Padre nos juzga; sin embargo, Jesús, que nunca ha dejado de vivir de manera justa, es nuestro Abogado. Puede compadecerse de nuestras heridas y pruebas, nuestras tentaciones y desilusiones; sin embargo, nunca cedió a las tentaciones que se nos presentan todo el tiempo (He 4.15).

«... estas cosas os escribo para que [sepáis que] él es la expiación por nuestros pecados» (NIV). ¿Qué quiere decir hacer «expiación»? Es la forma en que podemos ser uno con Dios incluso después de haber pecado o haberle fallado de alguna manera. Es una palabra que se usó en todo el Antiguo Testamento. Cuando Dios estaba preparando a los israelitas para entrar a la Tierra Prometida, les dio instrucciones detalladas sobre cómo tratar con pecados particulares. Les dijo que llevaran ofrendas de sacrificio ante los sacerdotes para que pudieran hacer expiación por sus pecados por medio de ellas. Haciendo así, serían perdonados y la vida continuaría como si no se hubiera cometido algún mal. La palabra para «expiación» se traduce como «propiciatorio» en el Antiguo Testamento, refiriéndose a la cobertura del arca del pacto donde residía la presencia de Dios (Ex 25.21, 22). En el Día de Expiación, el sumo sacerdote hacía los sacrificios y los pecados del pueblo eran perdonados.

La expiación en el Antiguo Testamento siempre involucró algún sacrificio por parte del pueblo. La maravilla de la expiación en el Nuevo Testamento es que Dios, en Su anhelo de traernos a la unidad con Él, envió a Jesús al mundo como ser humano para experimentar todas las tentaciones y heridas que nosotros experimentamos. Él no cedió al pecado, pero fue castigado por nuestros pecados, para que pudiéramos ser uno con el Señor por medio de la sangre que derramó en la cruz.

Jesús, el Justo, es el sacrificio expiatorio por nuestros pecados, «y no solo por los nuestros, sino

también por los de todo el mundo» (1ª Jn 2.2). Si bien algunos enseñan que Jesús murió solo por los que fueron predestinados por Dios para ser salvos, la enseñanza no tiene base en las Escrituras. En las palabras de Hebreos 2.9, «Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles [...] para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos». Él pagó el precio por los pecados de aquellos que han oído de Él y conocen de Su amor y gracia; también pagó el precio por los que nunca han oído hablar de Él, por los que se rebelan contra Él y por los que creen en otros dioses.

Una de las cosas más tristes que tendrá lugar es que multitudes de personas morirán en sus pecados cuando Jesús ya ha pagado el precio para que sean perdonados. Podrían obtener esta salvación si simplemente se apartan del camino del pecado, se vuelven a Dios mediante la fe en Jesús, se bautizan y viven para Él como parte de la familia de Dios (Ga 3.26–29).

Conclusión. Es posible que deseemos poder expiar a quienes amamos profundamente, sin embargo, ni siquiera tenemos la capacidad de pagar el precio por nuestros propios pecados. Solo por medio del sacrificio que Jesús hizo cuando murió por nosotros en la cruz, nuestros pecados pueden ser perdonados. Nuestra misión, si decidimos aceptarla, es aprovechar Su obra por nosotros y ser Sus testigos para todos, proclamando que tienen la misma oportunidad si se vuelven al Salvador del mundo.

Leon Barnes

Usted puede saber que le conoce (2.3–11)

¿No nos gustaría estar tan seguros de nuestra salvación eterna con Dios en la gloria de manera que no tengamos una sola duda? Una persona puede creer que está bien con Dios y, sin embargo, la verdad es que se ha alejado mucho. Cuando leemos la carta del Señor a la iglesia de Laodicea en Apocalipsis 3.14–22, parece que los miembros de esta iglesia pensaban que estaban seguros de su cercanía al Señor. El análisis de la vida espiritual de esta iglesia fue «Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad» (Ap 3.17a). El Señor les dijo: «no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (3.17b). El Señor se imaginó a sí mismo afuera, deseando que abrieran las puertas de sus corazones y le permitieran entrar (3.20). Pablo hizo la declaración ante el Sanedrín judío: «Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy» (Hch 23.1b).

Sin embargo, aunque tenía buena conciencia ante Dios, blasfemaba contra el Señor y perseguía la iglesia del Señor (1ª Ti 1.13).

¿Cómo podemos saber si nuestras vidas están bien con Dios? Juan dejó claro que una de sus principales razones para escribir la presente carta fue para que nosotros, como cristianos, podamos tener confianza en nuestra salvación. A medida que leemos esta carta, vemos varias formas diferentes en las que podemos tener certeza acerca de nuestra relación con Dios.

«... *si guardamos sus mandamientos*». Juan escribió en 2.3 que conocemos a Dios si guardamos Sus mandamientos. Esta declaración es extremadamente objetiva. La seguridad de la salvación de una persona no proviene de un sentimiento o una señal o incluso de su intuición, sino más bien de ser un seguidor obediente de Jesús (Mt 7.21–23a).

Jesús solía hacer declaraciones similares a las de Juan 14.15: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». ¿Qué quiso decir con Sus «mandamientos»? Algunos han pensado que se estaba refiriendo a los Diez Mandamientos originales que Dios le dio a Moisés. Si bien la mayoría de esos mandamientos todavía se encuentran de alguna forma en el Nuevo Testamento, la Ley de Moisés ya no se impone sobre nosotros porque Jesús cumplió la ley en su totalidad (Mt 5.17). Pablo dejó claro que la Ley fue nuestro ayo («tutor»; NASB) para llevarnos a Cristo. Puesto que Cristo ha venido, ya no estamos bajo ese ayo (Ga 3.24). Dijo que la Ley había sido un muro que tenía que ser derribado para que todas las personas pudieran ser reunidas por la cruz (Ef 2.14–22).

En realidad, Juan no se refirió a ningún conjunto específico de mandamientos dados por Jesús. Más bien, estaba hablando de tener un corazón y una actitud que obedecerán sus enseñanzas en cada área de la vida. Más bien, se debe desear tener un corazón como el de Jesús, que quiso siempre complacer al Padre.

«*Si vivimos como Él vivió*». Juan concluyó esta sección con la siguiente declaración: «El que dice vivir en él, tiene que vivir como vivió Jesús» (1ª Jn 2.6; NIV). Nuestro objetivo debe ser volvernos más y más como Jesús todo el tiempo. Él es el único modelo perfecto, y es necesario que constantemente le miremos y nos volvamos más como Él en todo.

«*Si nos amamos unos a otros*». 1ª Juan 2.7, 8 dice mucho en cuanto a si este es un mandamiento antiguo o nuevo para que lo sigan. Juan se refirió a sus lectores aquí como «Hermanos» en lugar de «hijitos

míos». Tranquilizó sus mentes recordándoles las cosas que les había enseñado. Sin embargo, luego se volvió y dijo que había un nuevo mandamiento, «... que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbrá» (2.8b).

Antes de que Juan pudiera aplicar su punto sobre la obediencia y cómo se sabe que se está realmente en Jesús, tenía que reafirmar que la verdad que estaba proclamando ya se había evidenciado en Jesús y en sus lectores. Brillaba en sus vidas mientras seguían a Jesús en sus actividades diarias. ¿Cuál es la gran verdad que se relaciona con obedecer a Dios, seguir a Cristo y andar a la luz de Su voluntad?

Juan dijo: «El que ama a su hermano, permanece en la luz» (2.10a), mientras que «el que aborrece a su hermano está en tinieblas» (2.11a). Este punto se basa en el fundamento establecido en el capítulo 1 de que «Dios es luz» (1.5); y si afirmamos andar en la luz mientras caminamos en tinieblas, estamos mintiendo y no practicamos la verdad (1.8, 10). Sin embargo, «si andamos en luz, [...], tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.7). En ese pasaje fundamental, andar en luz incluye seguir la voluntad de Dios. Si esa es nuestra forma de vida, la sangre de Cristo siempre limpiará nuestros pecados.

En Juan 13, Jesús y Sus discípulos estaban comiendo juntos la última cena. Jesús ya sabía quién lo traicionaría, sin embargo, Juan señaló que «... como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13.1). Demostró Su amor por todos los discípulos lavándoles los pies. No podían comprender lo que estaba haciendo; sin embargo, les explicó que, puesto que les había lavado los pies como maestro y señor de ellos, era necesario que siguieran Su ejemplo y se lavaran los pies unos a otros. Después de que Judas partió para traicionarlo, Jesús les dijo a los discípulos que tenía un mandamiento nuevo para ellos: que se amaran los unos a los otros como Él los había amado. Amándose unos a otros, los demás sabrían que eran Sus discípulos (13.34, 35).

En Juan 17.23, Jesús oró para que todos los que creyeran en Él fueran uno como Él y el Padre son uno. Esto oró para que el mundo creyera que Dios lo había enviado al mundo.

Cuando no logramos ver el valor extremo del amor mutuo en la familia de la iglesia, no podremos ver todo lo que Jesús demostró por nosotros.

Vivamos de tal manera que otros se sorprendan de lo mucho que nos parecemos y actuamos como Jesús, que amó a los difíciles de amar.

Conclusión. La única forma en que podemos hacer lo anterior es ver a las personas a través de los ojos de Jesús y desear que vengan a Él en busca de una plenitud de vida. Jesús amaba y se relacionó con personas que estaban abrumadas por el pecado para llevarlas a la salvación. Leon Barnes

Todos tenemos un lugar para llenar (2.12–14)

Primera de Juan se lee como una carta de alguien a quien hemos conocido bien a lo largo de los años y a quien ambos amamos y sabemos que nos ama. No es solo una carta formal que explica cómo vivir para Dios. Es una carta personal y sincera a un grupo de cristianos que él había visto crecer en la fe. Juan comenzó este segmento de la carta diciendo: «Os escribo a vosotros, hijitos...» (1ª Jn 2.12a). Más adelante se dirigió a tres grupos de edad diferentes; sin embargo, para él, todos eran sus amados hijos. Juan era un anciano cuando escribió la carta, y somos conscientes tanto de la pasión como de la compasión en su carta a estos grupos. Tenía la intención de que cada miembro del cuerpo se viera a sí mismo en uno de estos tres grupos y recibiera las palabras escritas de manera personal.

«*Os escribo a vosotros, hijitos...*». El primer grupo al que se dirigió fueron los hijitos, y les hizo dos llamamientos diferentes. Juan probablemente se refirió a adultos jóvenes y posiblemente incluso a adolescentes. Nos recuerda los escritos de Pablo a Timoteo, quien probablemente tenía más de 30 años. Dijo: «Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes» (1ª Ti 4.12).

La primera explicación de Juan de por qué le escribió a este grupo es «... porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre» (1ª Jn 2.12b). El mismo hecho de que nuestros pecados sean perdonados por Dios es asombroso. Nos arrepentimos y somos bautizados para el perdón de nuestros pecados (Hch 2.38). En Hechos 3.19, Pedro describió el mismo punto en palabras muy diferentes: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio». En Hechos 22.16, Pablo relató su conversión cuando Ananías le dijo: «Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre». Somos bautizados en Cristo, en Su muerte.

Somos sepultados con Él en el bautismo para que podamos resucitar con Él para caminar en una vida nueva (Ro 6.1–4). Cuando estamos en Cristo, nos convertimos en una nueva creación; las cosas viejas pasaron, y todas son hechas nuevas (2ª Co 5.17).

A veces, cuando decimos que perdonamos a los demás, podríamos agregar: «Jamás olvidaré lo que hizo ni volveré a tener algo que ver con él». Cuando Dios perdona nuestros pecados, éstos están tan lejos de nosotros como el oriente del occidente (Sal 103.12). Son arrojados a las profundidades del mar para que no se los recuerde más (Is 43.25; Mi 7.19). Son borrados de la memoria de Dios para que jamás vuelvan a confrontarnos.

En segundo lugar, Juan dijo que les escribió a estos amados hijos porque conocían al Padre. La palabra que Juan usó aquí para «conocer» no indica solo que se está familiarizado con el Padre. Es la palabra para conocimiento íntimo. A veces un padre e hijo son tan distantes que ni siquiera se conocen. El joven a menudo vive con el temor de cruzarse con su padre porque hacer que se enoje podría llevarlo a un castigo irrazonable. Sin embargo, pocas relaciones en la vida son más hermosas que la de un joven y sus padres cuando el amor es profundo y se conocen tan bien.

Lo mismo ocurre cuando conocemos a nuestro Padre celestial. Si pensamos en Dios como implacable y que busca cada error en nuestras vidas para poder castigarnos, nunca estaremos cerca de Él y nunca nos daremos cuenta de que Su amor nos rodea.

«Os escribo a vosotros, padres». El segundo grupo de personas que Juan tenía en mente eran los padres. Aunque les habló dos veces, solo tenía un mensaje para ellos. «Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio» (1ª Jn 2.13; vea 2.14). Pudo haber estado hablando del Padre o del Hijo, ya que ambos son desde el principio (Gn 1.1; Jn 1.1). Ambos comparten la misma naturaleza divina y, por lo tanto, junto con el Espíritu Santo, son desde la eternidad hasta la eternidad. No se puede retroceder lo suficiente en la historia para encontrar el comienzo de Dios, y no se puede ir lo suficientemente lejos en el futuro para ver el final de Dios. Dios no tuvo principio y no tendrá fin.

Nuevamente usó la palabra «conocer», indicando un conocimiento íntimo de Dios. Pablo analizó este conocimiento íntimo en Filipenses 3.7–11, donde describió cómo estimó todo como pérdida para ganar a Cristo. Escribió que podría conocer a Cristo

«y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos». Hay una gran diferencia entre conocer de Dios y conocer a Dios. Con demasiada frecuencia estamos satisfechos con conocer de Él y nunca desarrollamos los lazos de amor que Él desea que tengamos con Él.

«Os escribo a vosotros, jóvenes». La palabra en este texto es la palabra griega para el sexo masculino (*νεανίσκος*, *neaniskos*), en lugar de la palabra que puede traducirse como «hombres y mujeres». Los puntos que les hizo a estos jóvenes ciertamente también aplicarían a mujeres jóvenes. La palabra «jóvenes» probablemente se refería a adultos jóvenes de entre veinte y treinta años. Hablaba con los que eran padres jóvenes o recién casados o solteros.

Juan les hizo dos observaciones. Primero, dijo que les estaba escribiendo porque habían vencido al maligno. En todas las épocas, Satanás está obrando para desviarnos. Usa diferentes medios para tentarnos según el lugar en el que nos encontremos en la vida. Algunas tentaciones que tuvimos de adolescentes realmente no nos afectarían ahora. Satanás hace que algunos crean que nunca podrán ser felices ni sentirse realizados en la vida sin más posesiones y dinero. Tienta a otros con pecados sexuales, como la pornografía y el sexo fuera del matrimonio. Satanás tienta a otros con poder, popularidad o la aceptación del mundo que nos rodea.

Satanás anda como león rugiente, buscando a quien devorar (1ª P 5.8). Nuestra respuesta es ser fuertes en el Señor y en el poder de Su fuerza y ponernos toda la armadura de Dios para que podamos resistir los trucos del diablo (Ef 6.10). Nuestros enemigos no son otras personas, sino los poderes de Satanás y su oscuro mundo de autoridad demoníaca (6.11). Nuestra capacidad para enfrentarnos a Satanás, negándonos a ceder a sus ataques, se basa en vestirnos de toda la armadura de Dios. Tenemos que estar equipados con el cinto de la verdad, una coraza de justicia, pies preparados para compartir el evangelio de la paz, el yelmo de la salvación y el escudo de la fe con el que podamos apagar los dardos de fuego del maligno (6.14–16). Luego, hemos de tomar la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, y ser diligentes en la oración para poder luchar contra Satanás y sus demonios (6.17, 18). Por cada poder que tiene el diablo, nosotros tenemos mayor poder, porque

el que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo (1ª Jn 4.4).

Juan también escribió a los jóvenes porque «[ellos son] fuertes, y la palabra de Dios permanece en [ellos], y [ellos han] vencido al maligno» (2.14). No es posible ser fuertes en el Señor sin tener la Palabra viva en uno. Además, no se puede tener la Palabra de Dios viviendo en uno a menos que se dedique tiempo regularmente a tener esa Palabra en la mente y el ser.

Conclusión. Dios tiene un mensaje para cada grupo de edad. Dondequiera que estemos en la vida, Dios, por medio de Su Palabra, nos dice lo que Él anhela que seamos. Fácilmente podemos quedar atrapados en mirar la vida de los demás y determinar lo que ellos necesitan hacer para estar bien con Dios. Sin embargo, su desafío para nosotros es que nos examinemos a nosotros mismos para asegurarnos de que estemos en la fe. No podemos conocer el corazón de otra persona. Solo Dios puede conocerlo. Por lo tanto, tenemos que vivir como Él desea que vivamos y esforzarnos por ayudar a quienes nos rodean a hacer lo mismo.

Leon Barnes

Tenga cuidado con lo que ama (2.15–17)

El primer y mayor mandamiento es amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas (Mr 12.30). El segundo es amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (12.31). En 1ª Corintios 13.1–3, Pablo dijo que si tuviéramos toda clase de dones espirituales o si diéramos todo lo que tenemos a los pobres, pero no tenemos amor, nuestros dones y acciones no valdrían nada para nosotros. En 1ª Corintios 13.13, dijo: «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor».

No obstante, muchos mandamientos de la Biblia enseñan que no hemos de amar algunas cosas. En el contexto de 1ª Juan 2.15–17, Juan le dijo a la iglesia que amaran a sus hermanos y hermanas. En contraste con las instrucciones sobre amar a Dios y los unos a los otros, Juan nos mandó en 2.15: «No améis al mundo».

La palabra «amor» tiene una amplia gama de significados. Podemos decir que amamos el helado, el fútbol, la natación, los juegos o la iglesia. Podemos hablar de cuánto amamos a un actor o un atleta profesional al que nunca hemos conocido. Generalmente, cuando la Biblia nos manda a amar o no amar, estará usando la palabra *agapē*, que tiene que ver con el comportamiento más que con los

sentimientos o las emociones. Tenemos que enseñarles a nuestros hijos las cosas importantes que hemos de amar y las cosas que no hemos de amar.

La carta de Juan en 2.15–17 nos guía con respecto a vivir en este mundo al tiempo que el apóstol hizo tres de sus declaraciones más poderosas sobre el mundo.

Primero, Juan dijo: «No améis al mundo». Hay palabras griegas con diferentes significados que se traducen como «mundo» en el Nuevo Testamento. A veces, la palabra se usa para referirse a las eras, como cuando habla del «fin del mundo». A veces se refiere al universo entero como cuando se hace referencia a Satanás como «el dios de este mundo» (2ª Co 4.4; NASB). Cuando Pablo habló de Satanás como «el dios de este siglo», se estaba refiriendo a la maldad del mundo y que Satanás es el rey o gobernante de este presente mundo malo. Cuando nos dejamos llevar por este mundo y su gobernante, tenemos más dificultades para enfrentar la realidad de que no durará. Para cada uno de nosotros, el mundo llega a su fin cuando enfrentamos la muerte. El fin final del mundo viene cuando Jesús regrese con Sus santos ángeles y el mundo y las cosas que hay en él sean quemadas (2ª P 3.10, 12).

En segundo lugar, Juan dijo: «Cuidado con las tres formas en que Satanás nos ataca». El apóstol se trasladó más allá del panorama general del mundo y su atracción sobre nuestras vidas y se refirió a las tres vías por las que Satanás persigue a todos: los jóvenes y los ancianos, los casados y los solteros, los ricos y los pobres, los educados y los los incultos.

La primera vía que usa Satanás para llevarnos al pecado son «los deseos de la carne». La palabra «deseos» es una palabra muy fuerte, con mucha mayor intensidad que el simplemente deseo o desear algo en la vida. El «deseo» que se menciona acá es un deseo fuerte e ilícito. No es posible codiciar algo que tenemos todo el derecho a poseer. La palabra «carne» como se usa aquí es más que el lado físico o carnal de un ser humano. Algunas traducciones incluso la traducen como «nuestra naturaleza pecaminosa». En Gálatas 5.19–21, Pablo nos dio las obras de la carne en comparación con andar en el Espíritu de Dios.

Hay dos ilustraciones de la palabra «carne» y de cómo se usaba. La primera ilustración es la tentación de Eva por Satanás en el hermoso huerto del Edén. Dios le había dicho a Adán que podía comer libremente de todos los árboles del huerto,

excepto de un árbol (Gn 3.17). Dios les dijo que nunca debían comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Dijo que si lo hacían, seguramente morirían. Satanás vino a Eva en forma de serpiente, la más astuta de todos los animales. Le preguntó a Eva si Dios realmente les había dicho que no habían de comer de todos los árboles del huerto. Él le dijo que ella en realidad no moriría, sin embargo, que Dios no quería que se volvieran como Él, conociendo el bien del mal. Ella miró el árbol y su fruto, lo cual fue agradable a la vista. El fruto del árbol era deseable para hacernos sabios. Ella comió el fruto y le dio a Adán, y él también lo comió. De repente, sus ojos fueron abiertos. Se dieron cuenta de su desnudez; y cuando oyeron a Dios caminar al fresco del día, se escondieron, tratando de cubrir su desnudez con hojas. Su pecado los llevó a inventar excusas, a culparse unos a otros y, finalmente, a ser echados del huerto.

La segunda ilustración del ataque de Satanás fue contra Jesús en Mateo 4.1–4. El Espíritu llevó a Jesús a los montes para ser tentado por el diablo durante cuarenta días y cuarenta noches. Ayunó, sin comer ni beber durante ese tiempo. Cuando terminaron los cuarenta días, Satanás eligió una tentación perfectamente adecuada para el momento. Jesús tuvo hambre y sed, y tenía poderes milagrosos para convertir cualquier cosa que quisiera en alimento. Por lo tanto, Satanás instó a Jesús: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan» (Mt 4.3). Jesús conocía la consecuencia final de convertir las piedras en alimento. Sabía que sería desobediente a Dios. En Mateo 4.4, citó Deuteronomio 8.3 que dice: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

La siguiente vía usada por Satanás la constituye «el deseo de los ojos». Con Eva, el deseo de los ojos llegó cuando miró detenidamente el árbol y su fruto. De mismo modo, Satanás tentó a Jesús usando el deseo de los ojos (Mt 4.8–10). Satanás llevó a Jesús a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo en un momento. Le dijo a Jesús que había recibido el poder de otorgarle el lugar de señor sobre todos estos reinos si simplemente se postraba y le adoraba. Jesús podría haberse convertido en rey de los reinos sin tener que morir en la cruz. Podría haber escapado de los abucheos, las burlas, los golpes, la corona de espinas y las lanzas. No habría tenido que llevar la cruz al Gólgota ni ser clavado en ella. ¿Cómo respondió a la tentación? Volvió a Deuteronomio

nuevamente y citó: «Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás» (Mt 4.10; vea Dt 6.13). La lujuria es poderosa, sin embargo, puede resistirse apoyándose fuertemente en Dios y Su Palabra; haciéndolo así, Dios nos dará poder contra los ataques de Satanás.

La tercera vía por la que Satanás viene tras nosotros en el mundo es «la vanagloria de la vida». A menudo anhelamos ser el centro de atención, queremos ser notados y vernos como los mejores en algunas áreas. Cuando Satanás vino tras Eva, bien podría haber sido su ruego más fuerte decirle que ella no moriría si tomaba el fruto del árbol, sino que sería como Dios, conociendo el bien y el mal. Dios ya estaba bendiciendo a Eva de muchas maneras. Ella estaba en un hermoso huerto y tenía un matrimonio perfecto con Adán. Podía comer libremente de todos los árboles del huerto excepto de uno, el árbol del conocimiento del bien y del mal. Con la forma en que estaba siendo bendecida, ¿qué tipo de razonamiento se requirió para convencerse a sí misma de que todavía necesitaba ponerse en el lugar de Dios? La parte más triste de su relato es que creyó las palabras de la serpiente sobre las palabras de su Creador y Benefactor en vida.

Satanás usó la misma vía de tentación con Jesús (Mt 4.5–7). Llevó a Jesús al pináculo del templo y lo desafió a arrojarlo. Incluso se refirió a un salmo del Antiguo Testamento:

A sus ángeles mandará acerca de ti,
y,
En sus manos te sostendrán,
Para que no tropieces con tu pie en piedra
(Mt 4.6; vea Sal 91.11, 12).

Satanás conoce la Biblia y la cita libremente para guiarnos en la dirección equivocada. Parecería lógico que Jesús, anhelando que muchas personas se volvieran a Él y creyeran en Él como el Hijo de Dios, saltara desde el pináculo del templo con ángeles sosteniéndole para llevar a las personas tras Él. Sin embargo, Jesús volvió a recurrir a Deuteronomio para citar las Escrituras: «No tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4.7; vea Dt 6.16).

En la iglesia, estamos especialmente tentados a enredarnos en la vanagloria de la vida enfatizando ministerios más grandes, presupuestos más altos, oradores más contundentes y edificios más grandes para llamar la atención del mundo. Curiosamente, Jesús no usó tales métodos para ganar gente ni los recomendó a la iglesia que Él estableció.

Su desafío para nosotros es que compartamos el mensaje de las buenas nuevas de Jesús y lleve-

mos una vida que demuestre que Cristo vive y actúa en nosotros. Además, tenemos el desafío de tener corazones compasivos que le hagan saber al mundo que el simple mensaje de las buenas nuevas constituye el poder de Dios para salvación de todos los que creen.

En tercer lugar, Juan dijo que estas vías no son del Padre, sino del mundo. Las personas a menudo creen erróneamente que Dios está actuando en sus vidas debido a su buena suerte. Demasiados están convencidos de que si tienen prosperidad, es porque deben estar bien con Dios. Incluso los apóstoles tenían esta mentalidad cuando el joven rico le preguntó a Jesús qué tenía que hacer para ser salvo. Le dijo al joven principal que guardara los mandamientos, y el hombre dijo que lo había hecho desde su juventud. ¿Qué le faltaba hacer? Jesús lo sorprendió cuando dijo: «anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme» (Mt 19.21b). El hombre se fue entristecido. Entonces Jesús dijo a los Doce: «De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos» (Mt 19.23). Por tanto, nuestra prosperidad puede ser una bendición o una maldición.

Cuarto, Juan dijo que el mundo pasará con sus deseos. Vivimos en tiempos en los que se hace hincapié en tener seguridad cuando seamos mayores y estemos listos para jubilarnos. Solía haber una publicidad emitida por una de las compañías financieras que decía que la mayoría de las personas preferirían morir antes que enfrentarse a la jubilación sin suficiente dinero para vivir. Tenemos que enfrentar el recordatorio de Dios de que no trajimos nada a este mundo, y no sacaremos nada de él (1ª Ti 6.7). Todo lo que acumulemos en la vida se convertirá en la propiedad de otro cuando dejemos este mundo atrás. Jesús enseñó: «Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (Mt 16.26).

Dios nos recuerda que nuestra ciudadanía está en el cielo, de donde esperamos a un Salvador que cambiará nuestros cuerpos modestos, para que sean modelados como Su cuerpo glorioso (Fil 3.20, 21).

Es fácil sentirnos como en casa en este mundo. Deberíamos sentirnos más incómodos en este mundo y más preparados para el reino celestial.

Conclusión. En muchos sentidos, el versículo final de este segmento es el más fuerte de todos. «Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1ª Jn

2.17). Cuando somos muy jóvenes, la vida parece avanzar a un ritmo muy lento. Crecemos y la vida comienza a moverse más rápido. El matrimonio, los hijos, el trabajo, lugares para vivir, las deudas y nuestro futuro comienzan a pesar en nuestras mentes. A medida que pasan los años, nos quedamos preguntándonos cómo mantendremos nuestra jubilación o qué pasaría si nos enfermáramos y no pudiéramos trabajar. Un día, cuando pasemos una edad en la que la mayoría nos mira como si toda la diversión y la alegría tienen que haber desaparecido de nuestras vidas, pensaremos: «No me siento viejo. ¿Cómo pasó mi vida tan rápido?».

El futuro depende de lo que amamos ahora. Podemos elegir amar el mundo y sus deseos y conocer los placeres del mundo por un tiempo. Sin embargo, algún día miraremos atrás a esa elección y nos daremos cuenta de lo insensata que fue. No sabemos cuándo llegará el día final, momento en el que tendremos que enfrentar el juicio de Dios basado en las decisiones que tomamos, no en las que teníamos la intención de tomar más adelante en la vida.

Leon Barnes

No se deje engañar (2.18–29)

A veces suceden eventos en la iglesia que son impactantes, eventos que jamás hubiéramos creído posibles en una familia de creyentes dedicados a Dios. Observando problemas similares él mismo, Juan divulgó una de las principales razones para escribir 1ª Juan. Algunos que nunca habían pertenecido a Cristo estaban haciendo todo lo posible para alejar de la verdad a los miembros del cuerpo (2.19).

Juan escribió: «Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo» (2.18). Es ilógico suponer que Juan se refería al regreso del Señor porque Jesús dijo que nadie sabía el día ni la hora en que Él vendría excepto el Padre (Mt 24.36). Además, debido a que el tiempo pasó sin que ocurriera un gran cambio o un evento catastrófico, podemos asumir que no es lo que él quiso decir. Entonces, ¿a qué se refería? Juan había servido como predicador, maestro y anciano entre estos lectores durante muchos años. Durante su ministerio, les había advertido sobre eventos que le sucederían a la iglesia. Estaba señalando que esas cosas trágicas de las que había hablado ya estaban comenzando a ocurrir. Les estaba recordando que fueran conscientes del problema y la misión de

aquellos que habían sido apartados.

Juan dijo: «Recuerden quién ha salido de la iglesia». Describió a los que se habían ido de la iglesia, diciendo: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros» (1ª Jn 2.19). A menudo hemos visto a personas salir de la iglesia por una razón u otra. Demas abandonó a Pablo porque estaba enamorado de este mundo presente (2ª Ti 4.10). Himeneo y Fileto se fueron porque pensaron que la resurrección ya había tenido lugar (2ª Ti 2.17, 18). Sin embargo, estos casos parecen haber sido con individuos o grupos pequeños. El grupo que describió Juan tuvo que haber sido un grupo más grande de personas. El hecho de que se fueran y reclutaran a otros para que los siguieran podría haber llevado a la muerte de la iglesia.

Juan describió a estas personas como «anticristos». Dijo que se había anunciado que vendrían, y que ahora ya estaban apareciendo muchos anticristos (1ª Jn 2.18). A lo largo de los años, las personas han hecho del «anticristo» algo muy grande y lo han identificado con el hombre de pecado descrito por Pablo en 2ª Tesalonicenses 2.3–12. También se le ha comparado con la bestia o el falso profeta mencionado en Apocalipsis 13. Curiosamente, el «anticristo» o los «anticristos» son mencionados únicamente en 1ª Juan y 2ª Juan. ¿Qué quiere decir «anticristo»? En pocas palabras, el término quiere decir alguien que está en contra de Cristo. Ciertos hombres negaban que Jesús fuera el Cristo, el ungido de Dios. Haciendo así, Juan dijo que estaban negando tanto al Padre como al Hijo (1ª Jn 2.22b). Más adelante en la carta, Juan mencionó a algunos que negaban que Jesús realmente hubiera venido en carne (4.2, 3). En 2ª Juan 9, señaló que todo el que sigue y no permanece en las enseñanzas de Cristo no tiene a Dios; sin embargo, el que permanece en la enseñanza tiene al Padre y al Hijo.

Por lo tanto, una persona puede creer que Jesús fue un buen maestro, profeta y líder y aún así ser considerado por Dios como un anticristo. No es suficiente creer que Jesús es un buen hombre o incluso el mejor hombre que haya vivido en la tierra. No es suficiente pensar que fue el mejor maestro de todos los tiempos. Para tener la fe que nos salva del pecado, tenemos que creer que Él es completamente humano y completamente Dios al mismo tiempo. Pablo escribió: «Porque

en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col 2.9).

Juan dijo: «Recuerden que tienen la unción del Santo». Afirmó: «Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad» (1ª Jn 2.20, 21). Es significativo que contrastara la unción que recibimos como hijos de Dios con aquellos que están tratando de llevarnos en la dirección equivocada:

¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre (2.22, 23).

¿Cuál es la unción que tienen los cristianos que les ayuda a conocer el bien y el mal, la verdad y el error? Cuando Jesús estaba a punto de ir a la cruz para morir por los pecados del mundo, hizo una promesa. Dijo que no dejaría huérfanos a Sus seguidores, sino que enviaría a otro Consolador o Consejero que permanecería con nosotros para siempre (Jn 14.16). Dijo que este sería el Espíritu Santo, que vendría del Padre. Les dijo a los discípulos que el Espíritu en ellos les recordaría Su enseñanza y les recordaría cosas que podrían haber olvidado (Jn 14.26). Incluso prometió que el Espíritu los guiaría a toda la verdad (Jn 16.13). Desde el comienzo de la iglesia, el Espíritu Santo estuvo profundamente involucrado en la vida del cristiano. La iglesia fue iniciada con el Espíritu Santo descendiendo sobre los apóstoles como lenguas de fuego posándose sobre cada uno de ellos (Hch 2.3, 4). El Espíritu los llenó cuando se bautizaron y cumplieron la profecía de Joel dada por Dios acerca de la venida del Espíritu (Jl 2.28, 29). El Espíritu también guió a los apóstoles mientras predicaban el evangelio de Jesús al pueblo de Jerusalén con tanta fuerza que ese día se bautizaron tres mil personas.

Pedro, hablando según le dirigió el Espíritu, respondió a la pregunta planteada por el pueblo sobre lo que debían hacer para ser salvos. Les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2.38). A partir de ese día, toda persona que ha dado su vida a Cristo por medio de la fe, el arrepentimiento y el bautismo ha sido llena del Espíritu Santo. En Gálatas 5, Pablo señaló cómo el Espíritu está con

nosotros y nos guía a las cosas que son verdaderas y rectas. Hemos de permanecer en el Espíritu y llevar el fruto del Espíritu en nuestras vidas.

Vinculado a esta obra del Espíritu Santo estaba la inspiración de los apóstoles y otros que tenían la capacidad milagrosa de escribir la voluntad de Dios que estaría en un libro que llamamos las Sagradas Escrituras. En 2ª Timoteo 3.16, 17, Pablo declaró que estas Escrituras fueron inspiradas por Dios y eran valiosas «para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra». La unción que tenemos del Espíritu Santo nos ayuda de dos poderosas maneras. Primero, nos proporciona la Palabra de Dios que está escrita para que la leamos, la comprendamos y la apliquemos a nuestras vidas. Toda la Escritura es inspirada por Dios, sin embargo, vivimos bajo el Nuevo Pacto como la ley de Dios para nuestros días. Por lo tanto, cuando necesitamos discernir la verdad de un asunto, debemos examinar Su Palabra inspirada y ver lo que Dios enseña. En segundo lugar, la unción del Espíritu Santo también nos ayuda a comprender la voluntad de Dios y a aplicarla a nuestras vidas. En Efesios 1.18, 19, Pablo oró para que fueran abiertos los ojos de los cristianos de Éfeso, para que supieran «cuál es la esperanza a qué él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos».

Juan dijo: «Recuerden lo que tienen». Dios es un Dios inmutable. Jesús es el mismo ayer, hoy y por los siglos (He 13.8). Su Palabra no cambia. Siempre sigue siendo el mismo mensaje a seguir. Puede que nuestra comprensión de la misma crezca y cambie a lo largo del camino. Sin embargo, la verdad es la verdad, y lo que es verdad siempre seguirá siendo verdad.

En 1ª Juan 2.24, 25, Juan dijo que, si nos quedamos con la enseñanza de las Escrituras y la unción del Espíritu Santo, permanecemos en el Hijo y en el Padre. El asombroso resultado es la vida eterna. Ya estamos siendo partícipes de la vida eterna ahora y la tendremos en su plenitud cuando estemos en gloria con el Señor.

El desafío para todos los cristianos es permanecer en las cosas que Dios les ha enseñado y no dejarse desviar por una enseñanza falsa. De esta manera, los cristianos también permanecerán en Él. Si los cristianos siguen los caminos falsos del hombre, serán alejados de Jesús nuestro Señor y

del Padre que anhela que todos sean Sus hijos.

Conclusión. Juan ofreció una conclusión poderosa de su enseñanza en 2.28, 29, instando a sus lectores a «permanecer en él» porque «también [...] todo el que hace justicia es nacido de él». Es vital hacer notar que Juan vinculó el seguimiento de la Palabra de Dios, la dirección del Espíritu y hacer lo correcto para nacer de Él. Leon Barnes

¿Quién es el verdadero enemigo? (2.18–27)

Una de las dificultades que enfrentaron las tropas estadounidenses en la guerra de Vietnam fue no saber quiénes eran los verdaderos enemigos cuando se embarcaron en una guerra en la jungla con los norvietnamitas. No podían saber por la apariencia física si un hombre era amigo o enemigo. Los cristianos tienen un problema similar. El apóstol Pablo dijo: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef 6.12). No estamos combatiendo contra personas de «sangre y carne». Nuestra guerra es contra la iniquidad espiritual en los lugares altos. Pedro lo expresó de manera aún más sucinta cuando dijo que nuestra guerra es contra el diablo, éste es el verdadero adversario (vea 1ª P 5.8).

En el corazón de nuestros debates sobre lo que está bien y lo que está mal, a menudo olvidamos quién es el enemigo. A veces, actuamos como si Dios fuera el enemigo. «Si haces esto», decimos, «Dios te castigará. Te enviará al infierno». Dios es nuestro amigo, no nuestro enemigo. Él nos ama; desea salvarnos.

El verdadero enemigo es el diablo. Los desacuerdos que tenemos entre nosotros no deberían ser más que desacuerdos sobre cómo luchar contra el diablo. Todas las personas están unidas por un Dios que nos ama. El diablo es el único enemigo real que tenemos. Es nuestro adversario; es nuestro calumniador.

La terrible advertencia. Primera de Juan 2.18–22 habla del anticristo. Antes y durante la Segunda Guerra Mundial, se decía que el «anticristo» era Adolfo Hitler. Durante los días de la Guerra Fría, fue José Stalin. A lo largo de los años, las personas han creado su propia identificación del «anticristo».

Juan dijo: «Hijitos, ya es el último tiempo...» (2.18a). No se encuentra ningún artículo definido en griego. Es un tipo de situación de «última vez». No quiso decir la última vez en el sentido de que

estos fueron los últimos días antes de la segunda venida. Más bien, estaba diciendo: «Este es el tipo de tiempo que es característico de las situaciones de “fin del tiempo”».

Dijo además: «... y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos» (2.18b). El «anticristo» no es una persona que vendrá al final de la era. Muchos anticristos han venido y vendrán.

Juan dijo: «... por esto conocemos que es el último tiempo» (2.18c). Los cristianos siempre han vivido en tiempos críticos. Al mirar a nuestro alrededor hoy, estamos listos para concluir que este tiene que ser el peor de los tiempos. No sabemos si realmente es lo peor. Cada era ha sido crítica para el cristiano.

En 2.19a, dijo: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros». Dos clases de personas abandonan la iglesia. Una es la persona que se convirtió verdaderamente a Jesús, pero que cayó debido a alguna tentación de la carne, una falsa doctrina, debilidad o descuido. Se van otros que nunca fueron realmente de nosotros. Es la segunda clase de la que habla Juan.

Juan dijo: «... porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros» (2.19b). Los anticristos estuvieron en la iglesia por un tiempo, sin embargo, se oponían a Cristo y la doctrina de la salvación. En realidad, nunca habían aceptado lo que decía la Biblia. Estas personas eventualmente se irían.

Juan escribió: «Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas» (2.20). Los cristianos no lo saben todo. Sin embargo, Juan dijo que, si tenemos esta unción, «conocemos». ¿Qué quiso decir? Estaba usando la palabra «conocimiento» en el sentido común hebreo y judío de «conocimiento experimental». No quiso decir que conocemos todos los hechos de la Palabra. Dijo que podemos tener todo el conocimiento. No necesitamos ninguna revelación especial o alguna intuición mística o gnóstica. Tenemos la unción, la capacidad de conocer. Podemos experimentar la verdad nosotros mismos.

El versículo 21 dice: «No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad». No importa cuán bellamente pueda representarse una mentira, no importa de qué tipo de sistema filosófico y lógico podría ser parte, no es verdad. Ninguna mentira es de la verdad.

Es en contra de Cristo decir que unas pocas personas pueden tener una especie de percepción especial de la verdad y otras no. Todos los que conocen a Cristo pueden comprender a Cristo. Esa verdad debería ser un gran consuelo para nosotros.

Algunas personas tienen un coeficiente intelectual más alto que otras. Algunas personas tienen una mejor educación que otras. Sin embargo, cuando se trata de conocer a Dios y a Cristo, nadie tiene ventaja. Cualquiera que conozca la revelación de Dios puede conocer y experimentar a Dios. El que tiene mayor habilidad y educación podría tener una mayor perspicacia y más conocimiento técnico, sin embargo, cualquiera puede experimentar una relación profunda con Dios. La persona que tiene poca educación, pero hace lo mejor que puede, puede experimentar una vida con Dios tanto como alguien que tiene habilidades mucho mayores.

La identificación específica. Juan dijo: «¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo?» (2.22). Estas personas no estaban diciendo que Jesús no fuera un profeta. Ni siquiera estaban diciendo que el cristianismo no era la verdadera religión. No estaban diciendo que Jesucristo no era el Hijo de Dios. *Estaban* diciendo, en esencia, que cuando los cristianos hablaban de Jesús y Cristo, hablaban de dos seres diferentes.

Teólogos liberales han hablado del Jesús histórico y del Cristo de la fe como si fueran dos seres separados. Juan dijo que Jesús es el Cristo. El Jesús histórico —el que estuvo en las bodas de Caná, el que habló con la mujer junto al pozo, el que estuvo en el monte y predicó el Sermón del Monte, el que estuvo en el mar de Galilea y contó esas parábolas— Éste es el Cristo. Juan dijo que cualquiera que niegue esta verdad es mentiroso. Es un anticristo.

A continuación, Juan dijo: «Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre» (2.23). No podemos tener a Dios sin Jesús, y no podemos tener a Jesús sin Dios. Estas personas estaban pensando: «Jesús era un predicador divino. Vino de Dios, sin embargo, en realidad no fue igual a Dios». Juan dijo que cualquiera que niegue la deidad de nuestro Señor está en contra de Cristo.

«Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros» (2.24a). La misma palabra griega aparece tres veces en este versículo, sin embargo, se consigna con tres palabras diferentes en la KJV: «Por tanto, *permanezca* en vosotros lo que habéis oído desde el principio. Si *sigue* en vosotros lo que

habéis oído desde el principio, también vosotros *continuaréis* en el Hijo y en el Padre» (énfasis nuestro). Las palabras «permanecer», «seguir» y «continuar» son traducciones de una palabra. Estaba diciendo: «Han aprendido desde el principio la verdad de que Jesús es el Cristo y es uno con el Padre. Si continúan en esta enseñanza, continuarán en el Padre. Cuando abandonan esta enseñanza, han abandonado el cristianismo».

Cualquiera que realmente crea en Dios, creará en Cristo; todo el que realmente crea en Cristo, creará en Dios. Los dos van juntos. Cualquier cosa que se desvíe de esa verdad es un anticristo.

La hermosa promesa. Una característica maravillosa de Juan es que no importa cuán severamente haya reprendido o cuán fuertemente haya insistido en la sana doctrina, siempre nos revelaba una hermosa promesa. Dijo: «Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna» (2.25). No sabemos exactamente qué creían estas personas del siglo primero; sin embargo, en el siglo segundo, los gnósticos habían desarrollado una teoría muy complicada en la que creían que Dios y Cristo estaban muy lejos el uno del otro. Según ellos, Dios era tan bueno que no podía tener nada que ver con el hombre. Por lo tanto, creó un ser especial, Jesús, para tener una relación especial con el hombre. Juan dijo que la belleza de la venida de Jesús es que Dios nos está dando vida eterna por medio de Él. Dios ha tenido algo que ver con usted: «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2ª Co 5.19a). La promesa de vida eterna es nuestra. La razón por la que evitamos todo mal es porque Dios ha hecho una promesa que Él desea cumplir.

Juan dio una advertencia específica sobre nuestro verdadero enemigo, diciendo: «Os he escrito esto sobre los que os engañan» (2.26). Satanás es el enemigo, sin embargo, no entra arrastrándose a nuestras habitaciones con un traje rojo, con cuernos, una cola puntiaguda y una horquilla. Nos seduce por medio de «los que [nos] engañan».

El apóstol dijo: «Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él» (2.27).

Juan estaba diciendo que la verdad es la verdad, y no debemos permitir que alguien nos persuada

de creer algo que no sea parte de la verdad. No necesitamos más revelaciones. No necesitamos ninguna intuición mística. No necesitamos tener ningún entrenamiento especial que no sea el conocimiento de lo que ha sido revelado.

Nos metemos en problemas con la frase «Yo creo». Nunca deberíamos decir: «Yo creo que estaría bien si hago esto. Sé que la Biblia lo condena, sin embargo, creo que estaría bien en esta única ocasión». Cuando nos alejamos de lo que Dios ha revelado, de la unción que nos ha dado, caemos en manos del enemigo. Sea por inmoralidad, falsas enseñanzas, indiferencia para con la verdad o actitudes poco amables, cuando abandonamos lo que Dios ha dicho sobre Sí mismo, Cristo y la verdad, nos convertimos en prisioneros de guerra y pertenecemos al enemigo.

Conclusión. La iglesia no es el enemigo. El predicador no es el enemigo. Los ancianos no son nuestros enemigos. Las madres y los padres no son nuestros enemigos. Todos cometen errores. Puede que incluso hieran nuestros sentimientos innecesariamente, sin embargo, no son nuestros enemigos. El verdadero enemigo es Satanás. La guerra no es entre diferentes sectas y creencias en el mundo. Ciertamente no es entre hermanos en la iglesia. La guerra es entre Dios y Satanás, los cristianos y el diablo. Dios nos ha elegido. Somos Su pueblo. Ternemos que saber dónde está nuestra lealtad y saber quién es nuestro enemigo.

No podríamos tener un enemigo peor que Satanás. Éste nos atacará de cualquier forma que pueda y no cree en ninguna regla de guerra. Nos vencerá de cualquier forma que pueda. Usará a nuestros amigos para persuadirnos. Intentará hacernos creer algo falso. Intentará hacernos sentir indiferentes o decepcionados. Intentará usarnos para crear problemas en la iglesia.

Dios, por otro lado, es nuestro amigo. A veces es posible que tengamos que sacrificarnos para servirle. Es posible que algunos de nuestros amigos nos ridiculicen. Puede que incluso a algunos de nosotros se nos llame a dar la vida. Sin embargo, cuando hacemos un sacrificio por Dios, siempre es para nuestro beneficio, no para Él. Dios nos ama y desea que tengamos una vida abundante. Romanos 5.8 dice: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Richard Pectol

Hijos de Dios

SON HIJOS DE DIOS (3.1-3)

¹Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. ²Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. ³Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

Versículo 1. Una medida especial del amor de Dios es evidente cuando los cristianos tienen el privilegio de llevar el nombre de Dios. La Reina-Valera traduce las palabras *ποταπήν ἀγάπην* (*potapēn agapēn*) como **cuál amor**. El pronombre convertido en adjetivo *ποταπός* (*potapos*, «de qué manera») es de un tipo a menudo llamado «correlativo». De todos los tipos de amor que podrían ocurrir, el amor que Dios ha colmado sobre los creyentes es el más maravilloso. La palabra *potapos* se usa solo siete veces en el Nuevo Testamento (Mt 8.27; Mr 13.1 [dos veces]; Lc 1.29; 7.39; 2ª P 3.11; 1ª Jn 3.1). Siempre tiene un elemento de sorpresa y asombro atribuido al mismo. Tal es la grandeza del amor de Dios que es otorgado a aquellos que han obedecido el evangelio y llevan el nombre de **hijos de Dios**.

La designación «hijos de Dios» en 3.1, 2 no era un truco de relaciones públicas. Los cristianos a los que se dirigía Juan eran de hecho miembros de la familia de Dios. Aunque el mundo no reconozca la magnitud del amor de Dios, como afirmaba el apóstol, eso somos (**para que seamos**). Juan se refirió a haber nacido de Dios por primera vez en 2.29. El verbo «nacer» aparece nuevamente en la carta en 3.9; 4.7; y 5.1, 4, 18. La idea de «nacimiento»

nos recuerda la infancia y la niñez. Con frecuencia en las Escrituras, los miembros de la familia de Dios, herederos de Sus bendiciones espirituales, son llamados «hijos de Dios». Las connotaciones de la palabra «niño» (NASB) son considerablemente diferentes a las de la palabra «hijo». Si bien es importante que un hijo se convierta en heredero (He 11.9), «heredero» no es la primera palabra que nos viene a la mente cuando pensamos en un niño». Un niño es dependiente, cariñoso y sumiso. Los cristianos se colocan bajo la tutela de Dios cuando confiesan que Jesús es el Cristo. En este mundo, son hijos; y cuando regrese, serán como Él. En ese día, lo verán tal como es. Como un niño, el cristiano espera lo que no ha visto (Ro 8.24, 25).

Juan dijo a continuación: **... por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él**. Los cristianos no deben esperar mejor trato del mundo que el que le ofreció al Señor mismo (Jn 15.20, 21). Los contemporáneos de Jesús no le conocieron. ¡No es sorprendente que el mundo no haya reconocido o respetado a quienes confiesan Su nombre! El apóstol tomó como un hecho que los cristianos, habiendo sido influenciados por el Hijo de Dios, constituyen un pueblo cuyos valores e ideales son contrarios a los que guían a las personas en el mundo. El mundo solo dará su voz para conocer y honrar a los cristianos cuando hayan adoptado la forma de vida del mundo.

Versículo 2. Juan no especuló acerca de la naturaleza de la existencia en el mundo más allá de decir: **sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él**. Juan simplemente dijo que todavía no está claro lo que serán los cristianos. Si bien los creyentes no conocen ni entienden todos los detalles de la vida en el próximo mundo, tenemos esta confianza: «seremos semejantes a él». En vista de que Juan había hecho hincapié en la

presencia física y corporal de Jesús en el mundo, es seguro decir que entendía que la vida eterna con Jesús era en forma corporal.¹

Pablo fue más lejos que Juan cuando explicó que los salvos vivirán eternamente en forma corporal. Lo que Pablo y Juan tenían en común es que ninguno especuló sobre los detalles de cómo será un cuerpo espiritual (1ª Co 15.35–44). Juan indicó que Jesús, en Su estado exaltado y resucitado a la diestra de Dios, ha conservado una continuidad con el estado corporal de Su encarnación: **le veremos tal como él es**. Las palabras de Pablo en Filipenses 3.21 tienen las mismas implicaciones: «[Jesús] transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas». Como Pablo, Juan afirmó que, en la venida de Cristo, los creyentes serán como Él en Su cuerpo glorioso.

Los comentarios de Juan sobre la vida en el próximo mundo demuestran que la vida, muerte y resurrección de Cristo han alterado de una vez por todas la relación entre Dios y la humanidad. Los cristianos ya son partícipes de las bendiciones del reino de Dios, sin embargo, hay más por venir. **Amados, ahora somos hijos de Dios**, escribió el apóstol. En esta vida, los fieles son «hijos de Dios». En un sentido importante, el reino de Dios se ha concretado; las promesas se han cumplido. Aún así, todavía quedan muchas bendiciones por concretarse. Los creyentes solo han vislumbrado a distancia la plenitud del gozo que Dios tiene para los redimidos. Los cristianos ya son hijos de Dios, sin embargo, todavía no le ven como Él es. Cuando venga nuevamente, Juan prometió: «le veremos tal como él es».

Versículo 3. Los debates sobre el mundo venidero son más que asuntos de mera curiosidad en el Nuevo Testamento. Para sus autores, el regreso del Señor constituye la base del comportamiento y la ética cristianos. Juan dijo: **Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro**. Como en 2ª Pedro 3.11, el regreso de Cristo no fue motivo de ociosa curiosidad. Después de declarar que Su regreso sería inesperado, como la llegada de un ladrón, Pedro escribió: «Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir...!». Tanto para Pedro como para Juan, la consideración del tiempo del

fin constituía una motivación poderosa para obedecer a Dios en este mundo. El regreso repentino e inesperado del Señor subrayaba la urgencia de una vida santa.

Según Juan, la existencia humana había venido de una fuente significativa y la historia iba en un rumbo significativo. En lugar de aceptar el «destino» como una deidad que reinaba sobre los asuntos humanos, la revelación del Espíritu Santo era que las personas tienen algo que ver con su propio destino. Comentando sobre el mundo griego que era contemporáneo de Juan, Everett Ferguson escribió: «Se pensaba en el universo como algo similar a una enorme máquina cuyas ruedas están engranadas entre sí; si se conocieran los movimientos de una rueda, se podría calcular el resto».²

Juan no ofreció ninguna especulación sobre el día y la hora del regreso del Señor. No pretendía conocer los detalles del cuerpo resucitado. De manera más práctica, Juan afirmó solo que el final tendría lugar. El Señor volvería. Anticipándose al regreso del Señor, Juan instó a sus lectores a mantenerse puros, a mantenerse libres de pecado. Los cristianos han de estar motivados a buscar la piedad. El apóstol unió la esperanza de la vida eterna a la pureza de la vida en este mundo.

LA PRÁCTICA DE LA JUSTICIA (3.4–10)

En 2.3, Juan asoció conocer a Cristo con guardar Sus mandamientos. En 2.29, dijo: «todo el que hace justicia es nacido de él». El apóstol agregó en 3.3 que todo el que alberga la esperanza de verle como Él es, se purifica a sí mismo. El pecado, para Juan, no era un estado mental efímero; era comportamiento. El fundamento del pecado podría ser el orgullo. Puede que se origine en el corazón (Mt 5.28); sin embargo, sea un acto de la mente o un acto deliberado de rebelión contra Dios, la gente peca con lo que hace. Juan escribió: «... el que hace justicia es justo» (3.7). Para aclararse, el apóstol lo dijo tanto en negativo como en positivo: «todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (3.9).

Se les tiene que dar una advertencia a los lectores de la Biblia a medida que pasan de la forma en que Pablo usó palabras como «pecado» y «justicia» a la forma en que Juan las usó. Cuando Pablo afirmó que todos «han pecado» y están

¹ Vea 1ª Co 15.12–14.

² Everett Ferguson, *Backgrounds of Early Christianity (Trasfondos históricos del cristianismo primitivo)*, 3ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2003), 241.

«destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23), dio a entender que la justicia en la familia humana es completamente inexistente (Ro 3.10). El pecado ha dado como resultado una separación de Dios. Solo por la gracia de Dios, solo por los méritos de la muerte de Cristo, se nos puede declarar justos (Ga 2.16). Vivir en pecado es estar perdidos (Lc 5.8). Cuando el pecador viene a Cristo en fiel obediencia, por medio de Su gracia, Dios lo declara justo por la sangre de Cristo. Ser purificado es ser justo (1ª Jn 1.7); ser justificado es ser justo (Ro 3.21–24).

Si bien el pecado y la justicia son, en términos doctrinales, estados en los que una persona podría vivir, ni Pablo ni Juan abandonaron el concepto de que el comportamiento de una persona es parte integral de su postura ante Dios. El que alguien espere estar con Él o se resigne a separarse de Dios depende de la oportunidad y la voluntad del pecador de escuchar y obedecer el evangelio. La práctica o el comportamiento, dijo Juan, no está separada de la justicia.

⁴Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. ⁵Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. ⁶Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. ⁷Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. ⁸El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. ⁹Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. ¹⁰En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.

Versículo 4. La palabra griega para «pecado» aparece muchas veces en la Biblia. Según un recuento, la palabra aparece cuarenta y cinco veces solo en Romanos. Si agregamos cognados como el verbo «pecar» y sustantivos como «pecador» o sinónimos como «transgresión», los números se vuelven asombrosos. El pecado corta nuestra relación con Dios. El autor de Génesis no había llegado muy lejos cuando relató el primer pecado en la familia humana. El tema apenas ha acabado cuando se ha leído el último versículo de Apocalipsis.

Pablo declaró que todos, judíos y gentiles por

igual, estaban atrapados en las garras del pecado (Ro 3.23). El derramamiento de la gracia de Dios en Jesús de Nazaret se produjo debido al pecado. Gracia, fe, obediencia, infierno, cielo: casi todas las doctrinas de la Biblia involucran el concepto del pecado de una forma u otra. Las personas pecan cuando se dejan llevar por sus propios deseos (Stg 1.14, 15), sin embargo, de alguna manera el diablo también está involucrado en la rebelión. El pecado yace como un manto sobre la raza humana en su conjunto, sin embargo, la decisión de pecar la toma un individuo a la vez. En su visión, Juan reveló un mundo en el que no existe ningún pecado que se interponga entre el hombre y Dios. Sin embargo, los cristianos luchan por concebir un mundo celestial deseable en el que tienen que elegir la bondad y resistir el pecado.

«Pecado» es una palabra difícil. Se utiliza en todos los capítulos de la primera carta de Juan. Antes de que aparezca en 1ª Juan 3.4, el apóstol ya había hablado del pecado seis veces (1.7, 8, 9 [dos]; 2.2, 12). Usaría la palabra doce veces más antes de finalizar la carta (3.4 [dos veces], 5 [dos veces], 8, 9; 4.10; 5.16 [tres veces], 17 [dos veces]). La palabra que se traduce con mayor frecuencia como «pecado» en el Nuevo Testamento es *hamartia*. No es la única palabra en la Biblia para la desobediencia a Dios, sin embargo, la amplitud de su uso la convierte en la más común. Decir que pecado quiere decir «errar el blanco» es casi un cliché, sin embargo, «errar el blanco» es el significado literal de *hamartia*. Si la meta a la que las personas han de aspirar es la gloria de Dios y la obediencia a Sus mandamientos, pecar es no alcanzarla.

Una de las doctrinas fundamentales de la Teología Reformada³ es que el pecado es una plaga de la raza humana. Adán y Eva no solo cometieron actos individuales de rebelión contra Dios, también cambiaron la naturaleza misma de la vida humana creada por Dios, de acuerdo con este pensamiento. El pecado, según el dogma, ha sido heredado por todos los descendientes de Adán y Eva. Se supone que el pecado de los padres de la raza causó que cada persona nazca totalmente depravada. La depravación total, como sugiere

³ Cuando las personas mencionan «calvinismo», a menudo se refieren a la «Teología Reformada». Mucha de la Teología Reformada encuentra sus raíces en las enseñanzas de Juan Calvino (1509–1564), un teólogo francés que pasó los últimos años de su vida en Ginebra, Suiza. Calvino construyó y amplió la obra de Agustín, un erudito católico romano del siglo quinto, y otros.

el término, quiere decir que ningún ser humano puede hacer nada bueno. La bondad, incluida la fe y la confesión de que Jesús es el Cristo, solo es posible mediante un acto directo de la gracia divina. Se dice que, desde la eternidad, Dios ha predestinado un número determinado de personas para ser salvas y un número fijo para que se pierdan. En vista de que la predestinación es un acto de gracia, no tiene nada que ver con lo que alguien haga o pueda hacer. Dios ha elegido a los salvos para el cielo y a los condenados para el infierno desde la eternidad por Su propio diseño misterioso y soberano. Por lo tanto, se supone que el pecado es una mancha heredada que separa a las personas de Dios. Según esta lógica, el pecado no son actos elegidos libremente por los individuos. No es una exageración decir que la Teología Reformada comienza con una definición del pecado que no resistirá el escrutinio bíblico.

Según Juan, el pecado no se hereda; el pecado es algo que se hace. Es comportamiento; es la práctica. Él escribió: **Todo aquel que comete** [ποιέω, *poieō*, «hace»] **pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.** En 5.17, Juan agregaría: «Toda injusticia es pecado». Jesús no vino para quitar un pecado heredado, sino para limpiar a cada persona del pecado que había cometido. La culpa es una cuestión de elección personal; no es un estado heredado de nuestros antepasados. Aquellos que abogan por la Teología Reformada sostendrían que Dios ha determinado y predestinado a los salvos y perdidos desde la eternidad; sin embargo, cuando un individuo peca, es personalmente culpable. Ha sido predestinado para hacer lo que hace; no podría haberlo hecho de otra manera. ¡Aún así, es culpable! ¿Cómo podría acumularse la culpa cuando el que peca no podría haber hecho otra cosa? Cuando se les presiona sobre el tema, estos teólogos remitirán al interrogador a los misteriosos caminos de Dios que están más allá del descubrimiento humano. Los críticos responden señalando que el intento de mantener unidas las doctrinas de la culpa personal y la predestinación soberana de Dios no tiene sentido. Es comparable a referirse a un cuadrado como si fuera un círculo. Por definición, un círculo no es cuadrado. Por definición, la culpa se deriva de las decisiones que toman las personas.

Versículo 5. La fuente del pecado es la rebelión humana. Pablo ofreció una larga lista de elecciones que las personas hacen y que dan como resultado el cambio de la verdad de Dios por una mentira (Ro

1.24–32). Juan escribió: **Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados.** (Vea Jn 1.29.) Por Su gracia, Dios extendió su mano para salvar a las personas por medio de un Hijo en quien **no hay pecado.** (Vea 1ª Jn 2.6; 1ª P 2.21–25.) Aquellos que responden por fe a la gracia de Dios en Cristo rompen la espalda del poder del pecado. La obediencia de la fe, a diferencia de la obediencia inducida por la ley (4.18), no le tiene temor al fracaso. La justicia que es acumulada sobre los fieles depende de la impecabilidad de Jesús de Nazaret, quien sufrió vicariamente para salvarnos. La limpieza en Él es un proceso continuo (1.7).

Juan presentó una comprensión del pecado que era diametralmente opuesta a la de los anticristos. Ignorar las necesidades físicas o emocionales del prójimo cuando se podía ayudar era pecar. Robar, mentir y chismear eran hechos pecaminosos. A pesar de lo que decían los adversarios de Juan, tales elecciones abiertas, cuando se repiten y adoptan sobre la base de alguna lógica misteriosa, dan como resultado la separación de Dios. La inmoralidad y el no cuidar de los necesitados, cuando no cambiaban, marcaban al pecador como si nunca hubiera sido realmente salvo (2.19). Para Juan, el pecado no era un concepto abstracto. Constituía un acto de injusticia. El pecado había contaminado de inmediato la santidad de Dios y había etiquetado a los anticristos como no aptos para el reino de Dios. Ningún razonamiento inteligente podría justificar el pecado.

Versículo 6. Con la declaración **Todo aquel que permanece en él, no peca**, Juan introdujo un tema que aclararía en 3.9, «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado», y 5.18, «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado». En estos últimos pasajes, el apóstol contrastó el pecado con ser nacidos de Dios. Su primera mención de haber nacido de Dios fue en 2.29. Las declaraciones de 3.6, 9 y 5.18 tienen que examinarse de cerca. Aparte del sentido intuitivo de la presencia del pecado en la mayoría de las personas, el mismo apóstol parecía comenzar la epístola con una declaración diferente. En 1.8, por ejemplo, dijo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos». Añadió que tales afirmaciones «le [hacen] a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1.10).

La dificultad de reconciliar la corriente de pensamiento en 3.6, 9 y 5.18 con la de 1.8, 10 es clara por las muchas explicaciones que se les han dado. John R. W. Stott, de hecho, enumeró siete formas

en que se han entendido 3.6 y pasajes similares.⁴ Asoció a estudiantes eminentes de la Biblia con la mayoría de las interpretaciones, aunque descartó a algunas por considerarlas muy poco coherentes. Al final, Stott adoptó el punto de vista de que Juan quiso decir que, aunque el cristiano a veces comete pecados a sabiendas, no persiste en la práctica del pecado con un corazón impenitente. Su explicación es a la vez razonable y convincente.

La conclusión de Stott, y la conclusión de la mayoría de los que tienen un argumento similar, es que el tiempo en el verbo griego tiene significados que normalmente no son evidentes en nuestro idioma. Específicamente, el tiempo aoristo no se enfoca en el tiempo como lo hace el tiempo pasado en nuestro idioma, aunque en el modo indicativo (el modo de aserción), el aoristo se traduce comúnmente con un pasado en nuestro idioma. El aoristo griego es común en los modos de subjuntivo e imperativo, donde está ausente su función de indicador del tiempo pasado. La palabra «aoristo», de hecho, quiere decir «sin importancia temporal».

El tiempo presente griego, en comparación con el aoristo, expresa una idea verbal en un estado continuo o quizás repetitivo. La diferencia entre la forma en que se expresan los verbos en presente y aoristo, cuando se compara el griego con nuestro idioma, es más que una distinción sutil. Cuando los autores o hablantes de griego usaban el tiempo presente, comúnmente lo combinaban con contextos para expresar una idea verbal donde la continuación o repetición es inherente.

Basado en el tiempo verbal, una persona no cambia drásticamente el significado de 1^a Juan 3.6 cuando lo traduce, «Todo aquel que continúa permaneciendo en él, no insiste en pecar». Nadie en Cristo se deleita en el pecado; nadie lo practica habitualmente y lo descarta a la ligera. Los anticristos aparentemente pensaban que ellos, como los iluminados y los conocedores, podían lidiar con sus pecados personales de esa manera. En 1.8, el apóstol declaró enfáticamente que para los creyentes decir: «no tenemos pecado» (usando ἔχομεν, *echomen*, «tenemos», un tiempo presente) era engañarse a sí mismos, sin embargo, él estaba mirando el pecado desde un ángulo diferente en 1.8 que en 3.6. Los cristianos a veces cometen anarquía; sin embargo, no se revuelcan en ello ni lo toleran

⁴John R. W. Stott, *The Epistles of John (Las epístolas de Juan)*, Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 130–36.

ni en sí mismos ni en los demás. Nadie en Cristo descarta el pecado como un asunto menor.

En términos absolutos, los cristianos confiesan que pecan; sin embargo, al mismo tiempo, se niegan a aceptar el pecado como una infracción inevitable de la voluntad de Dios. Negar que se peca es apartarse de la verdad, sin embargo, Juan también declaró: **todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido**. En 1.10, Juan aclaró cómo se puede ser pecador y, al mismo tiempo, no permanecer en el pecado. Dijo que mientras se afirme que nunca se ha cometido pecado (un griego perfecto), se hace de Dios un mentiroso. El juego del tiempo griego en 1.8, 10 persiste en 3.6, 9 y en 5.18. La elección del tiempo verbal del apóstol es clave para entender los versículos. Todas las personas, incluidos todos los cristianos, pecan; sin embargo, los cristianos no continúan la práctica del pecado.

Versículo 7. En esta carta, la justicia, como el pecado, no era una abstracción: **el que hace justicia es justo**. La gravedad de lo que enfrentaban sus lectores lo llevó a decir: **Hijitos, nadie os engañe**. Juan tenía poco tiempo para conceptos elevados como el amor, la fe, el bien, el mal, la verdad o la mentira cuando eran relegados a análisis ligeros. El apóstol estaba ansioso por trasladar el pecado, junto con la justicia y el amor, al mundo real donde las personas toman decisiones. Así como Santiago quiso hablar de fe en términos de comportamiento (Stg 2.18), Juan quería hacer lo mismo con otras palabras cristianas importantes. Se podría admitir que hay un momento en el que se necesita tratar la justicia o el pecado como una abstracción. Pablo lo hacía a menudo. Las circunstancias que enfrentaban Juan y sus lectores le obligaron a hablar de la realidad. Juan no exploró la justicia imputada como lo hizo Pablo. Sin embargo, si una persona lee lo suficiente, descubrirá que Pablo, como Juan, sostenía que la justicia es una medida de la forma en que se vive (Ro 2.13). Pablo analizó la justicia y el pecado como abstracciones cuando fue necesario. A veces, quiso enfatizar que la base fundamental de la postura del pecador ante Dios es la justicia dada por Dios.

En 2.6, Juan presentó a Jesús ante sus lectores como modelo de la forma en que deben conducirse. En 3.7, agregó que Jesús fue un modelo de comportamiento justo, recto y santo. El apóstol afirmó la vida sin pecado vivida por Jesús, sin embargo, fue más allá. Juan dijo del Señor que, en Su impecabilidad, era el modelo a seguir por los cristianos. Pedro dijo de Jesús que «no cometió

pecado» (1ª P 2.22). Continuó diciendo que fue el Jesús sin pecado quien pudo llevar nuestros pecados: «... llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1ª P 2.24). Pablo también afirmó la vida sin pecado de Jesús. Además, vinculó la impecabilidad de Su vida a Su capacidad de reconciliar a la humanidad con Dios: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2ª Co 5.21). Los apóstoles comunicaron las mismas posturas doctrinales y las mismas exigencias éticas a sus respectivos lectores.

Versículo 8. Juan mencionó al diablo tres veces en este versículo y una vez en 3.10. De lo contrario, al archienemigo de la humanidad no se le menciona en la carta, al menos no por nombre. En el Evangelio de Juan, al diablo se le asocia dos veces con Judas Iscariote y su traición (Jn 6.70; 13.2). Cuando los judíos contemporáneos de Jesús mintieron, Él dijo que «el diablo» era el padre de ellos (Jn 8.44). Satanás no aparece por nombre en ninguna parte de las cartas de Juan y solo una vez en el Evangelio, nuevamente asociado con Judas (Jn 13.27). El nombre «Satanás» aparece ocho veces en Apocalipsis y «el diablo» otras cinco veces. Además, Juan le llamó al diablo «el maligno» en 1ª Juan 3.12 y 5.18.

Como aparece en 1ª Juan, el diablo es una personificación de todo lo que es antitético a Dios. El diablo, dijo Juan, **peca desde el principio**. No solo cometer pecado es «infracción de la ley»; también es unirse al diablo como su aliado. Practicar el pecado es ser **del diablo**. La venida del Hijo de Dios había de ser «la propiciación por nuestros pecados» y, por tanto, «apareció [...] para deshacer las obras del diablo».

La frase «desde el principio» aparece ocho veces en 1ª Juan (1.1; 2.7, 13, 14, 24 [dos veces]; 3.8, 11) y dos veces más en 2ª Juan (vv. 5, 6). Constantemente se refiere a una cualidad de todo lo que se decía era «desde el principio». Jesús fue «desde el principio»; por tanto, Él es divino y eterno en Su ser (1ª Jn 1.1; 2.13, 14). El autor no miró hacia ningún punto en el tiempo cuando usó la palabra «principio». Los primeros lectores de Juan fueron afirmados por el mandamiento que habían recibido «desde el principio» (2.7, 24). Porque era «desde el principio», el mandamiento los definía. Cuando el apóstol escribió sobre el diablo que había pecado «desde el principio», es dudoso que estuviera haciendo una declaración sobre el tiempo de su origen. Más bien, estaba diciendo algo sobre su naturaleza. Aunque la existencia misma no podría

llegar a existir sin el ser de Cristo (1.1), de manera similar, el pecado no puede concebirse sin la presencia del diablo (3.8).

Por primera vez, Juan aplicó a Jesús la frase completa «Hijo de Dios». Lo volvería a utilizar antes del final de la carta. En la persona del diablo, el pecado estaba en el mundo antes de que Jesús muriera. Después de Su muerte, las obras del diablo continuaron siendo evidentes. Entonces, ¿qué quiso decir Juan cuando escribió: **Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo?** La palabra que se traduce como «deshacer» es $\lambda\upsilon\omega$ (*luō*). Brooke Foss Westcott escribió sobre el tema:

«Las obras del diablo» son descritas con cierta consistencia y coherencia. Muestran [*sic*] una especie de frente sólido. Sin embargo, Cristo con Su venida las ha revelado en su total falta de sustancia. Ha «deshecho» los aparentes vínculos que las unían.⁵

El Hijo de Dios destruyó las obras del diablo asumiendo carne humana, viviendo sin pecado y muriendo como pago por el pecado. Quizás Juan quiso decir que la destrucción del diablo había comenzado cuando apareció el Hijo de Dios. El fin de la era presente, la salvación para aquellos que llegan a la gracia de Dios mediante la obediencia de la fe, el juicio cuando el Señor regrese, todo lo anterior fue asegurado por la venida del Hijo de Dios. Jesús socavó la obra del diablo de manera tal que su destrucción fue asegurada. La otra posibilidad es que los creyentes ya reciban el perdón de los pecados, la comunión de Su iglesia, el acceso a Dios por medio de la oración, la esperanza de vida en la era venidera y todo lo demás que implica la participación en el reino de Dios. Jesús ha destruido el control que el diablo tiene sobre la humanidad.

Versículo 9. Juan ya había dicho que existe una división entre la práctica habitual del pecado y permanecer en Dios. El pensamiento adicional en este versículo y en 5.18 es que identificó «permanecer en él» con ser «nacido de Dios». En las cartas, Juan no usó la frase «nuevo nacimiento» ni su equivalente (Jn 3.3; Tit 3.5; 1ª P 1.3, 23); sin embargo, nacer de Dios ciertamente equivale al nuevo nacimiento. Hacerse cristiano es el comienzo radical de una nueva vida. La nueva vida requiere abrazar la justicia.

⁵ Brooke Foss Westcott, *The Epistle of St John: The Greek Text with Notes and Essays (La epístola de San Juan: El texto griego con apuntes y ensayos)* 3ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1892), 106–07.

Juan afirmó además: **Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él.** El uso de la palabra «simiente» se ha entendido de manera diferente. 1) «Simiente» podría ser una palabra colectiva para el pueblo de Dios; así, el pueblo de Dios permanece en Dios. Un uso similar de la palabra se encuentra en Apocalipsis 12.17, donde el apóstol dijo que el dragón hizo «guerra contra el resto de su simiente» (ASV). Si «simiente» es un sustantivo colectivo que quiere decir «pueblo de Dios» en 1ª Juan 3.9, entonces el pronombre «él» se refiere a Dios. El hecho de que la Reina-Valera no use una letra mayúscula para «él» y su uso del verbo singular «permanece» indica que los traductores han entendido que «simiente» es una cosa, como la Palabra de Dios, o una cualidad, como la naturaleza de Dios. No han entendido que «simiente» es un sustantivo colectivo, es decir, el pueblo de Dios.

2) La «simiente» de Dios podría referirse a la Palabra de Dios que las iglesias de Asia habían recibido. Lucas 8.11 dice: «La semilla es la palabra de Dios». La Palabra de Dios, como una semilla, podría ser una fuerza vital implantada en el cristiano. (Vea Jn 5.38.) El pronombre «él», en tal caso, se refiere al creyente y no debe escribirse con letra mayúscula.

3) Stott sostuvo que la «simiente» es la naturaleza de Dios.⁶ También en ese caso, «él» se refiere al creyente. El cristiano no peca porque la naturaleza de Dios permanece en él. El concepto no difiere por mucho de la Palabra de Dios que permanece en el creyente. Si Stott está en lo cierto, la declaración podría ser paralela a la unción efectuada por Cristo (2.27). La RSV ha entendido la palabra griega con el significado de «simiente» de la misma manera que lo hizo Stott. «Simiente», según este entendimiento, se refiere a la naturaleza de Dios. La traducen, «porque la naturaleza de Dios habita en él». La NRSV apenas ha mejorado la traducción con «porque la semilla de Dios permanece en ellos».

Se pueden ofrecer buenos argumentos para cada una de las tres posibilidades mencionadas anteriormente, sin embargo, el uso paralelo de «descendencia» (para la misma palabra en griego) en Apocalipsis 12.17 sugiere que Juan tenía en mente al pueblo de Dios. (Vea 1ª Jn 3.6.) El pueblo de Dios no peca habitualmente porque encuentra

su hogar en Dios. A lo largo de esta carta, Juan sostuvo repetidamente que el pueblo de Dios permanece en Él (2.6; 4.15, 16).

Juan insistió en que el cristiano individual es responsable de su propia conducta. El cristiano no puede persistir en la práctica del pecado, sostuvo el apóstol, porque ha tomado una decisión consciente de nacer en la familia de Dios. Como en 2.29, Juan usó el tiempo perfecto griego cuando se refirió a haber **nacido de Dios**. Los cristianos eligen la justicia porque viven en un estado de haber nacido de Él (3.10). Los anticristos no reconocían que la compatibilidad entre la práctica del pecado y ser cristiano es inexistente. Juan habría aprobado la evaluación de Jesús ben Sirá:

Si quieres, puedes cumplir lo que él manda,
y puedes ser fiel haciendo lo que le gusta.
Delante de ti tienes fuego y agua;
escoge lo que quieras.
Delante de cada uno están la vida y la muerte,
y cada uno recibirá lo que elija.⁷

Versículo 10. El mundo, dijo claramente Juan, se divide en dos tipos de personas. Algunos son **hijos de Dios** y otros son **hijos del diablo**. La confesión de que Jesús es el Cristo, todo lo que implica haber nacido de Él, quiere decir que se ha echado suertes con los hijos de Dios. Ser hijo de Dios quiere decir **hacer justicia**. Considerado en negativo, nadie hace justicia si **no ama a su hermano**. La práctica de la justicia equivale a purificarse uno mismo, así como Él es puro (3.3).

El apóstol continuó su enfrentamiento con los anticristos que habían salido de las comunidades cristianas. Es posible abstraer de lo dicho por Juan algunas de las enseñanzas de los anticristos: 1) Estos afirmaban tener un conocimiento acerca de Dios del cual otros no eran partícipes. 2) Afirmaban que la justicia era un estado espiritual en el que Dios los había envuelto. 3) Hacían distinción entre el amor por un hermano y efectivamente hacer cualquier cosa para ayudarle con sus necesidades materiales.

Este tipo de cosas sugieren que los anticristos sostenían que el reino de Dios y la resurrección de los muertos eran la realidad actual de estar en Cristo. No habría una segunda venida de Cristo, ningún juicio al final de la presente era. Intentaban definirse a sí mismos como personas que valoraban las cosas espirituales a expensas de las materiales; sin embargo, al mismo tiempo, eran completamente materialistas.

⁶ Stott, 127.

⁷ Eclesiástico (DHH) 15.15–17.

AMOR DE HECHO Y EN VERDAD (3.11–18)

El enfoque del apóstol en el amor, lo que significa y cómo se practica en estos versículos está en el corazón de su mensaje. Cuatro veces usó el verbo «amar» y dos veces más usó el sustantivo «amor» en 3.11–18. El autor reveló un doble propósito. Primero, sus adversarios querían colocar el conocimiento en el centro de su profesión religiosa (2.4). Sin abandonar la estima que tenía por el conocimiento y sin conceder que el conocimiento era dominio de sus adversarios, Juan puso el amor en el centro de ser un seguidor de Cristo. En segundo lugar, Juan enfatizó que el comportamiento es una manifestación de amor. Hablar de amor no es suficiente. La obediencia a Dios requiere que el amor sea puesto en práctica en la forma en que se trata al prójimo.

En ningún otro momento de la carta, Juan se concentró en el amor como en 3.11–18. Comenzó la sección dejando claro que el mensaje que sustenta la religión cristiana es el amor mutuo (3.11). Concluyó afirmando que el amor es una cuestión de hechos y de verdad, no de palabras ni de lengua (3.18). Entre estos paréntesis, el apóstol dirigió su atención al aborrecimiento manifestado por Caín y, más en general, al aborrecimiento que caracteriza al mundo. La elección entre ser hijos de Dios o hijos del diablo da como resultado una elección entre el camino del amor o el camino del aborrecimiento. El cristiano elige la vida eligiendo el amor como estrella guía de la vida.

¹¹Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros.

¹²No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.

¹³Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece. ¹⁴Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. ¹⁵Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. ¹⁶En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. ¹⁷Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? ¹⁸Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

Versículo 11. Como ya hemos visto en 3.8, **desde el principio** no es tanto una declaración sobre el tiempo como sí una declaración sobre la naturaleza intrínseca del tema en cuestión. La declaración «el diablo peca desde el principio» (3.8), quiere decir que es imposible concebir al diablo sin su rebelión contra Dios. Intrínseco al mensaje cristiano que los primeros lectores de Juan habían escuchado del primero era que los hermanos y hermanas en Cristo habían de **[amarse] unos a otros**. El amor y la estima mutuos son fundamentales para lo que significa que la iglesia funcione.

Las palabras de Juan no son indicación de que los cristianos deben volverse hacia adentro, que solo han de cuidar de los suyos y dejar que otros hagan lo mismo. La iglesia de Cristo no debe ser solo un grupo formado por confesores prójimos unos de otros. Los seguidores de Cristo han de amar a todo el mundo, ya que Jesús fue una propiciación por los pecados de «todo el mundo» (2.2). Han de tratar incluso a los que les aborrecen con amabilidad y respeto (Mt 5.44). El dar comida al hambriento y vestido al desnudo debe llegar más allá de los hermanos en la fe (Mt 25.45; Hch 17.28).

Los judíos del mundo grecorromano a veces caían en la trampa de cuidar de los suyos, descuidando, incluso con hostilidad, a los que estaban fuera de su círculo. La iglesia a veces cae en las mismas trampas. Juvenal, el famoso escritor satírico romano, que escribió sobre los judíos a fines del siglo primero y principios del segundo, acusó a los judíos afirmando que no le darían un vaso de agua fría a un hombre antes de saber si estaba circuncidado o no.⁸

Juan no estaba invitando a los cristianos a amarse unos a otros en detrimento de todos los que no son cristianos. Al mismo tiempo, el apóstol estaba diciendo que los cristianos tienen una responsabilidad especial para con sus prójimos cristianos. La exhortación de Pablo decía: «hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Ga 6.10). El amor en términos tan amplios era lo que los cristianos de las iglesias de Asia habían escuchado desde el principio.

Versículo 12. **Caín** es la única persona cuyo nombre aparece en la primera carta de Juan. El apóstol se refirió a Abel sólo como **su hermano**. Caín aparece dos veces más en el Nuevo Testamento. El autor de Hebreos dijo que Abel ofreció un mejor sacrificio que Caín (11.4), y Judas acusó

⁸ Juvenal *Sátira* 14.

a los falsos maestros mencionados en su carta por seguir el camino de Caín (v. 11). Fuera de Génesis 4, nadie se refirió a Caín por nombre en el Antiguo Testamento. La ofrenda de Caín era «del fruto de la tierra», y la de Abel era de los «primogénitos de sus ovejas» (Gn 4.3, 4). El derramamiento de sangre acompañó la ofrenda de Abel; y Hebreos 9.22 dice: «sin derramamiento de sangre no se hace remisión». Sin embargo, algunos de los sacrificios prescritos por Moisés eran ofrendas de cereales o aceite (Lv 2.14, 15). Quizás la razón por la que el Señor «tuvo en cuenta» la ofrenda de Abel mas no la de Caín es que Abel trajo «de los primogénitos» de su rebaño. No se dice nada de la calidad de la ofrenda de Caín.

Juan preguntó por qué Caín habría matado a su hermano. Su respuesta es un poco sorprendente: **Porque sus obras [las de Caín] eran malas, y las de su hermano justas.** Por extraño que parezca, la persona malvada a menudo ve las acciones justas de una persona buena como un juicio contra su vida de vivir solo para sí mismo. Los cristianos, dijo Juan, necesitan entender que los que son malos a menudo aborrecen a los que son buenos por el mero hecho de que son buenos.

El apóstol hizo eco de sentimientos hallados en otros lugares:

Los hombres sedientos de sangre aborrecen al hombre íntegro y procuran matar a los rectos (Pr 29.10; NIV1984).

Y abominación es al impío el de caminos rectos (Pr 29.27).

Las obras de sabiduría apócrifas proclaman el mismo sentimiento. Los malvados dicen:

Pongamos trampas al bueno, pues nos es molesto;
se opone a nuestras acciones,
nos reprocha que no cumplamos la ley.⁹

El hombre egoísta aborrece vivir a la luz del juicio que la vida piadosa dicta sobre su conducta; por tanto, aborrece al justo. Si se la da la oportunidad, como Caín, lo matará.

El verbo *σφάζω* (*sphazō*, «sacrificar»), que se traduce como «mató», es más colorido que la palabra que comúnmente se traduce como «dar muerte». A menudo se usaba para la matanza de animales de sacrificio. La sugerencia es que la manera en que Caín mató a su hermano se asemejaba

⁹ Sabiduría 2.12; DHH.

a un sacerdote que sacrificaba una oveja para el altar. *Sphazō* es la palabra que los traductores de la Septuaginta (LXX)¹⁰ eligieron para Abraham cuando extendió su mano para sacrificar a Isaac (Gn 22.10).

La persona de Caín ha fascinado a judíos y cristianos. En *Hamlet* de William Shakespeare, el rey Claudio comparó su propio pecado con el de Caín:

Oh, mi ofensa es feroz, huele a cielo;
Tiene la maldición primigenia sobre él,
¡La muerte de un hermano!¹¹

A medida que John Steinbeck desarrolló las diversas tramas y subtramas en *Al oriente del Edén*,¹² el tema de Caín y Abel surgió varias veces. Steinbeck sintió más simpatía por las debilidades de Caín que por la bondad de Abel. Reforzó la advertencia de Juan para los cristianos de que la gente del mundo le aborrecerá a usted por hacer el bien.

Versículo 13. Pocas cosas parecen ser más fundamentalmente correctas que alguien deba recibir de otros lo que les ha dado a otros. El dicho de Pablo: «Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Ga 6.7) es de amplia aplicación. Jesús dijo que incluso los recaudadores de impuestos devolvían amor a quienes los amaban (Mt 5.46). «Ustedes deben ser mejores», dijo Jesús a Sus seguidores. Dado que el hacer el bien está en el corazón de la ética cristiana, la expectativa es que la bondad y la buena voluntad sean correspondidas incluso por aquellos que tienen poca fe en el dogma cristiano. Cuando el aborrecimiento es devuelto a cambio de la bondad, nos extraña. Juan trató de preparar a sus lectores para que el aborrecimiento a cambio del bien no fuera razón de extrañeza, por lo que escribió: **no os extrañéis si el mundo os aborrece.**

«Aborrecimiento» es una palabra fuerte. Con Juan, no había duda de que el aborrecimiento es una de las herramientas más útiles y versátiles del diablo. Sabía que se volvería contra los cristianos en cada oportunidad. El aborrecimiento está estrechamente relacionado con la sospecha y temor. En la arena política, un demagogo que puede encontrar los temores de un pueblo y jugar con ellos puede llegar al poder con suficiente

¹⁰ La Septuaginta es la traducción griega del Antiguo Testamento hecha en Alejandría, Egipto, unos doscientos años antes del nacimiento de Cristo.

¹¹ William Shakespeare, *Hamlet*, ed. Horace Howard Furness (Londres: J. B. Lippincott Co., 1905), 227.

¹² John Steinbeck, *East of Eden (Al oriente del Edén)* (New York: Viking Press, 1952).

rapidez. Las soluciones que ofrece podrían estar entre inalcanzables e inexistentes, sin embargo, las consignas y los cánticos arrasarán con un demagogo o un falso profeta. Se ha dicho que una mentira puede viajar al otro lado del mundo antes de que la verdad pueda calzarse sus pies. La mentira y la ira tienden a prevalecer sobre la razón y las soluciones sensatas. Como Jesús, Juan conocía el poder del aborrecimiento. El Señor había dicho:

Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece (Jn 15.18, 19).

Versículo 14. El apóstol hizo un contraste deliberado entre el mundo con el aborrecimiento que lo consume y el amor que los cristianos habían abrazado desde el principio. Se identificó con sus lectores. Eran sus hermanos. Él, con ellos, había hecho una transición. **Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida**, escribió, porque **amamos a los hermanos**. Eligió un tiempo perfecto griego (μεταβέβηκαμεν, *metabebēkamen*, «hemos cruzado»). Habían estado en la esfera del señorío de la muerte; sin embargo, habían pasado de ese reino al reino de la vida, donde reina Cristo. El acto de cruzar era equivalente a la experiencia del nacimiento del que Juan había hablado en 2.29 y 3.9. Así como el aborrecimiento y la muerte son socios, también lo son el amor y la vida. Para ser muy claro, añadió el apóstol, **El que no ama a su hermano, permanece en muerte**.

Muy a menudo, Juan se refirió a sus lectores como «hijitos» o «amados hijitos». Santiago, por el contrario, prefirió hablar de sus hermanos en la fe como «hermanos» o «hermanos amados». En 3.14, sin embargo, Juan adoptó la palabra que usó Santiago. «Hijitos» tiene un aire de autoridad, una autoridad que Juan enfatizó cuando se llamó a sí mismo «el anciano» en las palabras iniciales de su segunda y tercera carta. Por el momento, Juan no estaba interesado principalmente en establecer su autoridad. Quería identificarse con sus lectores. Él y ellos eran hermanos y hermanas. Como un igual de los que leían su carta, Juan se vinculó a ellos. Los cristianos están unidos unos a otros en una comunión de amor. Se expresan con amabilidad y generosidad cuando hablan el uno del otro tanto en público como en privado. Ofrecen cánticos y oraciones a Dios como personas que son miembros unos de otros (Ef 4.25).

Versículo 15. La palabra común que se traduce como «homicida» en el Nuevo Testamento es φονεύς (*phoneus*), por ejemplo en Hechos 3.14; 28.4; 1ª Pedro 4.15. Dos veces en este versículo, el apóstol eligió ἀνθρωποκτόνος (*anthrōpoktonos*) para «homicida». En Juan 8.44, Jesús usó la misma palabra para «el diablo», sin embargo, no se usa en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Es una palabra inusual incluso fuera del Nuevo Testamento. En 3.15, *anthrōpoktonos* parece ser una descripción del «maligno» (3.12) o «el diablo» (3.8). Gramaticalmente, podría referirse a Caín; sin embargo, es poco probable. Jesús eligió el verbo griego habitual para «matar» en Mateo 5.21, 22; sin embargo, Su enseñanza es similar a 1ª Juan 3.15. El Señor dijo, en efecto, «cualquiera que se enoje contra su hermano» ha dado el primer paso hacia el homicidio.

Enfadarse con un hermano y, por tanto, aborrecerle, es un pecado del mismo orden que el homicidio. Juan dijo: **Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él**. No se debe concluir que el aborrecimiento o el resentimiento en todos los casos equivalen en todas sus consecuencias al homicidio. Lo primero no siempre resulta en lo segundo. Pocos argumentarían que guardar rencor por un insulto es exactamente equivalente a la compra de un arma y al acto de matar. La mayoría de las personas han controlado su ira o su deseo para que no termine en un pecado más consecuente. Por otro lado, tanto Jesús como Juan les aseguraron a sus seguidores que la ira y la lujuria no son pecados triviales que puedan descartarse a la ligera. El homicidio, el adulterio y muchos otros pecados comienzan en el corazón.

Versículo 16. Como había hecho antes en la carta, Juan enfatizó que el amor no es un sentimiento pasajero. El amor no es algo que va y viene en el corazón del cristiano. El amor es una disposición estudiada para con los demás, especialmente para con aquellos que son partícipes de la comunión en el cuerpo del Señor. Los cristianos pueden aprender de cómo Dios desea que vivan comparando la forma en que Jesús ha modelado el amor de Dios con el aborrecimiento que ha impulsado al diablo y a sus seguidores. Desde el principio, el diablo se ha mostrado homicida (Jn 8.44). Caín, su descendencia, había seguido los pasos del diablo. En contraste, Jesús de Nazaret dio Su vida para salvar y sustentar bondad en Su pueblo.

En esto hemos conocido el amor, en que él

puso su vida por nosotros. En la medida en que los falsos profetas separaban el amor de la forma en que una persona se comportaba, erraban. Jesús no era un dios efímero que no experimentó ninguna lucha con la realidad material. Los cristianos adoraban a un hombre «que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (He 4.15). La oración griega en 1ª Juan 3.16 comienza: «Por esto sabemos». Ya hemos notado la simple, pero inusual frase, «en esto» (2.3). Ocurre varias veces en la primera carta (2.3, 4, 5 [dos veces]; 3.10, 16, 19, 24; 4.2, 9, 10, 13, 17; 5.2), sin embargo, a veces no está claro si «esto» se refiere a cosas que se acaban de decir o cosas que vendrían después. Raymond E. Brown creía que cuando «en esto» va seguido de una cláusula explicativa que comienza con «que» (ὅτι, *hoti*), «apunta hacia el contenido de esa cláusula».¹³ Constituye una buena regla, sin embargo, como muchas reglas de interpretación basadas en la gramática, es demasiado precisa. En algunos casos, la conclusión de Brown, basada en la gramática, parece poco segura. En el versículo que nos ocupa, no hay duda. La declaración «él puso su vida por nosotros» explica bien por qué los cristianos pueden estar seguros de que Él los ama.

Su pueblo ha de actuar como actuó Jesús (2.6). La prueba de si alguien ama o no es su disposición a estar al lado de un hermano necesitado y suplirlo con las necesidades de la vida. Dicho en negativo, la prueba del amor no es una emoción que en ocasiones brota en el corazón. Es negarse el interés propio para poder actuar por el bien de otro. Juan sostuvo que, para ser cristianos, **nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.**

Versículo 17. Dos veces Juan usó la palabra *bios* («vida») en esta carta. (Vea 2.16.) No aparece en ningún otro lugar de sus escritos. Como se señaló anteriormente, la «vida» a la que se refiere esta palabra se centra en sus aspectos externos: la propiedad, el dinero, las comodidades y el lujo. La Reina-Valera la ha traducido como «bienes de este mundo» en la frase **Pero el que tiene bienes de este mundo.** Por el contrario, *zōē* («vida») aparece muchas veces en el Nuevo Testamento, especialmente en el Evangelio de Juan. A diferencia de *bios*, rara vez se refiere a las cosas materiales de la vida.

Se borra cualquier duda de que Juan pensaba

que el amor no existía a menos que se expresara mediante actos concretos mediante las preguntas del presente versículo: Si el que tiene los medios para hacerlo así **ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?** Obviamente, indicó Juan, no es así. El amor trata de la forma en que las personas actúan. «El amor de Dios» al que se refería Juan podría ser un tipo de amor piadoso dentro del cristiano, o puede que sea el amor del cristiano dirigido a Dios. Cualquiera de las dos opciones no difiere tanto de la otra. Sin embargo, Juan ha dicho que su amor por Dios constituye el fundamento de la forma en que un cristiano trata a los demás. El apóstol probablemente estaba refiriéndose al amor que el creyente tiene por Dios.

El amor es expresado en asuntos mundanos en los que un individuo encuentra a otro y puede ayudar. Que nadie hable de su amor por Cristo cuando le niega el pan al hambriento y el vestido al desnudo (Dt 15.7, 8; Pr 3.28; 28.27; Stg 2.15, 16). Dios se ha revelado desde el principio como el Dios de los pobres. El profeta escribió: «He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso» (Ez 16.49). Después de referirse a la parábola del buen samaritano, Stott comentó: «Así como la vida no mora en el homicida (15), el amor no mora en el avaro (17)».¹⁴

Muy probablemente, menos de treinta años después de que Juan escribiera esta carta, Ignacio viajó por la provincia de Asia y dirigió cartas a varias iglesias en la parte occidental de la región. Una de sus cartas fue a la iglesia de Esmirna. Habló de maestros heréticos como este, diciendo: «Por amor no se preocupan, nadie por la viuda, nadie por el huérfano, nadie por el angustiado, nadie por el afligido, nadie por el preso, o por él liberado de la cárcel, nadie por el hambriento o el sediento».¹⁵ Su descripción es muy similar a la de Juan.

Versículo 18. El concepto de amor en 1ª Juan se acerca a lo que es la fe en Santiago o al conocimiento en 2ª Pedro. Los tres autores se negaron a permitir que las ideas abstractas —amor, fe o conocimiento— fueran separadas del comportamiento mismo de las personas, de la forma en que nos tratamos unos a otros. Juan fue especialmente claro: **Hijitos míos, no amemos de palabra ni de**

¹³ Raymond E. Brown, *The Epistles of John (Las epístolas de Juan)*, The Anchor Bible, vol. 30 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1982), 448.

¹⁴ Stott, 144.

¹⁵ Ignacio *A los de Esmirna* 6.2.

lengua, sino de hecho y en verdad. Los anticristos parecían haberse especializado en hablar del amor. Juan dijo que su hablar carecía de sentido a menos que fuera acompañado por la práctica de la compasión. No hay amor en la verdad a menos que esté acompañado por amar de hecho.

Ya hemos visto en 2.1 la preferencia de Juan por el término cariñoso, «hijitos» o «amados hijos», cuando se dirigía personalmente a sus lectores. La referencia en 3.18 es una de las siete veces que usó *teknia*, «hijitos», en la primera epístola (2.1, 12, 28; 3.7, 18; 4.4; 5.21). El hecho de que maestros y predicadores cristianos han de respetar y amar a quienes enseñan es una verdad que merece ser reiterada.

TENER CONFIANZA DELANTE DE DIOS (3.19–24)

Solo las personas reflexionan sobre su propia mortalidad. Solo los seres humanos consideran si habrá vida o no más allá de esta. Lo injusto y lo justo, el bien y el mal son preocupaciones exclusivamente humanas.

Hay reflexiones sobre la moralidad y la posibilidad de vivir en otro mundo. Juntas generan otras reflexiones, a saber: reflexiones sobre lo divino. Si los seres humanos son simplemente formas de vida caracterizadas por la capacidad de pensar de manera abstracta, son solo un poco diferentes de un gato o de un chinche. La muerte de una forma de vida no es muy diferente a la muerte de otra forma de vida.

Dentro de la mente de un ser humano, las interrogantes sobre lo divino, sobre la vida en otro mundo, sobre el bien y el mal, no pueden ser abordadas de manera significativa. Si los hombres y las mujeres han de saber algo sobre sí mismos, es obligatorio que sepan algo sobre Dios. La única forma en que pueden saber algo acerca de Él es que Él tome la iniciativa y se les revele. Las personas no han descubierto a Dios como han descubierto que la tierra es redonda; sin embargo, las personas le conocen porque Dios ha hablado. Lo opuesto también es cierto. Si Él no ha hablado, nadie sabe nada de Dios.

El mundo judeocristiano comienza con la confianza en la religión revelada. Para los cristianos, la revelación final y completa de Dios ha llegado en la persona de Jesucristo.

Para el apóstol Juan, la confianza en Dios surgía de las obras que hacen los hijos de Dios. Para él, la confianza era producto de la acción. Puede

que algunos duden de la existencia de Dios. Otros podrían dudar de que habrá una resurrección de los muertos o un ajuste de cuentas por el bien y el mal hechos. Cualesquiera que sean las dudas, la verdad se ve reforzada por el Espíritu interior y la comprensión del amor en la forma en que las personas se tratan unas a otras. Dar un vaso de agua fresca, suministrar un poco de pan, escuchar a un alma solitaria; en resumen, la práctica de la bondad y la compasión es la seguridad del cristiano de que Dios es real, que Éste ha hablado y que Cristo vendrá nuevamente para juzgar a la humanidad.

¹⁹Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; ²⁰pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. ²¹Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; ²²y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. ²³Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. ²⁴Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

Versículo 19. En este caso, es difícil confiar en la regla de Brown, como se analizó en 3.16. Apenas es suficiente observar que «en esto» seguido de *hoti* («que») certifica que el conocimiento llegará a los creyentes porque **somos de la verdad**.¹⁶ El apóstol usó un tiempo futuro, **Y en esto conocemos [...]** y **aseguraremos nuestros corazones delante de él**. En otros casos, había utilizado un presente, un perfecto o un aoristo. El «conocimiento» de 3.19 dependía de algo que aún no se había establecido. La «verdad» en sí misma de 3.19 es una referencia a lo que el apóstol acababa de escribir. ¿Qué es «la verdad» que da conocimiento? Para responder a la pregunta, los lectores tienen que referirse a 3.18, donde la preocupación es la forma en que el amor se manifiesta en los hechos. Juan parecía estar lidiando con estas interrogantes: «¿Cómo sé que soy partícipe de las promesas de Dios? ¿Cómo puedo estar seguro de que Dios ha hablado, de que le pertenezco y de que tengo vida?».

¹⁶ Brown, 448.

Juan respondió de la siguiente manera: La forma en que uno trate a sus hermanos y hermanas constituye la medida del amor. Los hechos le aseguran al cristiano cuando su corazón le hace dudar. Puede que surjan dudas porque al cristiano se le recuerda del pecado o porque surgen otras preguntas sobre su relación con Dios por medio de Cristo. En tal caso, su mente se fortalece con el conocimiento de cómo está viviendo, superando los sentimientos sinceros. Estar bien con Dios no es solo una cuestión de cómo se sienta una persona.

Por la experiencia del amor que Dios le ha enseñado, porque ha alimentado a los hambrientos y dado a los necesitados, el creyente se siente seguro de que Dios lo reclama como Su hijo. Las grandes interrogantes sobre el significado de la vida humana, el juicio y el ser de Dios se responden cuando el cristiano recurre a las obras que ha realizado y su cumplimiento de los mandamientos del Señor. «En esto sabremos que somos de la verdad», cuando amamos «de hecho y en verdad».

Versículo 20. El significado de este versículo se complica por el doble uso que la NASB hace de *hoti* («pues» o «porque»). Traducido literalmente, el versículo dice: «Porque si nuestro corazón nos condena, porque Dios es mayor que nuestro corazón». El segundo «porque» trae una dificultad a la oración. Se ofrece una solución parcial cuando los traductores entienden que el primer *hoti* es igual a ὅτι (*ho ti*, «pues»).¹⁷ Los traductores de la NASB separan la conjunción *hoti* de la siguiente manera: Suministrando la preposición «en», la NASB traduce la frase οἷον ἔστω (*hoti ean*, «lo que sea») y lo que sigue como «en lo que sea que nuestro corazón nos condene; porque Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todas las cosas».

La Reina-Valera, por el contrario, simplemente ignora el segundo *hoti*, y traduce: **pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas.** Las traducciones sólo dan como resultado ligeros cambios de significado. Juan estaba diciendo que nuestra relación con Dios no depende de cómo nos sintamos en un momento dado. Dios le ha dado al cristiano una amplia razón para saber que le pertenece. Incluso cuando el corazón condena, o cuando surgen dudas e incertidumbres, las promesas de Dios superan los sentimientos. La esperanza del creyente, el

¹⁷ Los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento no tienen espacios entre palabras. La adición de un espacio como se indicó anteriormente marca la diferencia en el significado.

perdón de los pecados y la vida con Dios por la eternidad dependen de la forma en que el creyente implementa el amor en el trato de todas las personas, especialmente de los hermanos cristianos. La comprensión y el conocimiento triunfan sobre el desánimo y la duda.

Versículo 21. No hay razón para condenarse a sí mismo cuando el cristiano basa su esperanza y su relación con Dios en la obediencia de la fe. Cuando los creyentes aman «de hecho y en verdad» (3.18), su comportamiento testifica que la simiente de Dios permanece en ellos. La confianza de que se ha sido salvo del pecado, de que se vivirá con Dios en la era venidera, nace de la obediencia. La esperanza se basa en el amor cuando el amor es producto de los hechos y la verdad. Mientras la obediencia a Dios se basa en la fe en Cristo, nadie se inclina a pensar que las buenas obras son meritorias. Se obedece para alabar a Dios. Las buenas obras son la respuesta del cristiano a la gracia de Dios.

Juan dijo que cuando la razón y el conocimiento se apoderan de la timidez y la vacilación nacidas de una fe débil, reina la confianza. El creyente sabe que Dios está a su lado. **Amados, si nuestro corazón no nos reprende,** escribió Juan, **confianza tenemos en Dios.** El apóstol eligió el término *parrhēsia* («confianza») para la postura del cristiano ante Dios. En otras partes del Nuevo Testamento, *parrhēsia* quiere decir «audacia», «franqueza» o «confianza». A veces se refiere a nuestra forma de hablar. Por ejemplo, cuando Jesús les advirtió a los discípulos acerca de Su prueba venidera en Jerusalén, la Reina-Valera dice «Esto les decía claramente» (Mr 8.32). La frase es una traducción de *parrhēsia*. En Colosenses 2.15, la palabra se refiere al triunfo público de Cristo sobre los gobernantes de las potencias mundiales. En el Evangelio de Juan, el apóstol usó la palabra varias veces para referirse a un asunto hecho público o de manera abierta (por ejemplo, 7.4; 10.24).

Cuatro veces en 1ª Juan el autor usó la palabra que se traduce como «confianza» en la Reina-Valera (2.28; 3.21; 4.17; 5.14). Para el apóstol, la palabra se refería a la relación de confianza en sí mismo que se tiene con Dios debido a la fe en la obra reconciliadora de Cristo. Cuando los cristianos confían en las promesas de Dios, la confianza expulsa la culpa en sus corazones que está lista para condenarlos o hacerlos dudar de su relación con Dios.

El creyente confía en que ha aprendido cómo Dios desea que viva. Dependiendo de la gracia de Dios, se propone comportarse como el Señor

desea que se comporte. En tal comportamiento, encuentra seguridad en sí mismo que le permite acercarse a Dios. Al mismo tiempo que genera confianza (*parrhēsia*), se siente humilde al darse cuenta de que su culpa ha sido eliminada por la muerte de Jesús.

Versículo 22. Seguro de que Dios lo recibe, el creyente ora con confianza. Repetidamente, se insta a los creyentes a orar con fe (Mt 21.22; Stg 1.6). La moda moderna es enfatizar la misericordia de Dios a expensas de Sus mandamientos y Su juicio. Juan les enfatizó a sus lectores que sus peticiones a Dios se concretan **porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.** La idea no es que quienes piden vengan con expectativas de ser escuchados por sus méritos. La idea es que se tiene la seguridad de que la fe y el amor son reales porque se manifiestan en la forma en que se vive. Si la fe y el amor no han marcado ninguna diferencia en nuestras vidas, hay lugar para dudar de que estén presentes.

La seguridad de Juan era que Dios opera en el ámbito humano. Lo que de otra manera no hubiera sucedido ocurre porque el cristiano pide: y **cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él.** El destino no manda. Los creyentes podrían o no responder positivamente a los mandamientos de Dios. Para aquellos que depositan su fe en Él, Dios entra en el tiempo y, de acuerdo con Su voluntad (5.14), cambia el curso de la historia por medio de sus oraciones. El creyente sabe que Dios ha actuado a tiempo, ya que entregó su vida con fe para hacer la voluntad de Dios.

Versículo 23. Como es el testimonio universal de las Escrituras, la vida que agrada a Dios comienza con la fe y es seguida por el amor. A lo largo de su carta, sin embargo, especialmente en este versículo, Juan enfatizó que hay un orden apropiado en la doctrina y la moralidad. La primera proporciona la premisa a partir de la cual surge la segunda. El mandamiento de Dios comienza con la fe. Vida quiere decir **Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo.** Siguiendo el mandamiento doctrinal, el apóstol estaba listo para decir: que **nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.** El amor no es más que un escaparate sin fe. Los absolutos en el ámbito moral presuponen una autoridad religiosa. Cuando el apóstol mencionó el mandamiento del Señor, quizás tenía en mente la declaración de Jesús en Juan 13.34: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a

otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros».

La Ilustración europea estuvo inundada de movimientos que querían conservar los ideales éticos del cristianismo sin el fundamento de la fe.¹⁸ Estos intentos continuaron en las obras de ateos autoproclamados como Richard Dawkins y Stephen Hawking. Cuando se intenta construir un sistema ético desprovisto de un elemento estrictamente religioso, cuando no hay una confesión que lleve a la moral, no se tiene base para tal sistema. El humanismo secular consiste en un intento por retener el segundo piso de un rascacielos después de demoler el primero.

Versículo 24. La frase **en esto** (*en toutō*) sigue siendo difícil en 1ª Juan. A veces no está claro si «esto» se refiere a lo que se acaba de decir o lo que está a punto de decirse. Por lo general, es el último. Un ejemplo está en 4.2: «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios». En 3.19, sin embargo, la misma frase, «en esto», parece apuntar hacia atrás. El apóstol acababa de decir: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua». Siguió con «Y *en esto* conocemos que somos de la verdad» (3.18; énfasis agregado). La Reina-Valera ha puntuado 3.24 de modo que «en esto» se refiere a la siguiente frase, **él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.** Sin embargo, «en esto» en el versículo podría usarse de una manera más análoga a 3.18 que a 4.2. Podría apuntar a **Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él.**

En 2.5, donde el tema también lo constituye el cumplimiento de los mandamientos, la frase «por esto» probablemente apunta a «el que guarda su palabra». Si las palabras apuntan hacia atrás en 3.24, Juan estaba diciendo que cualquier cosa que el Espíritu Santo pueda hacer en la vida del creyente, la forma en que conoce la presencia del Espíritu es guardando los mandamientos de Dios. La palabra *menō* («permanecer») se usa en sentido figurado para referirse a la íntima cercanía entre Jesús y el creyente. Es una palabra común en el Evangelio y las cartas de Juan.

¹⁸ Entre otros, Auguste Comte a principios del siglo XIX buscó crear una religión de la humanidad. Como han hecho y siguen haciendo otras religiones similares, la moral sin confesión ha demostrado tener poco poder para atraer discípulos.

Cómo guardar sus mandamientos en amor

«Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿Cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado» (1ª Jn 3.11–24).

Hoy la palabra «amor» está en todas las lenguas. «El amor hace girar el mundo», se dice. Incluso algunas personas religiosas han adoptado la opinión de que realmente no importa lo que se crea o se haga, siempre que se tenga amor. Dicen: «Después de todo, Jesús dijo que el mandamiento más grande es amar a Dios, y el segundo mandamiento más grande es amar a tu hermano. Y Pablo dijo que el amor es aún mayor que la fe y la esperanza».

Todo esto surge de un malentendido del amor. En 1ª Juan 3.11–24, Juan habló sobre lo que quiere decir ser un hijo de Dios, cómo vivir por encima

del pecado, cómo enfrentar el mundo pecaminoso en el que vivimos y cómo vencer este mundo sin tener alguna experiencia mística. Aplicó este mismo principio al amor. De hecho, tomó los mismos dos aspectos del amor de los que habló Jesús, invirtió el orden y analizó el amor a los hermanos y el amor a Dios.

DEMOSTRAMOS NUESTRO AMOR AMANDO A NUESTROS HERMANOS

¿Cómo sabe usted si ama lo suficiente a su hermano? ¿Cómo sabe si ama a Dios lo suficiente? El amor, después de todo, no es algo concreto. Es abstracto. Cuánto ama usted es algo que puede medirse, sin embargo, ¿cómo puede medirlo? Después de todo, todo el que es cristiano, todo el que cree en Jesús, ama a Dios un poco, ¿no es así? Todos en la iglesia aman a sus hermanos al menos un poquito. ¿Cómo sabe si usted ama lo suficiente a las personas? Juan dijo:

Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas (1ª Jn 3.11, 12).

Es sorprendente que el primer homicidio no haya sido cometido por razones de una mujer, dinero o política. Fue un pleito por religión. Matar a personas en nombre de la religión no es nada nuevo. Todo surge de no amar al hermano.

El versículo 13 dice: «Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece». El amor cristiano no siempre atrae el amor del mundo porque el amor cristiano no es ese tipo de amor.

El amor del cristiano por sus hermanos muestra que está en vida en lugar de muerte. «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (1ª Jn 3.14a). Los cristianos están vivos; el mundo está muerto. Los cristianos están en la luz; el mundo está en tinieblas. Si mira a su hermano en Cristo y no puede amarlo, Juan dice que usted está muerto. Si no ama a su hermano, no se ha convertido o ha

regresado al mundo.

Juan fue un paso más allá. Dijo: «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él» (3.15). Aquí estaba el amigo más cercano de Jesús, el Apóstol del Amor, hablando con amor y diciendo: «Si no amas a tu hermano, es como si lo hubieras matado». Juan dijo que es lo mismo que Caín, quien mató a su hermano. Usted es un homicida. Puede que no haya tomado una pistola y literalmente disparado a su hermano o tomado un cuchillo y de hecho cortado su cuello, sin embargo, si aborrece a su hermano, usted es un homicida. La vida eterna no puede permanecer en usted porque el homicidio y la vida eterna no pueden vivir en el mismo corazón. Son incompatibles.

Muchas personas dicen: «Amo a mi hermano», sin embargo, ¿cómo lo sabemos? El versículo 16 dice: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos». El amor no es solo un sentimiento, aunque espero que usted lo sienta. El sentimiento es el resultado del amor. El mayor ejemplo de amor fue cuando Jesús murió en la cruz. Romanos 5.8 dice: «... siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Ese amor es el tipo de amor que deberíamos tener. Debemos estar dispuestos a dar la vida por nuestro hermano.

¿Daría usted su vida? La mayoría de nosotros no hemos tenido la oportunidad de saber si haríamos ese sacrificio o no. Probablemente ninguno de nosotros será llamado a morir por un hermano. ¿Cómo sabe usted si haría tal sacrificio? Juan nos dio una pista: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1ª Jn 3.17). Tenemos oportunidades diarias de ver las necesidades en la vida de otras personas. Un hermano podría no tener comida para alimentar a su familia. Podemos suplir esa necesidad. Es una oportunidad para mostrar nuestro amor.

¿Satisfacemos esas necesidades como el mundo las satisface? Si alguien dentro de mi círculo de amigos tiene una necesidad, me acerco a él. Sin embargo, si algún hermano que está fuera de mi círculo de amigos la necesita, mi amor es puesto a prueba. Aquí es cuando el amor realmente cuenta. Juan concluyó este pensamiento con la declaración: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1ª Jn 3.18). No estaba diciendo que no debemos decirles a las personas que las amamos. Decía que hablar no es suficiente.

«Amor de hecho» es de lo que trata el amor. En algunos casos, podría ser una ayuda monetaria; en algunos casos puede ser un estímulo; en algunos casos puede ser enseñanza y exhortación porque el pecado está comenzando a infiltrarse en la vida de alguien. Sin embargo, nuestro amor tiene que ser mostrado.

DEMOSTRAR NUESTRO AMOR AMANDO A NUESTRO DIOS

Juan luego pasó a hablar del mayor de los mandamientos:

Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios (1ª Jn 3.19-21).

Parte de este pasaje es muy complicado y tiene algunos problemas textuales difíciles. Es difícil de traducir, sin embargo, quizás incluso más difícil de interpretar por completo. Una verdad que podemos ver fácilmente en este pasaje es que podemos tener confianza en Dios. Si hacemos un esfuerzo por amar a Dios, Él recibirá nuestro amor. Cuando nos acercamos y amamos a nuestro hermano, a veces nuestro hermano no responde como debería. ¡Sin embargo, no Dios!

Dios también escuchará nuestras oraciones. El versículo 22 dice: «y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibimos de él». ¿Por qué escucha nuestras oraciones? En este versículo, Juan dio una razón específica: «porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él». Dios escucha nuestras oraciones porque estamos tratando de hacer lo que Él desea que hagamos. Es lo que quiere decir amar a Dios.

Juan continuó diciendo: «Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado» (1ª Jn 3.23). A veces las personas dicen: «Los mandamientos no son realmente necesarios. Todo lo que se necesita es creer en Dios y amar a Dios». Es una contradicción. La fe y el amor son mandamientos. Necesitamos los mandamientos de Dios. Necesitamos la revelación de Dios para mostrarle a Dios nuestro amor por Él. No le mostramos a Dios nuestro amor simplemente sintiéndonos bien; no le mostramos a Dios nuestro amor con sólo venir a adorar. Necesitamos los servicios de la iglesia, sin embargo, hay más para amar. Amor

es creer en el nombre de Su Hijo Jesucristo. Amar es hacer lo que Él desea y amarnos unos a otros. Amor es guardar Sus mandamientos, hacer las cosas que agradan a Sus ojos.

Continuando con la relación del cristiano con Dios, el versículo 24 dice: «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado». Juan se centró en el cumplimiento diario y continuo de los mandamientos de Dios. En tal obediencia usted permanece en Jesús y Él permanece en usted. La última parte del presente versículo a menudo ha sido interpretado fuera de contexto. Las personas han dicho: «Sabes que eres cristiano porque el Espíritu te lo revela. El Espíritu entra en tu corazón y te da la milagrosa revelación de que eres un hijo de Dios. Puedes sentirlo en tu corazón». No es lo que dijo Juan en absoluto. Él estaba diciendo que el Espíritu Santo le revela que usted está en Cristo, sin embargo, lo hace por medio de su amor, obediencia, sumisión y permanencia en Cristo. Hay mucho acerca de la obra del Espíritu Santo que no entendemos, sin embargo, sabemos que Él guía solo a aquellos que

guardan los mandamientos de Dios. Alguien que dice: «Amo a Dios; tengo el Espíritu dentro de mí», sin embargo, desobedece totalmente lo que Dios ha revelado claramente en la Palabra de Dios, no tiene el Espíritu de Dios dentro de él, no importa lo bien que se sienta, no importa qué afirmaciones haga. No se pueden separar los mandamientos de Dios del amor y la fe.

Hasta que aprendamos a someternos a Dios y tengamos el deseo de hacer lo que Dios desea que hagamos, realmente no tendremos la fe o el amor que nos lleve a la salvación y una relación con Jesús. Hasta que estemos dispuestos a hacer lo que Dios desea que hagamos, no amamos a Dios como deberíamos amarlo.

CONCLUSIÓN

Jesús dijo que el mandamiento más importante es amar a Dios, y el segundo mandamiento más importante es amar al hermano. Juan dijo que la manera de saber que usted ama a su hermano es suplir lo que su hermano necesita, si es posible. La forma de saber que ama a Dios es hacer lo que Dios desea que haga.

Richard Pectol

(Viene de la página 2)

(1ª Jn 2.28—3.1). Sabe quién es Dios. Sabe que Dios no es un tirano que se esconde detrás de un árbol, solo esperando que pequemos para poder atacarnos y enviarnos al infierno. Juan dice que Él es un Dios en quien podemos confiar. Podemos creer que cumplirá Su palabra y enviará a Su Hijo Jesús. Podemos saber que si verdaderamente somos nacidos de Dios, nos comportaremos de manera correcta. Juan dijo que somos «nacidos de Dios». Si usted ha nacido de Dios deseará ser justo porque es una de las señales de haber nacido de Dios. Juan dijo: «Mira cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1ª Jn 3.1). La palabra «llamados» aquí quiere decir que es un título o un derecho que se otorga.

Una cosa es decir: «Soy un hijo de Dios. Soy cristiano». Mucha gente hace esa afirmación. Sin embargo, Juan les escribió a personas que son llamadas «hijos de Dios», no porque sea una identificación que lleven como un apelativo o etiqueta, sino porque es lo que realmente son. Cuando decidimos pelear con Satanás por nuestra cuenta, ¡estamos destinados a perder! Él es más fuerte que nosotros. Sin embargo, cuando recordamos que somos hijos de Dios, tenemos un poder dentro de nosotros. Juan dijo: «Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él» (1ª Jn 3.1). Cuando usted es un hijo de Dios, el mundo no le entenderá. La gente no entenderá por qué no hace compromisos en el mundo de los negocios ni participa en alguna recreación pecaminosa. No entendieron a Cristo. Ser un hijo de Dios le permite hacer lo que es correcto aunque no lo entiendan quienes le rodean. Necesitamos recordar de quién somos hijos.

TENEMOS UN PROPÓSITO

Juan explicó, en segundo lugar, que los hijos de Dios son puros en 1ª Juan 2.2, 3. Cada familia tiene tradiciones familiares. Algunas tradiciones pueden ser muy insignificantes, como la hora de levantarse por la mañana. Otras podrían ser muy importantes. La tradición familiar de los cristianos es ser puros como el Padre y el Hermano mayor. Además de imitar a mamá o papá, a veces los hijos más pequeños de la familia imitan a los mayores. La tradición en nuestra familia como cristianos ha de ser pura.

Primera de Juan 3.4 dice: «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley». Pecar es contra

la tradición familiar. No es parte de nuestro comportamiento o patrón de vida. El simple hecho de tratar de *sentirse* diferente no es la forma de evitar el pecado. Por ejemplo, algunos podrían pensar: «La forma de controlar mi alcoholismo es dejando desear de beber». Esa no es la forma de dejar de beber. Muchos hombres y mujeres nunca dejarán de desear una bebida, sin embargo, *pueden* dejar de tomarla. Pueden existir fuertes sentimientos en nuestras vidas que son errados, sin embargo, siempre podemos controlar la forma en que nos comportamos. Eso está a nuestro alcance.

A continuación, Juan dijo: «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (1ª Jn 3.5, 6). Si usted va a permanecer, y andar en Cristo, no puede continuar caminando en el pecado. Si comete el mismo pecado repetidamente, sin ningún esfuerzo por eliminarlo de su vida, no le ha visto ni conocido. Juan no está diciendo que si usted vive la vida cristiana nunca caerá en pecado en un momento de debilidad o tentación. Sin embargo, no practicará el pecado.

Si vamos a eliminar el pecado de nuestras vidas, tenemos que reconocer de quién somos hijos y que somos parte de una familia pura.

SOMOS DIFERENTES

En tercer lugar, tenemos que darnos cuenta de que hay una diferencia entre los hijos de Dios y los hijos del mundo: «Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo» (1ª Jn 3.7). Esta es una afirmación tan cierta que intentamos hacer algo difícil de ella. Pensamos: «Tiene que haber un significado teológico muy profundo en este versículo que no entiendo porque es demasiado claro a la vista». Juan dijo que es muy simple: no se dejen engañar. Puede que estas personas hayan estado involucradas en una tendencia gnóstica temprana de medir su cristianismo mediante sus percepciones espirituales. A veces decimos de otro: «Es muy justo», sin embargo, lo que queremos decir es «Es muy piadoso». Juan dijo que la justicia no se mide de esta manera. Dios mide la justicia mediante un comportamiento recto. Si usted actúa con rectitud, es justo. Muchas Escrituras son difíciles de entender, sin embargo, muchas otras son fáciles de entender. El presente es un versículo fácil de entender. Juan no estaba hablando de ser hipócrita ni de darnos aires. Estaba diciendo que cuando usted sabe lo que es justo y hace lo justo,

usted es justo. Justicia no es una palabra difícil de definir. Quiere decir hacer lo correcto. No importa cómo se sienta usted al respecto o cuáles sean las consecuencias. Pablo dijo: «No hay justo, ni aun uno» (Ro 3.10) porque a veces todos fallamos. Sin embargo, aquí Juan lo estaba viendo en un contexto diferente. Estaba hablando del patrón de su vida. Dijo que los cristianos *generalmente* hacen lo correcto.

Juan dijo luego: «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» (1ª Jn 3.8a). Puede que usted haya sido bautizado en Jesús y haya rechazado el pecado al mismo tiempo; sin embargo, si ahora está viviendo en pecado, es un hijo del diablo. Su nombre podría estar asistiendo a los servicios de la iglesia y dando de su dinero; sin embargo, si continúa pecando, es un hijo del diablo. Juan agregó: «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1ª Jn 3.8b). Jesús vino a quitar eso de su vida.

Juan también dijo: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (1ª Jn 3.9). Si usted ve cuál es la verdadera diferencia, que el hijo de Dios es «nacido de Dios» y «la simiente de Dios permanece en él», no puede pecar porque usted es nacido de Dios. No puede pecar en el sentido de permanecer y continuar en pecado. Una vez más, Juan dijo: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1.10). No estaba diciendo: «Nunca, en ninguna ocasión, un cristiano puede ser tentado en un momento de debilidad o tentación». Estaba diciendo que un cristiano no permanecerá en el

estado de pecado. Si vamos a conquistar algunas de las debilidades y pecados que hay en nuestras vidas, tenemos que dejar que la Palabra de Dios permanezca en nosotros y estar constantemente alerta ante la diferencia entre ser un hijo de Dios y ser un hijo del diablo.

CONCLUSIÓN

Muchas personas que se hacen cristianas cae en pecado. Muchas otras provienen de circunstancias similares o peores y son tentadas por el mundo y, sin embargo, no ceden a esa tentación. Algunos pecan y otros permanecen verdaderos. Algunos se apartan y otros, aunque podrían tropezar, permanecen fieles allí. ¿Cuál es la diferencia? No es que algunos tengan mayores o más maravillosas oportunidades que otros. Si bien ciertamente nacemos con características individuales, algunos no nacen buenos y otros nacen malos. La diferencia es que algunas personas, cuando entran en Cristo, recuerdan quién es su Padre. Recuerdan que son parte de una familia que intenta llevar una vida más pura posible. Entienden que ya no son hijos del diablo, sino que la simiente de Dios está dentro de ellos. Esto los fortalece cuando son tentados.

Juan dijo en 1ª Juan 3.10: «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios». ¿Cómo sabe usted si es un hijo de Dios? Si no está haciendo justicia, no es de Dios. Sin embargo, si está tratando de vivir la vida cristiana, entonces es uno de los hijos de Dios. Puede que cometa errores y caiga brevemente, sin embargo, si está tratando de vivir correctamente, es un hijo de Dios.

Richard Pectol

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).